

V. I. Lenin, A. P. Kuchkin et al.

**La Revolución rusa
de febrero de 1917
(Recuerdos y documentos)**



**ediciones
mnemosyne**

V. I. LENIN, A. P. KUCHKIN ET AL.

LA REVOLUCIÓN RUSA DE FEBRERO DE 1917

(RECUERDOS Y DOCUMENTOS)



1ª Edición, febrero de 2025

Imagen de la cubierta:

Estatua del zar Alejandro III desmantelada (finales de 1917).



De la cubierta, las notas y la edición, Ediciones Mnemosyne.
Nuestro trabajo puede ser reproducido, compartido y
difundido libremente mientras se den los créditos apropiados
y sin fines comerciales.

Ediciones Mnemosyne

www.edicionesmnemosyne.es

info@edicionesmnemosyne.es

LA REVOLUCION RUSA DE FEBRERO DE 1917

(RELATOS Y DOCUMENTOS)



EDICIONES EUROPA-AMERICA

1 9 3 7

Cubierta de la edición de Ediciones Europa-América (1937)

NOTA EDITORIAL

LA REVOLUCIÓN RUSA DE FEBRERO DE 1917 es la segunda publicación de nuestra colección HISTORIA, que inauguramos en su momento con LA REVOLUCIÓN RUSA DE 1905, de P. Gorin.

En este librito el lector encontrará tanto numerosos recuerdos en primera persona como documentos históricos que, en conjunto, presentan una ilustrativa semblanza general jornadas revolucionarias de febrero. Esta segunda revolución rusa, que culmina lo que 1905 no pudo lograr y prepara las condiciones del Octubre socialista, trajo al viejo país de los zares un orden político de tipo republicano y democrático-burgués. ¡Y, pocos meses después, contra él se rebelaron los bolcheviques para instaurar la dictadura del proletariado! La definitiva conversión de la guerra imperialista en guerra civil y la dualidad de poderes existente entonces en Rusia son las claves para comprender el proceso que media entre Febrero y Octubre.

Sólo estas breves lecciones nos parecen motivo suficiente para publicar esta recopilación, ya que constituye un mentís práctico de las propias tesis de-mocratistas que, en las mismas fechas en que se publicó este libro (1937), dominaban en la Internacional Comunista.

* * *

Respecto a los criterios de nuestra edición, publicamos sin alteraciones significativas la versión publicada en 1937 por Ediciones Europa-América. Dada la cantidad de las citas y la general ausencia de referencias en la mayoría de los casos, no hemos logrado identificarlas en las versiones modernas de las obras de Lenin o Stalin; por ello, hemos optado por dejarlas sin referencias a pie de página.

I

CÓMO VIVIAN LOS OBREROS BAJO EL ZARISMO

Miseria y cruel explotación

Por B. Marcus

En su artículo *Salarios obreros y ganancias capitalistas en Rusia*, publicado en la *Pravda* en 1912, demostraba Lenin, utilizando los datos oficiales de la estadística burguesa, que el salario medio anual del obrero se elevaba, en 1908, a 246 rublos, y que cada obrero había producido al capitalista una ganancia de 252 rublos durante el mismo año. «De donde se deduce —escribía Lenin— que el obrero trabaja para sí menos de la mitad de la jornada y más de la mitad para el capitalista».

Este miserable salario de 20 rublos al mes no permitía a la familia del obrero llevar una existencia medio soportable. Después de diez o doce horas de un trabajo agotador en la fábrica, efectuado en condiciones penosas y antihigiénicas, el obrero se veía reducido a no comer lo suficiente para aplacar el hambre, a alojarse en viviendas miserables y a vestirse con ropas ya usadas por otros.

Los capitalistas imponían fuertes multas sobre los irrisorios salarios de los obreros. Tales multas se elevaban al 15 o al 20 por 100 del salario. Las imponían al azar, cuando les venía en gana. Su despotismo no tenía límites.

El inspector del trabajo Yanjul contaba, por ejemplo, que el fabricante de algodones Fomin imponía multas a los obreros por cantar durante las horas de trabajo, «por introducir en los locales de tejer té y azúcar, pan o cualquier otra substancia alimenticia», «por lavar la ropa en los dormitorios o por lavarse en el pozo».

Terminado su trabajo, al salir el obrero por la puerta de la empresa, caía en las garras del casero, que le amputaba del 15 al 22 por 100 su miserable presupuesto de familia proletaria. Por este dinero solamente un reducidísimo número de obreros podía vivir con su familia en una alcoba; los demás tenían que alojarse en un rincón, en la cocina, en un corredor, en un granero, en un sótano o en una choza de barro o de tablas.

Lo que le quedaba del salario, deducido el alquiler y los alimentos, era tan insignificante que hasta los obreros mejor pagados tenían que agenciarse ropas y calzado usados. Es característico que hasta entre los obreros de la capital, Petersburgo, el 40 por 100 de ellos compraba ropa usada y calzado viejo.

El obrero vive penosamente en cualquier país capitalista; sin embargo, el desenfrenado saqueo de la clase obrera en la Rusia zarista excedía de todos los límites. Baste indicar que el salario medio anual del minero en Bélgica, en Francia y en Alemania era de un 60 a un 80 por 100 superior al que se pagaba en Rusia. Los salarios de los ferroviarios eran casi el doble en Alemania y tres veces y media mayores en los Estados Unidos que en la Rusia zarista.

Viviendo estrictamente al día, las masas obreras de Rusia se vieron obligadas durante la guerra a costear las empresas criminales del zarismo. Según las fuentes burguesas más favorables, el salario medio del obrero era, a fines de 1916, un 15 por 100 inferior al de la preguerra y un 25 por 100 más bajo que durante la revolución socialista de octubre. No hay necesidad de una prueba más convincente para demostrar que la dominación de los capitalistas en Rusia había conducido a la clase obrera a los linderos del hambre. La explotación del trabajo de la mujer y del niño era particularmente inhumana e impúdica. Las mujeres constituían antes de la guerra alrededor del 20 por 100, y los niños y adolescentes alrededor del 10 por 100 del número de obreros. Además, el salario medio de la mujer no era más que la mitad del de los hombres, y el de los adolescentes la tercera parte. Incluso en Petersburgo, las tres cuartas partes de las obreras no interrumpían el trabajo antes del parto. Tal era la «protección» zarista a la maternidad.

El obrero vivía miserablemente bajo el zarismo, pero el parado forzoso estaba aún peor. Se contaban por millones las personas privadas de la posibilidad de emplear su trabajo, pero el Gobierno zarista prefería no organizar bolsas de trabajo ni hacer el censo de parados. Sólo por medio de datos indirectos se pueden calcular las verdaderas proporciones de esta calamidad. Sabido es, por ejemplo, que cuando se hizo el censo de población de las ciudades en 1911-1912, había en Petersburgo y en Moscú decenas de miles de parados.

De Rusia emigraban a América y otros países millones de hombres en busca de ocupación. Cerca de 10 millones de campesinos afluían anualmente a las ciudades, donde vendían su fuerza de trabajo por un salario de hambre. Según datos oficiales, los empleados en trabajos de temporada ganaban por término medio 53 rublos por temporada de cuatro meses de trabajo intensísimo.

La cruel explotación de los obreros y de los campesinos en la Rusia zarista tenía que acarrear nefastas repercusiones en la salud de la población. Ni la propia estadística zarista podía ocultarlo.

Según datos incompletos de la inspección del trabajo, se registraron 325 accidentes por cada 10.000 obreros, causando una pérdida de capacidad de trabajo de más de tres millones de días. Alrededor del 30 por 100 de estos accidentes produjeron una invalidez permanente. Cosa curiosa: casi siempre se achacaba cínicamente a los obreros la culpa de tales accidentes.

Nada tenemos que añadir a estas cifras. El capitalismo ruso, codicioso y rapaz, se pudría vivo. En febrero de 1917, la pandilla zarista fue barrida y arrojada a la basura de la historia por una ola de cólera popular. Los lacayos del capitalismo, los mencheviques y los socialistas-revolucionarios intentaron contener la marcha victoriosa de la revolución y consolidar el capitalismo en Rusia. Sus intentos fracasaron y la Revolución socialista de octubre deshizo el régimen burgués y a sus abogados mencheviques y socialistas-revolucionarios.

Las atrocidades de los verdugos

Por N. Krujkov

Al otro lado del convento, sobre el viejo camino de Schlüsselburg, se levantan los talleres de construcciones navales del Nevá, antaño propiedad de los opulentísimos Semennikov y Polétika. Los obreros decían de sus patronos: «Polétika tiene la inteligencia, Semennikov el dinero, y nosotros, nada...».

Los talleres construían buques de guerra y locomotoras panzudas, pesadas, de enorme chimenea.

Ya no hay hoy camino de Schlüsselburg surcado por coches, ni repugnantes chozas alrededor... La avenida de la aldea Smolensk está asfaltada. Cerca de la fábrica para el magnífico tranvía de Leningrado. Le hacen la competencia los nuevos y relucientes autobuses. Alrededor ha surgido una ciudad que crece sin cesar, fundida con el antiguo barrio englobado en su recinto. Sobre los viejos talleres del Nevá brilla la nueva enseña dorada: «Fábricas Lenin».

Los viejos suelen reunirse después del trabajo en el club o en sus casas, ante la mesa del té y, naturalmente, evocan los recuerdos del pasado, los años transcurridos, la dura juventud, la indecible opresión sufrida, el trabajo miserablemente remunerado y la lucha por la emancipación.

El contraamaestre de montaje, Nicolás Mijáilovich Hamner, trabaja en la fábrica del Nevá desde 1892; el moldeador Iván Nikoláyevich Suvórov, desde 1898; el moldeador Serguéi Timoféyevich Letuchev, desde 1914...

Se han reunido para hablar de los tiempos pasados, para intercambiar sus recuerdos...

Nicolás Mijáilovich Hamner, un viejo de 65 años, vigoroso aún, con barba grisosa y ojos vivos, inicia la conversación:

—Hoy aterra evocar el pasado —dice—; pero la juventud lo pide insistentemente. Claro es que me acuerdo de muchas cosas. Hasta recuerdo el motín de 1894; todavía era yo un muchacho. Fue el 23 de diciembre, dos días antes de Navidad. Tardaban en pagarnos la semana: una hora, dos horas, tres horas; llegó la noche y la paga no llegaba... Los muchachos se pusieron a protestar,

llegaba la festividad y había que humillarse en demanda del dinero ganado. Rompimos los cristales con unos leños. Llegaron numerosos policías y se pusieron a pegarnos, sin contemplaciones. No nos pagaron hasta las dos de la mañana.

Aquélla fue una rebelión espontánea, pero una decena de años después hubo una de verdad. El 9 de enero, me acuerdo que fui al Palacio de Invierno. Había dicho a mi mujer: «Voy a tomar el aire», y me marché con los demás. Esperábamos un acto de clemencia del zar y recibimos balazos. A mi lado iba un camarada. Cuando el clarín dio la señal y comenzó el fuego, nos tranquilizó aquel compañero: «No tengáis miedo, camaradas, tiran al aire». De pronto, se cayó al suelo sin poder levantarse. Miré: de la sien le salía un chorro de sangre. ¡Sí, tiran al aire! Salí huyendo por la Gorokovaya; no sé qué milagro me salvó... Llegué a mi casa; todos lloraban, gritaban y gemían. Se acordaban de los suyos. Muchos de nuestros obreros no vieron la tarde de aquel día...

—¿Te acuerdas, Nicolás Mijáilovich, de los Cien Negros? —le interrumpe Suvórov—. Eran los amos; envenenaban la vida a todo el mundo.

—¿Cómo los voy a olvidar? Aquí cerca tenían su taberna «Tver». Un día pasaba por la calle, cuando me vi acosado por una de sus partidas, que blandiendo sus cuchillos me preguntaba: «Hijo de perra, ¿de qué partido eres?». Me acuerdo muy bien de ellos: Snessarev, el fogonero Kruglov, Lavrov, Timoféi Gosbaty, mantenían el terror en la fábrica. El más odioso de todos, Snessarev, recibió el castigo de los obreros: lo mataron en la calderería.

En palabras sencillas, con ejemplos tomados de la vida cotidiana, describen los viejos la vida de los obreros de casa Semennikov. Hablan de las atrocidades cometidas por la policía, evocan el año 1905 en que el obrero Klemtchinski fue apaleado, le atravesaron el brazo de parte a parte con la bayoneta, le rompieron dos costillas y le destrozaron un pulmón, dejándole inútil para toda su vida. Cuentan cómo los obreros sublevados destruyeron en 1906 el antro de los cien negros, «Tver», cómo los obreros de Semennikov declararon la huelga contra sus patronos avarientos, cómo los perros del zar colgaron al joven y valeroso obrero revolucionario Timoféi Stolfort.

Después de las borrascas de 1905, la reacción atacó, maniató y enseñó las uñas. El nuevo director de la fábrica, Kalabin, declaró a los representantes obreros que iban a hablar con él de varios asuntos:

—Señores, ¿no sois marxistas y os colocáis en el punto de vista de la lucha de clases? Pues conviene que sepáis que antes la fuerza estaba de vuestra parte y nos acorralabais; pero que ahora somos nosotros los que tenemos la fuerza y no tenemos por qué ponernos los guantes.

La vida era cada vez más difícil. En las fábricas se generalizaron las detenciones y los registros. El jefe de la guardia de protección, el capitán retirado Lébedev, hablaba a los obreros de este modo: «Abajo los sombreros!», «En pie!», «Persígnete, especie de cerdo!», «¡Reza el padrenuestro!». No se encendía calefacción en los talleres, la administración economizaba hasta los mitones de tela para los obreros. El obrero calificado no ganaba más de 47 a 50 rublos mensuales.

Los bolcheviques, reclusos en el trabajo ilegal, recobraban cuidadosamente sus fuerzas para lanzarse a nuevos combates. En 1908, el comité de Petersburgo decía en una hoja clandestina: «Edificad vuestro partido obrero, proletarios de Petersburgo...; no olvidéis ni una de las injurias, ni uno de los golpes que hoy nos hace sufrir el “Gobierno constitucional”...»

Y llegó el año 1917.

—Entonces alboreó nuestra libertad —dice Nicolás Mijáilovich Hamner—. Recuerdo cómo se echó todo el mundo a la calle; cómo se alzaban todos gritando: «¡Hurra!» «Abajo el zar!». Nos trajeron un camión lleno de armas, que desaparecieron en un abrir y cerrar los ojos. El guarda Kuzmitch, ahora lo veo como si estuviera aquí, se personaba repitiendo: «Guárdanos, señor, y concédenos tu gracia!». «¿Por qué invocas al señor?», le preguntamos. «Él sabe mejor que nadie quién lo necesita», respondía el guarda. El viejo temía la vuelta al pasado.

—¡Cómo saqueamos las oficinas de la policía! —añadió sonriendo Suvórov—. La de la calle Novoalekseyevskaya fue destruada y la del cuartel Alejandro Nevski quedó hecha astillas.

—Recuerdo cómo nos presentamos en el palacio de Táurida —observó el viejo moldeador Letuchev—. Vimos salir a Rodzianko.

Venía balanceando su voluminoso vientre y nos dijo: «¡Viva la libertad!» ni una palabra sobre la clase obrera, ni sobre la tierra a los campesinos, como si llevara la boca llena de agua. Pero habló mucho de la guerra: «Hasta el fin, hasta la victoria»

—¡No, amigo —decíamos nosotros—; sabemos a dónde vas a parar! Comenzábamos a simpatizar con los bolcheviques y todo ocurrió como ellos tenían previsto.

Salieron todos a la calle. A nuestro alrededor hervía la nueva vida, en nada parecida a la vida pasada que acababan de evocar los obreros. Un cielo azulado envolvía la ciudad de Lenin. El Nevá, aprisionado por los hielos, yacía resignado y mudo.

Nuestro odio era cada día más vehemente

(Extracto de los recuerdos de viejos obreros
de la fábrica «Serpi Molot» de Moscú)

Vasili Ivánovich Gubárev:

—Soy el decano de los obreros del taller de prensado. Ya hace 38 años que trabajo en las prensas y quiero mucho a la fábrica «Serpi Molot». Han pasado 38 años desde que entré en ella y en ella he pasado la adolescencia, la juventud y, ahora, la madurez... He acumulado muchos recuerdos de un pasado rico en acontecimientos.

Me he acostumbrado a charlar con los jóvenes acerca de las cosas del pasado lejano. Son, como suele decirse, relatos de los viejos tiempos, de la vida, que sorprenden a nuestros muchachos. Les parece singular aquel régimen zarista, en que los obreros no eran nada; menos que nada.

Los patronos —digo a los chicos— se portaban con los jóvenes obreros como fieras; los sometían a toda especie de vejaciones. El aprendiz prensador no se atrevía siquiera a soñar con trabajar en la máquina. Tenía que esperar con paciencia años enteros la muerte del prensador o su marcha al regimiento. Los jóvenes recibían bofetones en plena cara y aguantaban innumerables injurias. Lo que más nos sublevaba en el antiguo régimen y lo que

vosotros no podréis comprender nunca es la iniquidad. Hoy está vuestra infancia cuidada por numerosos y excelentes educadores. En mi tiempo quedaba uno abandonado a sí mismo. Y cuando les expongo esto detalladamente, no me creen. Se ríen y protestan: «¿Cómo, te pegaban? Si se hubiesen atrevido a provocarme a mí les habría dado una paliza» Uno de los obreros que allí había dijo: «Mu chachos: Gubárev dice la verdad; es absolutamente cierto que en tiempos pasados se vivía y se trabajaba en esas condiciones»

Sí, las condiciones en que se vivía y se trabajaba entonces eran tales que sólo recordándolas se reaviva espontáneamente el odio contra aquella vida maldita y se comprende la felicidad actual. ¡Qué golpes ha habido que dar para recorrer el camino que nuestro país ha, andado!

Tenía yo 14 años cuando entré en la fábrica. Era en 1899. Tuve que ver a un notario para que me diese un certificado, atestiguando que tenía 15 años, para que me admitiesen en la fábrica, porque a los 14 años no admitían a nadie en el trabajo de las fábricas. Se trabajaban 12 horas diarias. No era fácil que lo admitieran a uno. Se entraba en casa del capataz, sombrero en mano, y se le pedía trabajo. El capataz preguntaba: «¿Convidarás a una botella?». Había que mojarlo.

Vasili Semiónovich Kaeikin:

—Yo también tuve que aguantar no pocas humillaciones por parte del capataz antes de entrar en la fábrica Guyón. Gasté mi primera paga en convidarle a beber. Había yo llegado de la aldea de Kalentzi, Gobierno de Riazán. Era de origen campesino; mis padres eran siervos. Mi abuelo y mi padre eran obreros de la fábrica de Gubonin.

Comencé a trabajar a los siete años. Mi padre llevaba tarea a casa. Yo, mis tres hermanos y mis dos hermanas hacíamos ese trabajo, en el que ayudábamos a mi padre en unos 70 u 80 cópecs. Al cumplir los siete años, entré en la fábrica. El patrón admitía a todos, viejos y niños. El sacristán me enseñó a leer y escribir, por lo que le pagábamos con un saco de patatas. No asistí más que dos inviernos, porque la pobreza de mi familia no le permitía pagar.

Gubárev:

—En aquella época apenas sabíamos leer y escribir. Hoy puedo dar instrucción a mi hijo, que ha terminado sus estudios en el Instituto del acero; pero en aquella época no podía un obrero adquirir conocimientos.

El obrero era el blanco de las críticas de todo el mundo. Los capataces se burlaban cínicamente de los obreros. Los apuntadores representaban entonces un gran papel en las empresas. Cuando el obrero se veía robado en uno, dos o tres rublos, se quejaba al apuntador y éste le daba, por regla general, una buena zurra o lo ponía en la calle a puntapiés. No había que pensar en pedir justicia. En 1905, durante la primera revolución, «arreglamos» al apuntador Vinográdov Pável Ilich. Lo echamos en una carretilla, le pusimos un saco en la cabeza y lo condujimos a la dirección. Por el camino lo molimos a golpes por todos los insultos, por todas las iniquidades. No éramos nosotros solos, también los obreros de los demás talleres lo hicieron con sus apuntadores: los llevamos a la descarga y los echamos a la basura.

Kaiekin:

—Yo no he sido más afortunado que los demás. A los 30 años ganaba 30 cópecs diarios. ¿Cómo me las arreglaba para poder vivir con 30 cópecs? Vamos a verlo: compraba 3 cópecs de un guisado de coles; un cópec y medio de patatas y uno y medio de pan. Con el resto pagaba el tabaco, el alquiler y ayudaba a mis padres, que vivían en el campo. Yo vivía en un dormitorio de la calle Prolomnaya.

Dimitri Yákovlevich Beliáyev:

—El obrero no tenía a su servicio más que el bodegón y la taberna. Nuestro barrio estaba lleno de establecimientos de bebidas. Éramos muy pocos los que podíamos ir al teatro, la vida era muy dura y las costumbres groseras.

Yubarev:

—Los días de fiesta íbamos a la explanada que había cerca de la fábrica, sobre un terreno arenoso. Unos jugaban a la taba, otros a los «toros», unos bebían o cantaban mientras otros se pegaban.

Beliáyev:

—Los patronos tenían interés en excitar a unos obreros contra otros y en oscurecer su conciencia. Hoy nos llamamos unos a otros por el nombre y el apellido. Pero en aquella época todos

teníamos un mote humillante. El nombre y el apellido desaparecían bajo el mote.

Gubárev:

—Todos los motes eran ofensivos... La dignidad del hombre andaba por los suelos. Cada día teníamos más odio al régimen zarista; nuestros mejores hombres, los bolcheviques, nos abrían los ojos sobre los abusos y nos enseñaban a combatir al enemigo. En 1915 concedió la fábrica Guyón, en concepto de indemnización por la carestía de la vida, un aumento de 3 cópecs por hora. Los obreros reclamaban 5 y el director no aceptaba las reivindicaciones obreras. «¡Prefiero echaros a todos al agua! ¡No os daré un solo cópec más!» Persistimos en nuestras reivindicaciones. En las huelgas se templaba nuestra voluntad y aumentaban nuestras fuerzas. Y cuando conquistamos el poder por el hierro y por el fuego, yo me quedé en mi puesto de obrero prensador. Una mañana se presentó en la fábrica un nuevo director. Era Stepánov, obrero tornero de la fábrica «Brombley». Se dirigió a mí, observó mi trabajo y me dijo:

—Ya no serás obrero prensador, sino contraмаestre.

Yo pensé: «Ya hace tantos años que trabajo como obrero y ahora me ascienden a contraмаestre de un golpe».. Me negué. Stepánov me citó en su oficina. Al llegar al despacho me dijo el director:

—Mañana entregarás las tenazas y empezarás a dirigir a los obreros.

—No —contesté.

—¿Cómo? ¿No aceptas? Yo tampoco quería aceptar mi puesto de director. Prefería trabajar como obrero. ¿Adónde iríamos a parar así? ¿No somos [ahora] dueños de la fábrica?

Después de una larga conversación cordial, acepté el empleo de contraмаestre y comencé a instruir a los muchachos soviéticos.

Cuesta trabajo creer que se vivía de esa manera

Nosotros, los obreros, de padres a hijos, no olvidaremos jamás la época en que el obrero no era nada, cuando las «autoridades» pequeñas y grandes, desde el patrono hasta el policía, se burlaban de nosotros. El trabajo del obrero sólo servía para una cosa: para llevar las mayores ganancias posibles al bolsillo de los burgueses. Realizábamos un trabajo de presidiarios.

Hoy, en los días radiantes y alegres, recordamos como una pesadilla la vida de los mineros del Donetsk antes de la revolución. Hablaré de mi aldea de Irmino, de la vida de sus gentes en aquella época.

Hace 30 años que vivo en Irmino y he visto muchas cosas. El trabajo penoso, extenuante, por unas perras, las *nagaikas* zaristas, los humillantes ultrajes y todo el infortunio de la vida sombría, inculta, de los mineros. Yo era obrero de mina. La jornada de trabajo era de 12 horas y hasta de 16 horas. Por tan duro trabajo cobraba el obrero de una mina un rublo diario. Yo lograba ganar 30 rublos al mes trabajando incluso los domingos. Pero no recibía los 30 rublos al mes. Los «errores» del jefe y las convidadas al capataz y a los policías rebajaban considerablemente el salario.

¡Y en qué condiciones teníamos que trabajar! Se carecía de medidas de seguridad. Me acuerdo del otoño de 1916. El entibado era defectuoso y estaba en peligro la vida de los obreros. Pedimos al capataz Golovnev que tomara las medidas necesarias para evitar un corrimiento y la muerte de los obreros. En respuesta, Golovnev golpeó a los obreros Laonov y Korniyenko. Dos días después, se produjo un corrimiento en el pozo, causando la muerte de cuatro obreros: Iván Frolov, Fadaí Sulukov, Artem Kozlov e Iván Gorbakov. Los cuatro eran jóvenes, saludables y robustos. Durante 1916 hallaron la muerte en la mina más de 70 obreros. ¡Y cuántos quedaron inútiles! Era mejor morir que quedar inútil, porque vivir así bajo el poder zarista era morir en vida.

El obrero de la hulla era taciturno y sombrío; la sonrisa alegraba rara vez su rostro. Ahogaba en vino su tristeza, iba a la taberna, se emborrachaba y se entregaba a una horrenda y desesperada bacanal. Recuerdo cómo pereció toda la familia del

obrero Tormoz en una de aquellas jornadas de embriaguez. El obrero Tsygankov, durante una borrachera, mató a hachazos a Tormoz, a su mujer y a sus tres hijos.

La policía especulaba con nuestra desgracia. Si los mineros se peleaban, eran detenidos y llevados al puesto de policía, donde los molían a palos. Después había que ir a rascarse el bolsillo para que los soltaran. Nos pegaban con la *nagaika*, con la culata del fusil o simplemente con el puño, según les venía en gana. Si se ponía uno pálido, el precio era 5 rublos; pero si echaba sangre tenía que pagar 10 rublos con tal de volver pronto a casa.

Los mineros no tenían dónde bañarse, en la mina no había baños. Vivíamos en el fango, el alimento era escaso; sólo en los días festivos comíamos sopa con carne; los demás días sopa de legumbres, galletas y té. Ése era nuestro alimento. Nuestros chicos estaban enfermos, raquíticos y jamás probaban la leche. Había una sola escuela en la aldea para más de mil niños.

«Cuesta trabajo creer que se vivía de esa manera», dirán hoy los jóvenes y las muchachas al leer estas líneas. En efecto, no se cree que nosotros hayamos vivido así hasta el poder soviético.

Veamos lo que me ha dado el poder soviético y el Partido:

Tengo una linda casita con tres habitaciones que el Estado me ha ayudado a construir. Mis hijos van a la escuela. He aprendido a leer y a escribir. En 1928, ingresé en el Partido Comunista. Hoy trabajo como entibador stajanovista y gano de 500 a 600 rublos al mes. Mis chicos no carecen de nada. Trabajo seis horas en el pozo. Paso el resto del tiempo en el club, en la biblioteca, en el cine, en las reuniones.

Hoy no tiene nada que envidiar a la ciudad nuestra aldea de Irmino. He ido tres veces a una estación de cura y otras tres a una casa de reposo. He acumulado nuevas fuerzas. Luché durante cinco años en los frentes de la guerra civil, contra los guardias blancos y las tropas intervencionistas y hoy defendería con las armas a mi patria contra los bárbaros fascistas si intentaran atacar nuestras fronteras.

Mijaíl Ivánovich Jolodkov,
Entibador del pozo Stalin, Cuenca del Donetsk.

En aprendizaje

Soy de Sinkov, aldea próxima a Ramenski. En mis tiempos no pensábamos siquiera en seguir una carrera. En cuanto sabíamos algo nos ponían a trabajar. A mí me llevaron también a Moscú para utilizar mis servicios.

Me mandaron a la confitería de los hermanos Rastoguyev. Estuve ejecutando las más duras labores durante cinco años, a cambio de dos rublos mensuales los dos primeros años, y de tres rublos los tres últimos. Durante el primer año, los «aprendices» sólo hacíamos recados.

A los dos años, logramos huir de la casa de los Rastoguyev y entramos en la pastelería de Otto Kraft, situada en la Tverskaya.

Kraft me puso a abrir y cerrar la puerta de la tienda. Volvieron a parecer las regañuzas.

A Kraft le gustaban el aguardiente, los perros y la fusta con que azotaba a los aprendices. Nos llamaba a su despacho y nos daba la lección.

—¡Muchacho! En la tienda entra una señora. ¿Sabes cómo tienes que abrir la puerta?

—Sí.

—En la tienda entra una señora. ¿Sabes lo que desea?

—Calla el muchacho.

—¡Reflexiona! Adivina en su mirada lo que desea la señora: bombones o pasteles.

Aunque Kraft nos llamaba sus «pajes», esto nos consolaba muy poco de los golpes que nos daba. La tienda se abría a las diez y media de la mañana y se cerraba a las once de la noche. Estábamos de pie durante 13 horas. Después del trabajo había que dar cuenta al jefe y decirle:

—Hoy no me han regañado.

Dicho esto, nos dejaban irnos a dormir arrastrándonos penosamente hasta la cama. ¡Cuántas lágrimas nos han arrancado el dolor, los ultrajes y la maldad!

Ve a contarle nuestros años de aprendizaje a un alumno de las escuelas de aprendizaje de las fábricas soviéticas. No te creará y es posible que te diga: «¡Qué absurdo!». ¡Claro que es absurdo!

Los viejos hemos empezado a vivir en la época salvaje del zarismo. Ojalá la puedan odiar ellos tanto como nosotros.

Vasili Sirotkin,
Contramaestre de la fábrica de confitería N.º 1, Moscú
(De la colección de memorias reunidas por la redacción
de *Dos planes quinquenales*.)

Lo que escribía el senador zarista Manujin

Los lavaderos de oro del Lena, 1912

De los 103 cuarteles en que se aloja el personal obrero ocupado en los lavaderos de la 2ª distancia, solo 15 se hallan en un estado satisfactorio; los otros 88 no pueden habitarse en invierno. Las paredes están cuarteadas de parte a parte, los cristales están rotos, el yeso se cae del techo y para protegerse los obreros han aguzado el ingenio y con pedazos de tela han hecho un toldo.

En el invierno hace tanto frío en los cuarteles que las botas mojadas se hielan y se quedan pegadas a las tablas del suelo. Los obreros tienen que dormir con la cabeza enfundada en sus gorros de piel, porque las camas de tablas están en contacto con las paredes cubiertas de hielo.

Por departamento viven, separadas por una simple cortina, varias familias con 2 o 3 chicos cada una: los adultos duermen en camastros especiales sujetos a la pared y los niños en una cuna.

En el cuartel no hay ningún espacio libre para poner un lavabo ni un ropero.

El agua que chorrea de las ropas mojadas discurre en arroyuelos por el entarimado y penetra en la tierra por las rendijas.

...La mayoría de los cuarteles se hallan en tal estado que peligra no sólo la salud, sino la vida de los obreros.

(Del informe del senador S. S. Manujin sobre los resultados de la inspección hecha en los establecimientos de la sociedad explotadora de los lavaderos de oro del Lena, 1912.)

Matanza de obreros

Kostromá, 1915

...A comienzos de junio de este mismo año se declararon en huelga los obreros de la Compañía textil de Kostromá.

Alrededor de las nueve de la noche del día 5 de junio, se reunieron en la calle con unos soldados varios centenares de obreros y se dirigieron hacia el textil de Sotov, ante cuyos edificios tropezaron con un destacamento de policía de infantería y de caballería. La policía montada cargó contra los obreros.

Éstos llegaron a los telares de Sotov; unos pocos entraron en el patio donde se hallaba escondido un destacamento de soldados y la policía, que había detenido a nueve obreros cuyas edades oscilaban entre los 16 y 19 años. Entre los obreros reunidos en la calle corrió el rumor de que se estaba maltratando a los detenidos, que estaban encerrados en la caseta de piedra del guarda de la fábrica. Los obreros exigieron de la policía la libertad de sus camaradas. La policía se negó. Los obreros declararon que no se irían mientras sus camaradas detenidos no fuesen puestos en libertad. En aquel momento, la policía comenzó a disparar.

Los cadáveres de los obreros muertos no fueron entregados a sus familiares. Al enterarse de que los funerales de las víctimas iban a verificarse en la noche del 8 al 9 de junio, se reunieron los obreros el 8 por la noche, frente al despacho de la policía.

Solamente fueron autorizadas a penetrar en el depósito de cadáveres 41 personas, familiares de los muertos, y allí quedaron detenidas hasta la mañana siguiente. Los obreros reunidos frente al despacho de la policía fueron dispersados.

(De un llamamiento firmado por 32 miembros de la Duma del Estado y dirigido al ministro del Interior.
Agosto de 1915.)

Salario de hambre

En representación de los obreros, tengo el honor de poner en su conocimiento lo siguiente:

Antes de la guerra, quedaba artificialmente reducido el salario de los obreros a un nivel increíblemente bajo y no podíamos ganar más de 220 rublos anuales, a pesar de un trabajo agotador durante una jornada larguísima.

Esta penosa situación nos ha obligado a presentar a la administración nuestro pliego de reivindicaciones. Se nos ha concedido un aumento. Pero con todo el esfuerzo realizado en una jornada de trabajo de 12 horas, no logra ganar el obrero más de 360 rublos al año.

Como antes de la guerra ganábamos salarios de hambre, el aumento concedido no ha mejorado nuestra situación, ya que los víveres han subido durante la guerra el 400 por 100 y se han agravado las condiciones del trabajo, a causa del ininterrumpido funcionamiento de todos los talleres de la fábrica...

(Reclamación presentada el 28 de abril de 1916 al Comité de la industria de guerra de la región del Ural, por el delegado de los obreros de los altos hornos de la Compañía minera de Sysert.)

Una multa por cualquier cosa

(Latonería Vólkov)

En todas partes hay desdichas, pero más entre nosotros. Trabajamos con un calor insoportable, sin ventiladores, abriendo las ventanas de par en par. En estas condiciones no es extraño que las enfermedades se ceban en los obreros. Claro es que no hay ni asomo de comodidades, tales como lavabos, etc.

El obrero recibe por su trabajo de forzado un miserable salario. Las mujeres son todavía más desgraciadas, porque las contratan directamente en la aldea. La administración procura no tomar a su servicio obreros calificados. En general son muy escasos

los obreros que duran mucho en esta empresa. Se imponen multas por cualquier pequeñez; el patrón suelta toda clase de palabrotas en los talleres, sin preocuparse de las mujeres. No existe tarifa de salarios y el patrón fija los precios de acuerdo con el capataz, sin intervención de los obreros. Cuando los obreros se quejan de que el precio de tal o cual pieza es demasiado bajo, la dirección recurre a este procedimiento: si la víspera se ha trabajado bien, aquel día y el siguiente paga a jornal o baja los precios.

Las horas extraordinarias se pagan, no con el 50 por 100 de aumento, sino por la tarifa corriente. Se despide por cualquier ausencia, incluso motivada por enfermedad. La paga se distribuye durante el trabajo y se pierden hasta dos horas de trabajo para cobrar.

(*Pravda* N.º 2, del 24 de abril [7 de mayo] de 1912.)

La acción revolucionaria de los obreros de Putílov en 1916

El 5 de febrero de 1916 tuvo lugar una reunión de todo el personal en el patio de la fábrica de Putílov. En esta asamblea desarrollada bajo la consigna de los bolcheviques se acordó apoyar a los huelguistas del taller eléctrico con una huelga general de toda la fábrica. Hablaron los bolcheviques: un miembro del Consejo de seguros (obrero del taller eléctrico), un obrero del taller de cañones y un obrero del taller de locomotoras.

La resolución votada en el mitin subraya claramente el carácter político de la huelga de los primeros días de 1916. A propósito de esta huelga, dice la policía secreta en su informe (del 28 de febrero de 1916, N.º 6972) que, en las fábricas Putílov, el movimiento obrero constituye una protesta política «puesto que los militantes “bolcheviques-leninistas” de la fábrica se dedican a la agitación, fomentando una huelga lo más vasta posible, para protestar contra la represión a que están sometidos los obreros y contra la militarización del trabajo».

Se despide a todos los obreros

Orden del comandante de la circunscripción militar de Petrogrado, fechada el día 5 de febrero de 1916.

En vista del abandono arbitrario del trabajo por los obreros de la fábrica Putílov, ordeno lo siguiente:

1°. Quedan cerrados los establecimientos Putílov, a partir de la mañana del 6 de febrero.

2°. Todos los obreros de dichos establecimientos serán despedidos en el más breve plazo.

3°. Se procederá a una nueva admisión de obreros a partir del martes 9 de febrero.

4°. Todos los obreros movilizables serán puestos a la disposición de la oficina de reclutamiento de la circunscripción militar de Petrogrado para ser incluidos en el servicio activo.

5°. La dirección de los establecimientos Putílov readmitirá el personal necesario para el alumbrado, la calefacción y el abastecimiento de agua de dichos establecimientos.

(El comandante de la circunscripción militar de Petrogrado,
general príncipe Tumanov, ingeniero.)

Solidaridad proletaria

...Por solidaridad proletaria con los obreros huelguistas de la fábrica Putílov, han parado el trabajo el día 1 de marzo 28 empresas de la capital.

(Del informe de la policía secreta de Petrogrado, al director del departamento de la policía, con fecha 21 de abril de 1916.)

II

LA VIDA DE LOS CAMPESINOS BAJO EL ZARISMO

La propiedad territorial en la Rusia europea a fines del siglo XIX¹

NÚMERO DE MILLONES

	De economías	De desiatinas	Número de desiatinas por economía
a) Campesinos arruinados agobiados bajo la explotación feudal	10,5	75	7
b) Campesinos medios	1	15	15
c) Burguesía campesina y propiedad territorial capitalista	1,5	70	46,7
d) Latifundios feudales	0,03	70	2.333
Total	13,03	230	17,6
Tierras no clasificadas con arreglo a la extensión de la propiedad		50	
Total	13,03	280	21,40

¹ Lenin, *La cuestión agraria en Rusia a finales del siglo XIX*.

Bajo el yugo de los señores

Sobre el nuevo puente del río Iricha pasan estrepitosos los camiones cargados de madera. En frente, se distingue la iglesia con sus cúpulas mutiladas. El campanario yergue intacta la arbitrariedad de su repelente arquitectura. Los koljosianos saben perfectamente que es un lugar histórico. El edificio, de macizos troncos de encina, se construyó en el siglo XVI. Se cuenta cómo esta «casa de Dios» dejó de funcionar y cómo se retiraron de ella más de 100 *puds* de libros y de manuscritos antiguos para trasladarlos a los archivos de Kiev.

Se conserva el campanario. En la iglesia organizaron los koljosianos un magnífico club con T. S. H. y luz eléctrica.

Los viejos koljosianos se reúnen de noche en el soviet de la aldea y hablan un poco del pasado.

Es verdad —comienza Andréi Grigórievich Danilenko, jefe de brigada del koljós «Ordzhonikidze»—, nuestra aldea fue una de las primeras que en Ucrania se adhirieron a la revolución.

Y esto se explica de un modo muy sencillo: antes de la revolución no teníamos en Sarudie más que un pedacito de tierra por familia, mientras alrededor se extendían las enormes propiedades de la condesa Branitzki. Es, pues, explicable que en semejante situación alimentase el pueblo un odio feroz a la propietaria. Además, no tenía nada que perder. De vez en cuando adoptaba una actitud retadora. Imaginaos un inmenso océano de tierras acotadas y en el centro el islote de nuestra aldea. Un día, se le ocurrió al hijo de perra del administrador, el señor Baikovski, la idea de rodear nuestro Sarudie con una valla muy alta. Quedamos encerrados como en un presidio.

Recuerdo la hostilidad que cuando yo era un muchacho reinaba entre nuestros campesinos y el administrador. Unas veces eran los guardas forestales que pegaban con un palo; otras, los almiarés del latifundio que ardían. El jefe de la gendarmería y sus hombres no salían de Sarudie. No se pasaba día sin que viésemos a alguien conducido, se quitaban los bienes a otros porque no habían pagado el impuesto, a un tercero se le daba un palizón después de atarlo de pies y manos.

Un detalle. El intendente necesitaba mucha mano de obra: segadores, liadoras, leñadores; pero para boicotear a más de la mitad de nuestra aldea, buscaba la mano de obra en aldeas alejadas y la pagaba más cara para enrabiamos. ¡Aquello era una guerra!

La rabia del pueblo aumentó durante la guerra imperialista. Se requisaba todo; las autoridades militares se llevaban muchas veces hasta la última vaca del campesino pobre, pero las del *starosta*, que eran ocho, pastaban tranquilamente en los bosques señoriales sin que nadie se atreviera a tocarlas. Lo mismo pasaba con el pope, con el administrador y con dos o tres ricachones. Del castillo no hay que hablar: bailes a todo pasto, en los que danzaban y jugaban a las cartas los funcionarios, los oficiales, todos los emboscados de la retaguardia.

En plena guerra se sucedían sin interrupción las deserciones de soldados que se acordaban de los suyos, abandonados en sus casas al sufrimiento. Daba pena. Dígase lo que se quiera, la familia y la tierra es lo que más ata al hombre.

Combatíamos sin saber por qué y en todas partes reinaba la traición. En un solo combate cayeron más de diez mil hombres. En nuestra aldea había también cinco desertores. Se ocultaban en el bosque y en su persecución salieron los gendarmes como a una cacería de fieras. En el confesonario, el pope tiraba de la lengua a las pobres mujeres y se apresuraba a dar cuenta a los gendarmes o al jefe de la oficina militar. Los desertores fueron cogidos, maniatados, apaleados. Después, el Consejo y los batallones disciplinarios.

No es posible olvidarlo. En nuestro pueblo había un propietario de segunda categoría, Luka Marveichuk, un buen hombre, con numerosa familia, que se marchó al frente. Al enterarse de la muerte de su mujer, pidió una licencia reglamentaria y se la negaron. Pero se la concedieron a Alejandro Ovraini, hijo de un *kulak*. Éste servía al capitán como ordenanza y le limpiaba las botas. Por este hecho de armas, bien merecía la medalla de San Jorge de cuarto grado. No pasaba un mes sin que los padres de este Ovraini le enviaran paquetes, dinero, etc. Claro es que así logró ser bien visto por su capitán. De modo que llega este Ovraini a Sarudie con dos semanas de permiso. Lleva la cruz en

las procesiones, con su guerrera nuevecita y su hocico chorreando grasa. ¡Un héroe! Todas las tardes visitaba al pope, al administrador o al secretario de la alcaldía.

Luka Marveichuk llegó derrengado, derrotado, y se ocultó entre la maleza. Su hija mayor se iba a buscarle a escondidas y le llevaba patatas cocidas. El buen hombre estaba apenado y se desesperaba en el bosque. Al llegar agosto había que recoger la cebada, pero no había nadie que lo hiciera. No pudo contenerse y durante la noche salió del bosque, se fue a su predio y se puso a segar la cebada...

Allí lo cogieron los gendarmes y lo llevaron al puesto de policía, donde estaba Ovraini. Éste lo abofeteó, diciéndole:

—¡Para que aprendas a servir al zar y a la patria!

¡Cuántas cosas podría uno contar! Yo serví en la quinta brigada de artillería, como jinete. En el frente alemán trabé amistad con el camarada Boyenko, carpintero, que después dirigió maravillosamente, con Chtchors, la 44 división contra los alemanes y contra Petliura. Durante la guerra civil luché por el poder soviético. Vi dos veces a José Vissariónovich Stalin: una en Kursk y otra en Zaristzin.

El viejo koljosiano Vasili Gordéyevich Guerasimenko, antiguo soldado del ejército del zar, herido dos veces en el frente austríaco, añade a las palabras de su camarada Danilenko:

Salí del hospital, con licencia absoluta. Llegué a casa en Carnestolendas. Estaban haciendo unos pasteles que después regaban con leche. ¡Un festín!

El *starosta* vino a mi casa con dos gendarmes. Quería detenerme, pero nada podían hacer contra el documento que yo tenía y me dejaron en paz. Y, por las noches, contaba yo a los amigos lo que sabía de Rasputín; les decía que el zar no podría sostenerse mucho tiempo y les hablaba de la tierra. Había llevado metidos en las botas folletos bolcheviques.

Había feria en la aldea de Kujariaj. Arrastrando mi pata, me fui al mercado y, cuando más gente había, aparecieron dos estu-

diantes, se encaramaron en el mostrador de un carnicero y comenzaron a dar papeles rojos y a gritar que había caído el gobierno zarista.

Toda la feria se echó sobre ellos tumultuosamente: uno lloraba de alegría, el otro aplaudía, un tercero gritaba cosas incomprensibles.

Por la plaza pasaban gentes con estandartes que iban a enterrar a una vieja. Abandonaron el féretro en medio del mercado de aves, tiraron al suelo los estandartes y las cruces y se unieron a nosotros.

Alguien gritó:

—¡Lo primero que hay que hacer, camaradas, es ir a desarmar a la policía!

La multitud se dirigió al puesto de policía. Los cogimos y, temblando de miedo como conejos, los policías abandonaron los revólveres y los sables.

Las gentes se abrazaban, se felicitaban mutuamente. Por la noche, ardía por sus cuatro costados el aborrecido castillo de la condesa Branitzki.

Nos perseguían la miseria y el látigo

Relato de los koljosianos del artel Uritski,
distrito de Chtchigry, región de Kursk

Por Y. P. Tochtchakov

¿Cómo vivían los campesinos antes de la revolución? La vida era un presidio. ¿Qué podía esperar el campesino sin tierra? El yugo del gran terrateniente era lo único que le esperaba. ¡Y no había más remedio que buscar la manera de tener algo que llevarse a la boca! Yo iba a casa de los Egers, donde sudaba sangre y agua por 35 rublos al año.

Transportaba el estiércol, labraba la tierra, sembraba, recolectaba; en una palabra, trabajaba sin parar, como una máquina. Algunas veces, después de haber segado, me tendía en el suelo. Estaba tan dolorido que no tenía fuerzas ni para mirar al cielo.

Toda la aldea trabajaba para Egers, el vampiro. Unos por el trigo que les habían prestado, otros por el vodka que tenían que pagar también, otros porque sus caballos habían pastado en sus prados o porque sus bestias habían hecho algún daño en sus campos, o, en fin, para pagar una multa que debían...

Por eso trabajaba toda la aldea para Egers. ¡Tenía 500 desiatinas de tierra, mientras nuestras 40 familias campesinas no poseían en total más que 210! Tenía 40 desiatinas de bosque y nosotros teníamos, en todo y por todo, nuestro cayado. Poseía su molino de aceite, su molino de harina, dos trilladoras, una sembradora y otros instrumentos aratorios; ¡nosotros no teníamos más que las manos! Él solo poseía 30 caballos y entre todos nosotros sólo teníamos 20.

Así es que, por mucho que discurriéramos, siempre acabábamos yendo a humillarnos delante de Egers. Se le tomaba en arriendo una desiatina de tierra por 30 rublos. Se trabajaba todo el año, cuidando la tierra como una madre a su hijo, y al cabo del año, a fin de cuentas, se veía que se había trabajado en balde... Se recogían 40 haces y se necesitaban 80 para pagar.

¿Qué había que hacer? ¿Cómo había que arreglarse para salir del atolladero? Nos íbamos a trabajar a Kursk, a Járkov, a la cuenca del Donetsk...

K. V. Niemanjin

Os contaré cómo nos imponían el yugo de la servidumbre.

Un día en que no había comida en casa, fui a ver a Egers y le pedí prestados 5 *puds* de trigo. Llegó el verano. Debía haberme ocupado de mi campo, pero me ordenaron que fuese a trabajar a las tierras de Egers en pago del trigo que me había adelantado. Estuve ocupado durante un mes entero, desde la mañana hasta la noche. No se le ha secado a uno el sudor de la espalda y ya tiene que volver al trabajo. ¡Buena maña se daba Egers! Con nosotros se las echaba de hombre bonachón, pero ordenaba al administrador que nos desollara. ¡Éste sí que no fallaba! Por dos desiatinas de tierra en arriendo, había que labrar 10 para el propietario.

¡A los terratenientes les sobraba arrogancia! Un día, cerca de la estación de Ojotchevka, pasó el coche del propietario Márkov (el segundo, el que pertenecía a la Duma), que estaba parado. Irritado por la libertad que me había tomado, ordena al cochero que me apalee. El otro no deseaba más que encontrar ocasiones de demostrar su celo... Me pegó con tanto entusiasmo que el látigo se le enrolló en el cuello. Si nuestros hijos iban al bosque de Egers a recoger fresas, salía el guarda Lidorov, como un fantasma, sin saber de dónde, y les daba una paliza.

Un día estábamos en el camino cinco muchachos recogiendo algunas ramas de pino. ¡De pronto, nos vimos clasificados como criminales! Llegó a galope el gendarme Bolotski, invectivándonos de este modo:

—¡Ladrones! ¿Habéis aprendido en la ciudad a saquear los bienes de los señores?... ¡Atajo de huelguistas! —rugía, dándonos puñetazos en la cara.

No se podía ir tranquilamente por el camino. Pasábamos por la casa de Egers y nos soltaban los perros lobos. Los campesinos procuraban desviarse de aquel lugar, como si huyeran de la peste, dando un rodeo de medio kilómetro... Aquellos perros hacían mucho daño a los campesinos. Sus dientes de lobo destrozaban las ovejas. Se acordó cogerlos. Se pusieron trampas y cayó uno de ellos. Timoféi Kuzmitch Tobilin cogió el biello y se lo clavó en el cuerpo al perro. Egers pretendió llevarlo a los tribunales, pero se contentó con hacerle trabajar durante un año en cinco desiatinas de tierra.

Así vivíamos; pagándolo todo con nuestro trabajo. En 1917, poco antes de la revolución, volvió de la guerra Stepan Burech Tchkulayev, un obrero de la estación de Ojotchevka, y comenzó a frecuentar nuestra aldea. Se reunía con los campesinos para abrirles los ojos sobre la iniquidad de nuestra situación. Poco después, se presentó en la aldea el campesino Sapronov que venía de la ciudad, y nos anunció que el zar había caído.

¡Cómo cambió todo! ¡Cuánto odio habíamos acumulado! Empezamos a talar el bosque de Egers, a apoderarnos de su ganado y a repartirnos sus bienes. Pero pronto nos detuvimos. Nos dimos

cuenta de que las cosas no marcharían si cada cual hacía lo que le diera la gana. Nombramos presidente a Rijov y le entregamos las llaves de las granjas y se guardaron todos los bienes. ¡Ya eran bienes del pueblo!

Poco después, echamos al propietario y se repartieron todos sus bienes entre los campesinos.

¿Cómo vivimos hoy que ya no hay propietario ninguno? Pues muy sencillo. Nuestra aldea se ha transformado en un koljós que lleva el nombre del camarada [Moiséi] Uritski. Nuestro koljós cuenta con 71 explotaciones agrícolas y 530 hectáreas en posesión gratuita y perpetua; tenemos una trilladora, una empacadora, dos sembradoras, un molino de viento, 4 segadoras, 45 caballos.

En la casa de Egers hemos organizado una escuela de siete cursos. Ahora nos podemos pasear libremente por el bosque. Es nuestro, del pueblo. En nuestro koljós sólo hay dos koljosianos sin vaca, pero pronto tendrán terneras. Casi todos los koljosianos se han construido casas nuevas. ¡Hasta las canciones han cambiado! ¡Cantamos la vida alegre, la vida hermosa! Cantamos nuestra amada patria.

Ahora tengo mucha tierra —dice el antiguo campesino sin tierra Yákov Petróvich Tochtchakov—; soy propietario como todos los demás koljosianos. Bajo el régimen soviético, me he construido una casa de encina y he comprado una vaca y una ternera, 5 corderos y 11 gallinas. Tengo ropa interior y trajes. Gano lo suficiente para alimentar holgadamente a mi familia. Mi hijo Pedro y mi hija Eudisia tienen asegurado su porvenir y no me preocupan. Ahora disfrutan una vida agradable y libre. Gracias a los bolcheviques, gracias al camarada Stalin, que han organizado nuestra vida de una manera nueva y enterrado para siempre el régimen de los señores vampiros.

La actuación de las mujeres de los soldados en las aldeas contra la guerra

Pongo en su conocimiento que en la aldea de Tchetvertakovo, distrito de Ardátov, hay un fuerte antagonismo entre los beneficiarios de la ley Stolypin, dueños de fincas individuales, y los campesinos que explotan la tierra comunal. Los primeros, en número de 100, aún no se han salido del *mir*.

Un campesino de dicha aldea, Stepan Ósipov Konin, propietario de una granja que está fuera de la aldea, pidió la separación del *mir* y la comisión agraria del distrito de Ardátov envió el 2 de octubre de este año al agrimensor Komarov a la aldea Tchetvertakovo, el cual procedió a la delimitación de las tierras. Mientras tanto, cerca de 100 mujeres de soldados, usuarias de las tierras comunales, se reunieron, expulsaron al agrimensor y arrancaron los hitos. En las noches del 3 y del 4 de octubre, desfilaron por la aldea y las mujeres de los soldados, tirando piedras a las casas de los granjeros y gritando: «Mientras nuestros hombres mueren en la guerra, queréis quitarnos las tierras en su ausencia».

El 5 de octubre, se presentaron en tumulto en Ardátov cerca de 150 mujeres y acometieron, cerca de la ciudad, al antedicho Konin. Primero lo cubrieron de insultos y después se pusieron a lapidarlo. Contestó a pedradas, y al llegar a Ardátov se metió en casa de Popov, ante la que se reunió mucha gente. Se puso a calmar a la multitud, que fue dispersada por dos guardias de la policía montada que pasaban por allí.

(Informe del jefe de la gendarmería de la provincia de Simbirk, al departamento de la policía, en octubre de 1915.)

Las reivindicaciones de los campesinos

Los representantes de la comuna agrícola de Bajava, en Gurí, exponen en el siguiente manifiesto las reivindicaciones de los campesinos:

«El campesino está agobiado de impuestos; lo paga todo, pero no tiene medios. El cobrador de impuestos se presenta y, si no hay dinero, embarga el pan de maíz, vende el ganado, las herramientas, los utensilios, etc. Y no se contentan con eso, además pegan y detienen. Han llegado a coger la dote de la mujer y cuando la mujer se opone, la muelen a golpes...

Nosotros, los campesinos, sufrimos horriblemente por falta de tierra; casi todos carecemos de ella, y en cambio los grandes terratenientes tienen mucha. ¿Por qué es eso? ¿Se la habrá regalado Dios? Nosotros nos morimos de hambre, mientras los grandes propietarios se apropian los productos que nosotros hemos cosechado. ¿Puede haber una injusticia mayor? Nosotros, el pueblo trabajador, reventamos de hambre, mientras nuestros productos hacen la prosperidad de otros. No tenemos tierra; la tomamos en arriendo a los grandes propietarios en terribles condiciones. Pagamos con la mitad de la cosecha, de 15 a 20 *puds* de maíz por desiatina y media, sin contar los «alenerobo» (regalos), los obsequios cuando la cosecha es buena, quedándonos poca cosa; pero si la cosecha es mala, tenemos que vender nuestro ganado y nuestros utensilios. Tenemos que recoger la cosecha y encerrar el maíz del propietario, mientras el nuestro se pudre en el campo... En estas condiciones, la vida es insoportable. Pedimos la tierra...»

(Publicado en el periódico *Vperiod*,
N.º 12, del 29 (16) de marzo de 1905.)

La artillería bombardea las aldeas

Pongo en conocimiento de vuestra excelencia que el 21 de agosto el gobernador de la provincia, general-mayor Litvínov, acompañado de una compañía de cosacos de las tropas del Kubán y 4 piezas de artillería, marchó al distrito de Stávropol. Después de haber intimidado a la aldea de Konstantínovskaya, distrito de Stávropol, para que entregara los agitadores y los miembros del comité criminal que se había constituido en la aldea, y habiendo encontrado resistencia, el general Litvínov «ordenó a

los cosacos que abrieran el fuego, pero la compañía se negó a obedecer; tampoco fue ejecutada su orden de abrir fuego de artillería sobre esta última».

Entonces, el general Litvínov ordenó a la compañía del Kubán que se retirara inmediatamente. Colocó detrás de la artillería la compañía de la división de Osetia, que acababa de llegar a la aldea de Konstantínovskaya, mandó arrestar al sargento mayor, al cabo artificiero y a cuatro hombres de tropa sospechosos de agitación, y bajo amenaza de muerte dio la orden de disparar a la artillería...

«Catorce granadas cayeron sobre la aldea, que comenzó a arder por varios sitios...» A consecuencia de esto, los campesinos, después de deliberar, entregaron 16 hombres, que fueron detenidos y enviados con una escolta a la cárcel de Stávropol. Desde la aldea de Konstantínovskaya se dirigió el general Litvínov a la aldea de Petrovskaya, distrito de Blagodarnensk, donde actuó también la artillería, lanzando contra la aldea varias granadas; a consecuencia de esto fueron entregados los agitadores.

Antes de la llegada del general Litvínov a la aldea de Petrovskaya, los habitantes de ésta habían enviado a las aldeas vecinas correos en demanda de auxilio. Y, en efecto, campesinos armados se acercaron a la aldea de Petrovskaya para apoyar a los habitantes en su resistencia. Pero el general Litvínov, que lo había previsto, envió a su encuentro un destacamento de guardias a caballo, el cual, después de un tiroteo, obligó a los campesinos a retirarse. Los campesinos tuvieron un muerto y varios heridos, cuyo número no ha podido conocerse, por haber sido llevados por los campesinos a sus casas.

En algunas aldeas del distrito de Medvejensk acaban de tener lugar grandes manifestaciones y actos de insubordinación, particularmente en Ladvovskaya Balka y en Bélaya Glina, que tiene 27.000 habitantes. En cuanto a este distrito, no se ha tomado hasta hoy medida alguna, ni ha llegado la artillería reclamada.

Capitán de caballería Fridrijov.

(Parte secreto del jefe adjunto de la gendarmería de la región del Térek, en Stávropol, con fecha 28 de agosto de 1906, al comandante del cuerpo especial de gendarmes.)

Los gobernadores zaristas y el problema de la tierra

Esta última (la aldea), atormentada de inquietud por los suyos, [tiene] puesto un oído extraordinariamente atento a toda clase de rumores procedentes del ejército. No hay que decir que la propaganda toca el punto más sensible, la codicia del campesino ruso: la esperanza de una parcela de tierra gratuita. Ciertos rumores levantan protestas contra la aplicación de las medidas de reajuste de tierras, incluso contra las que están en vías de realización, porque, dicen, los campesinos serían eliminados del número de los que tienen un derecho cualquiera a la obtención gratuita de un lote de tierra. Este estado de espíritu está tan arraigado que en la Conferencia se ha hablado de la necesidad de hacer algo en este sentido, aunque no sea más que ofrecer a los caballeros de San Jorge la posibilidad de adquirir en condiciones favorables o tomar en arrendamiento parcelas de tierra señoriales, pero la mayoría ha rechazado esta medida como constitutiva de un precedente peligroso y asimismo por la inexistencia de un fondo agrícola que permitiese realizar esa empresa parcial.

(Del acta de la conferencia de gobernadores, mayo 1916, publicado en la revista *Archivos rojos*, N.º 33.)

El general Kuropatkin da parte de las matanzas en el Asia Central

En la región de Ferganá... se produjeron los primeros desórdenes simultáneamente en las ciudades de Kokanda y Andidchan, con la circunstancia de que en esta última ciudad amenazaba la multitud, apoyada por jóvenes fanáticos... con degollar a todos los funcionarios; y agredió a la policía y a los cosacos, con piedras y palos. Después de algunos disparos, que hirieron a 22 indígenas, se dispersó la multitud.

El 11 de julio hubo en Namangán 12 sartos muertos y 38 heridos, al ser dispersada una multitud inmensa que amenazaba al destacamento militar.

Para reprimir la insurrección de los kirguises de Semiretchinsk, se han enviado de las otras regiones tres destacamentos y medio, siete compañías de tiradores de los regimientos de reserva, cinco escuadrones y 14 piezas de artillería. Estas tropas se han dirigido sobre Semiretchinsk en tres direcciones: desde Andidchan, a la fortaleza de Nazyn, desde Cherniayev, a lo largo de la vía postal a Bichkek y Tokmok y por un camino indirecto, en ferrocarril, a Semipalátinsk y de allí a pie a Serguiopol-Lepsinsk-Verny.

También se han enviado dos regimientos y una batería de cosacos y dos secciones de ametralladoras Colt pertenecientes al ejército activo. De estas tropas, el 7º regimiento de cosacos de Oremburgo ha ido por Cherniayev y el 9º regimiento de cosacos siberianos sobre Verny, vía Semipalátinsk. A la llegada de las tropas, los kirguises rebeldes, después de una débil resistencia, han sido acorralados en las montañas de la frontera, donde han pasado hambre y perdido parte de su ganado, por falta de pastos, habiéndose visto obligados a pedir perdón...

Muertos, heridos y contusos durante la conquista de estos territorios:

1) Región de Semipalátinsk	105
2) Región de Sir Daria, incluido el sector de Amu Daria	744
3) Región de Ferganá	134
4) Región de Samarcanda	811
5) Región Transcaspia	1.582

(Del parte dirigido en febrero de 1917 al zar Nicolás Románov por el gobernador general del Turkestán, A. N. Kuropatkin, publicado en la revista *Archivos rojos*, N.º 34.)

«Detened menos, fusilad más» (orden del ministro)

Durnovó, ministro del Interior, ha ordenado:

«Las detenciones no logran su objeto, pues es imposible juzgar a centenares de miles de personas. Propongo el inmediato exterminio de los amotinados, por la fuerza de las armas y, en caso de resistencia, el incendio de sus viviendas.»

La fiera de Tambov, el gobernador Bogdanovich, ha recomendado al comisario de policía Lamanski: «Detened menos, fusilad más». A su vez, el comisario de policía Lamanski dio una orden de este género: «Acabad de persuadir; actuad con las armas. Cuantos más matéis, mayores méritos tendréis ante vuestros superiores. Guardad vuestras impresiones para vosotros».

El verdugo moscovita, Dubásov, ha dicho: «Si las comunidades campesinas o algunos de sus miembros se permiten poner en práctica sus amenazas (causar desórdenes después de la marcha de las tropas), todos los habitantes de esas comunidades y todos sus bienes serán destruidos por orden mía».

El gobernador general de Bajmut declaró: «Las aldeas cuyos habitantes se permitan emplear cualquier violencia contra las explotaciones y dominios privados, serán bombardeadas por la artillería, destruyendo las casas y provocando incendios».

Cómo se forjaba la alianza de los obreros y los campesinos

El principal problema cuya solución exigían los campesinos bajo el zarismo era el de la tierra. El campesino estaba aplastado por la gran propiedad territorial. Un puñado de terratenientes, de capitalistas y de kulaks detentaba en 50 gobiernos de la Rusia europea más de 140 millones de desiatinas (la desiatina equivale a 1,09 hectáreas), mientras los 10 millones y medio de campesinos arruinados por la explotación feudal no poseían más que 75 millones. Un millón de campesinos medios disponía de 15 millones de desiatinas. El zar Nicolás Románov poseía cerca de un millón de desiatinas y los duques grandes y pequeños poseían 10 millones.

La reforma de Stolypin (la autorización de salir del *mir* y crear explotaciones individuales) había ayudado a los *kulaks* a saquear las tierras comunales sin revolver en manera alguna el problema de la tierra.

El período de las cuatro Dumas fue una lección de cosas para los campesinos y esta lección demostró claramente a los campesinos que no recibirían de manos de los cadetes ni la tierra ni la libertad; que el zar estaba completamente al lado de los grandes terratenientes y que los cadetes sostenían al zar; que la única fuerza con que podían contar era la de los obreros de las ciudades, el proletariado. La guerra imperialista no hizo más que confirmar las enseñanzas del período de la Duma; acabó de apartar a los campesinos de la burguesía y de aislar a la burguesía liberal, porque los años de guerra pusieron de manifiesto cuán vano e ilusorio era esperar la paz del zar y de sus aliados burgueses. Sin las lecciones prácticas del período parlamentario, habría sido imposible la hegemonía del proletariado.

De este modo se hizo la alianza de los obreros y de los campesinos en la revolución democrática burguesa. De este modo se estableció la hegemonía (la dirección) del proletariado en la lucha común por el derrumbamiento del zarismo, hegemonía que dio lugar a la revolución de febrero de 1917.

(Stalin, *Problemas del leninismo*.)

La guerra imperialista de 1914-1917 había acentuado más aún la depauperación de los campos. El ejército del zar estaba compuesto esencialmente de campesinos. En 1914-1916, había movilizados 19 millones de hombres cuyas tres cuartas partes eran campesinos. Se requisaba mediante una irrisoria indemnización el trigo, el ganado; se habían aumentado los impuestos; los precios de los productos industriales habían subido. La superficie cultivada había disminuido y bajado el rendimiento de la tierra. Sobre los campos se habían arrojado el hambre y la miseria.

Por otra parte, los terratenientes y los *kulaks* habían realizado durante la guerra escandalosos negocios con los aprovisionamientos militares, el agio y las compras a bajo precio del ganado y el material agrícola de los campesinos arruinados.

Aumentaba sin cesar el número de los campesinos sin tierra.

El empobrecimiento de los campos queda ilustrado con las siguientes cifras: en el gobierno de Tula había aumentado el número de los campesinos sin tierra en una vez y media sobre la época anterior a la guerra; en el gobierno de Kaluga, distrito de Zhizdra, este número se había más que duplicado y en varios distritos del gobierno de Nóvgorod aumentó en 12 o 14 veces. «Las economías estaban comprometidísimas y disminuía su rendimiento», escribía un cooperador del gobierno de Tver. Otro observador del campo de aquella época señalaba que los campesinos llevaban ropas deterioradísimas, que se negaban a emprender nuevas construcciones, a comprar carretas y trineos, rastras y arados, bieldos y horcas, clavos y herraduras.

La distribución de «raciones» a las mujeres de los sol dados era una odiosa hipocresía de las clases dirigentes; cada familia recibió por término medio durante tres años y medio de guerra 20 rublos y algunos cópecs. Una miserable limosna del zarismo a los campos arruinados.

Los precios de los cereales subían, con lo cual los terratenientes y *kulaks* amontonaban fortunas colosales. Los campesinos que tenían poca tierra cultivable se veían obligados a comprar el pan a precio fuerte. Las cosechas deficitarias agravaban más la desastrosa situación de las masas rurales. Los campesinos medios se arruinaban también.

La guerra había acentuado en alto grado los antagonismos de clase entre los terratenientes y los *kulaks* por un lado y la masa campesina por otro. El odio al feudal parásito y al *kulak*-usurero se había envenenado formidablemente.

Los motines campesinos eran cada vez más frecuentes. Las intervenciones de las campesinas mujeres de soldados, el incendio y el saqueo de las casas señoriales y de las propiedades de los *kulaks*, el envío del ganado para pastar en los campos de trigo, las talas en los bosques, todo esto alarmaba enormemente al gobierno zarista. En vísperas de 1917, tomaban las acciones rurales de masas un carácter cada vez más político.

En la segunda mitad de 1916, estallan revueltas de masas en el Kazajistán, en Kirguistán, en Uzbekistán, en Tayikistán, en Turkmenistán. En estas revueltas perecieron centenares de aldeas incendiadas por las expediciones punitivas zaristas. Multitud de

hombres muertos y mutilados, centenares de ejecutados, decenas de miles detenidos y enviados a trabajos forzados, encarcelados, millones de cabezas de ganado perdidas, la ruina completa de distritos enteros: tal es el balance de la «pacificación» del Asi a Central.

La sublevación contra la movilización para los destacamentos de retaguardia se había extendido también a la Kalmukia, al Cáucaso del Norte, a diversos distritos de la Siberia meridional.

A medida que se prolongaba la guerra, iba extendiéndose en las masas campesinas el estado de espíritu revolucionario. Cada día eran más frecuentes las desertiones en el ejército. En el gobierno de Tula se negaron los campesinos movilizados a prestar juramento y exigieron que la policía fuese enviada antes al frente.

Los datos estadísticos recogidos por los departamentos de policía, que están muy lejos de ser completos, permiten darse una idea del movimiento campesino durante la guerra. En tres años de guerra registró el departamento 178 movimientos campesinos, la cuarta parte de ellos dirigidos contra los terratenientes. Un número aproximadamente igual iba contra los *kulaks* y otros tantos contra los poderes locales.

Durante los años de guerra, continuó con creciente intensidad la lucha de los campesinos contra sus enemigos. Los movimientos campesinos, sobre todo de los soldados, contra la política agraria del gobierno zarista, eran tan tenaces que el ministro de agricultura Krivochein se vio obligado a suspender la aplicación de las leyes de Stolypin. En la lucha contra la creación de granjas individuales manifestaron las campesinas una dureza particular. Estos movimientos se llamaban los «motines de mujeres» en el lenguaje de la policía.

Con los terratenientes empleaban los campesinos las «medidas» más diversas: enviaban el ganado a pastar en los trigales de los señores, se llevaban el trigo recolectado, cortaban la leña sin autorización, rompían los cristales de las viviendas señoriales, incendiaban los castillos.

Para tener una idea de la lucha contra los *kulaks*, bastará conocer un documento oficial típico, que relata los acontecimientos en la aldea de Berezotzi, distrito de Fetchsk, gobierno de Kursk,

donde los agrimensores habían instalado a 37 campesinos acomodados en granjas individuales. El 5 de mayo de 1915 se presentó en éstas el comisario de policía acompañado de un agrimensor y de un destacamento de guardias. Fueron recibidos por unas 800 personas armadas de palos y de picos. La gente comenzó a tirar piedras a los funcionarios. Después del aviso del comisario de policía y de la amenaza de disparar, la multitud multiplicó su agresividad contra los guardias a pesar de los tres disparos hechos al aire, y los representantes de la autoridad se vieron obligados a retirarse al patio de un *kulak* sobre el que llovieron piedras y ladrillos. En la casa del *kulak*, destruyó la multitud los utensilios agrícolas, las herramientas de carpintería, muebles, ropas. Hubo necesidad de llamar a los guardias. La lucha del proletariado, la agitación en la tropa, en la retaguardia y en el frente, el movimiento de emancipación nacional en las colonias del zar y los movimientos campesinos, constituyen el cuadro de la lucha de clases en vísperas de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917.

«El antagonismo entre el “campesinado” y los Márkov, los Románov y los Jvostov ha aumentado, se ha desarrollado, se ha exacerbado —escribía Lenin al final de 1915—. El proletariado lucha y luchará con abnegación por la toma del poder, por la república, por la confiscación de las tierras, es decir, por la conquista del campesinado, por la utilización hasta el fin de sus fuerzas revolucionarias, por la participación “de las masas populares no proletarias” en la liberación burguesa del “imperialismo” feudal-militar del zarismo. Y esta liberación de la Rusia burguesa del zarismo, del poder feudal de los terratenientes, la aprovechará el proletariado no para ayudar a los campesinos ricos en su lucha contra los obreros agrícolas, sino para hacer la revolución socialista»...

Estas breves líneas encierran toda la esencia de la línea leninista en el problema campesino, línea que había permitido a los bolcheviques utilizar las posibilidades revolucionarias escondidas en las entrañas del campesinado, en previsión de la revolución proletaria..., transformar al campesinado explotado en su mayo-

ría, de reserva de la burguesía, como era en las revoluciones burguesas de Occidente y continúa siéndolo actualmente, en una reserva, en una aliada del proletariado».

(Stalin, *Problemas del leninismo*.)

El partido de Lenin y de Stalin, que ya en la revolución de 1905 había desplegado una actividad inmensa en los campos, continuó durante los años de la guerra este trabajo entre los campesinos.

Los bolcheviques dirigían la lucha de los campesinos contra la autocracia, contra la explotación de los terratenientes y los *kulaks*, abriendo el camino a la revolución democrática burguesa, para encaminarse después a la revolución socialista.

En la lucha por la utilización de las posibilidades revolucionarias del campesinado, hubieron de sostener los bolcheviques una lucha enorme contra el oportunismo. Los mencheviques y su variedad, los trotskistas, consideraban a los campesinos como una masa reaccionaria de pies a cabeza, repudiaban la idea de la hegemonía del proletariado en la revolución democrática burguesa y en general la posibilidad de la transformación de la revolución democrática burguesa en revolución socialista. A la política de alianza de la clase obrera y de los campesinos oponían la política del acuerdo con la burguesía liberal.

A fines de 1915 escribía Lenin en su artículo *Sobre las dos líneas de la revolución*: «Trotski ayuda prácticamente a los politicastros obreros liberales de Rusia que, al negar el papel de los campesinos, rechazan la sublevación de los campesinos por la revolución».

La consigna trotskista: «¿ar no: un gobierno obrero», denotaba claramente la naturaleza antirrevolucionaria del trotskismo. Esa fraseología revolucionaria ocultaba de hecho el oportunismo inveterado de los trotskistas que en todas las ocasiones se han dedicado a flirtear con la burguesía bajo la apariencia de frases de «izquierda».

Los trotskistas proclamaban que los antagonismos entre la clase obrera y los campesinos son irreductibles, que al día si-

guiente de la toma del poder por la clase obrera estallaría la guerra civil entre los obreros y los campesinos y que los obreros serían vencidos. Este punto de vista derrotista y sin perspectivas se derivaba de la teoría contrarrevolucionaria de la imposibilidad de la victoria del socialismo en un solo país.

Todo esto era fundamentalmente opuesto a la consigna leninista de la alianza de los obreros y de los campesinos. En la época de la dictadura del proletariado, la lucha de los trotskistas tendía a romper esa alianza, poniendo en peligro la misma dictadura del proletariado y retrotrayendo el país hacia la restauración del capitalismo.

A idéntico resultado conducía la política de la derecha, que venía a ser una agencia de los *kulaks* en el partido. La teoría bujariniana de «la incorporación pacífica de los *kulaks* al socialismo» servía de fundamento teórico al programa de la restauración del capitalismo y tendía a minar la colectivización de la agricultura.

El partido de Lenin y de Stalin ha hecho trizas todos los grupos oportunistas, haciendo triunfar en esta lucha la línea leninista-stalinista de la construcción del socialismo en un solo país por la clase obrera aliada a los campesinos.

El campesinado soviético moderno agrupado en los koljoses, se encamina rápidamente hacia la vida cómoda, llena de felicidad y alegría.

III

LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA BURGUESA DE FEBRERO EN RUSIA

La Revolución democrática burguesa de febrero en Rusia

Por A. Kuchkin

La revolución democrática burguesa realizada en 1917 por el proletariado y el campesinado de uniforme fue preparada por el Partido bolchevique. Desde el principio de su existencia, dirigió el Partido toda su lucha hacia el derrocamiento de la autocracia, hacia la hegemonía del proletariado en la revolución democrática burguesa, hacia la transformación de esta revolución en una revolución socialista, hacia el aniquilamiento del capitalismo.

La guerra imperialista fue la que en mayor medida preparó el terreno a la revolución de febrero. Los pueblos extenuados por la guerra no podían seguir soportando su carga. Comenzaban a multiplicarse las huelgas en los países de Occidente. Los obreros se lanzaban a la calle exigiendo la terminación de la guerra imperialista y la satisfacción de sus reivindicaciones vitales. Comenzaban a fraternizar los soldados de la Entente y de la Triple Alianza, señal de que no deseaban seguir derramando su sangre en interés de la burguesía. Ante la amenaza de la revolución y para conjurarla, maduraba en los círculos influyentes de las clases dominantes de algunos países imperialistas la idea de la necesidad de concertar la paz. Lenin escribía, estudiando este hecho, en enero de 1917, que nos encontrábamos en un «viraje de la política mundial consistente en el paso **de la guerra imperialista... a la paz imperialista**».

Este viraje denotaba la proximidad de la revolución. La consigna de los bolcheviques de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil era cada día más popular entre las masas obreras de Occidente, así como entre los soldados.

Lenin escribía en enero de 1917:

Es evidente la situación revolucionaria en Europa. Es evidente por el gran descontento, la efervescencia y la nerviosidad de las masas.

Tales eran algunos de los rasgos característicos de la situación internacional en vísperas de la revolución democrática burguesa de febrero.

En aquella época, la situación interior de Rusia era de una tensión enorme.

En 1917, atravesaba Rusia por una desorganización económica considerable. Agobiaba al país una grave crisis de combustible. La extracción de carbón registraba una caída vertical. Por falta de combustible, tuvieron que cerrar numerosas empresas. Se apagaron 36 altos hornos durante el año 1916. En 1917, la industria que trabajaba para la defensa no recibió más que la mitad del metal que necesitaba.

Los transportes se hallaban en una situación catastrófica. En las regiones productoras había más de mil millones de *puds* de cereales que, a causa de la desorganización de los transportes, no podían ser transportados a las regiones consumidoras. Ni las fábricas que trabajaban para la defensa eran servidas por los transportes en más del 50 por 100 de lo que necesitaban.

El campesinado estaba arruinado y reducida la superficie sembrada. Se sentía con agudeza la escasez de la mano de obra en la agricultura; hasta la revolución de febrero, fueron incorporados al ejército 19 millones de personas.

Las ciudades estaban reducidas a raciones de hambre. El ejército no recibía más que la mitad de los víveres necesarios y los soldados recibían menos aun, porque los intendentes militares y los oficiales dilapidaban la comida. Aumentaban rápidamente los precios de los artículos alimenticios. Con la misma rapidez bajaban los salarios de los obreros. En cambio, aumentaron en varias

veces los beneficios de los capitalistas durante la guerra. La opresión de las distintas nacionalidades se agravaba diariamente; por ejemplo, los kazajos del Asia Central que, desesperados, se habían sublevado en 1916 contra la autocracia, fueron sometidos a una represión sin cuartel.

Todo esto provocó un gran descontento en las masas trabajadoras y en primer lugar en los obreros. La lucha de clases se exacerbó en el país. El movimiento huelguístico tomó proporciones cada día mayores. Estallaron huelgas en Petrogrado, Moscú, Ivánovo-Voznesensk, Kostromá, Briansk, Járkov, Bakú y otras ciudades. La ola de huelgas alcanzó su punto culminante en 1916. El número de huelguistas, que en 1915 había pasado de 500.000, llegaba casi al millón en 1916. En el ejército reinaba una efervescencia sorda. Los soldados estaban descontentos de la alimentación insuficiente y de la conducta arrogante de los oficiales. Sin embargo, la principal causa del descontento de los soldados era la prolongación de la guerra imperialista, que correspondía a los intereses de los capitalistas y de los grandes terratenientes y extenuaba a los soldados y arruinaba a los campesinos. Al no ver el final de la guerra, los soldados desertaban del frente. El derrotismo progresaba entre los soldados. Regimientos enteros se negaban a tomar la ofensiva, abandonaban las posiciones y se marchaban a la retaguardia. Estos regimientos eran reagrupados o sometidos a una feroz represión, lo cual sublevaba aún más a los soldados contra el régimen zarista. En el frente, los soldados disparaban contra los oficiales. La fraternización entre los soldados rusos y los alemanes y austríacos se extendía sin cesar.

El movimiento revolucionario de las masas, aunque espontáneo, aumentaba diariamente; la revolución progresaba a simple vista.

El Partido bolchevique se puso a organizar este movimiento espontáneo. Llamó a los obreros, a los soldados y a los campesinos a preparar la sublevación armada contra el gobierno zarista, a la lucha por la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y de los campesinos.

* * *

El gobierno zarista hizo todo lo posible por evitar la revolución. Se propuso concertar una paz separada con Alemania con objeto de poder utilizar todas sus fuerzas en el aplastamiento de la revolución que se avecinaba. Pero la autocracia sabía que el hecho de traicionar a sus aliados, Inglaterra y Francia, tenía que provocar una gran indignación tanto en los mismos aliados como en la burguesía rusa, que pretendía combatir hasta el fin, hasta la conquista de Constantinopla y de los Estrechos. Lo cual amenazaba a Nicolás II con la pérdida de su trono.

Lenin escribió en enero de 1917:

El zar podría decir a Guillermo: “Si firmo hoy abiertamente una paz separada, quizás tengas que entenderte mañana, augusto compinche, con un gobierno Miliukov-Kérenski. Porque la revolución se desarrolla y yo no podría responder del ejército, cuyos generales están en relación con Guchkov”...

Sin olvidar el descontento de sus aliados y de la burguesía rusa, el gobierno zarista veía, en una paz separada, una salida a la situación en que se hallaba. Por eso, en febrero de 1917 y por medio de sus agentes secretos, hizo una proposición de paz separada al conde Czernin, ministro austríaco de asuntos extranjeros.

De este modo, era evidente a comienzos de 1917 el complot de la autocracia contra la revolución en marcha. La autocracia estaba dispuesta a firmar la paz con Guillermo, con objeto de dirigir todas las fuerzas y todos los medios contra «el enemigo interior», es decir, contra los obreros y los campesinos revolucionarios de Rusia.

La burguesía fomentaba, mientras tanto, otro complot contra la revolución. Se daba cuenta de que el gobierno de Nicolás II, con Rasputín como árbitro de la suerte del Estado, era incapaz de llevar la guerra a un final victorioso, que la revolución estaba en marcha, que ésta podía barrer la monarquía y poner fin a la guerra. Por lo cual se decidió la burguesía, por medio de una revolución palaciega, a apartar al inepto Nicolás II y proclamar emperador a su hijo Alekséi, nombrando durante su menoría de edad regente al hermano de Nicolás II, Miguel Románov.

Tomaron parte en el complot de la burguesía Rodzianko, presidente de la Duma del Estado y gran terrateniente; el príncipe Lvov; Miliukov, jefe del partido de los constitucionales demócratas; Guchkov, gran industrial y otros. También formaban parte del complot los oficiales superiores, representados por los generales Alekséyev, Brusílov, Ruski, Krimov y otros. Los conjurados estaban apoyados por todos los medios por los gobiernos de los países aliados: Inglaterra y Francia. Por medio de sus embajadores en Rusia, [George] Buchanan y [Maurice] Paléologue, los aliados empujaban a la burguesía rusa a realizar lo más pronto posible la revolución palaciega, con la que esperaban conjurar la revolución y hacer de Rusia un aliado capaz de proseguir la guerra.

Pero la revolución popular de febrero de 1917 hizo fracasar ambos complots.

La revolución democrática burguesa de febrero debe su victoria ante todo al Partido bolchevique. Éste propagó la idea del derrocamiento de la autocracia por las armas, la idea de la transformación de la revolución socialista, con el fin de avanzar hacia la liquidación del régimen capitalista. Venciendo las enormes dificultades resultantes del régimen terrorista del zarismo, el Partido agrupó poco a poco, bajo su bandera, a las grandes masas de trabajadores y las preparó para la última lucha decisiva contra el zarismo.

El trabajo revolucionario de los bolcheviques se desarrolló durante la guerra imperialista en condiciones particularmente difíciles. Para asegurar el orden en la retaguardia, el gobierno zarista procuraba aniquilar al más importante de sus enemigos interiores: el Partido bolchevique. Millones de obreros de vanguardia, miembros del Partido bolchevique, se pudrían en las cárceles zaristas. Los miembros del Comité central del Partido bolchevique, Stalin y Sverdlov, se hallaban deportados en los más lejanos rincones de la Siberia occidental: en Turujansk, territorio de Yenisei, en el círculo polar. Sergó Ordzhonikidze, miembro del Comité Central, se hallaba deportado en Yakutia. Varios bolcheviques eminentes: Litvínov, Voróvski y otros se encontraban en la emigración, en el extranjero. Lenin, jefe y maestro del Partido, vivía desterrado en Suiza.

A pesar de todos sus esfuerzos, no logró la policía zarista destruir al Partido bolchevique. Aunque su organización era bastante débil, el Partido no perdió un solo momento el contacto con las masas y dirigió su lucha. El puesto de los combatientes y dirigentes de vanguardia que la policía lograba coger era ocupado inmediatamente por otros que continuaban el trabajo del Partido en las masas de obreros, soldados y campesinos.

Los cuadros del Partido bolchevique formados y educados por Lenin y por Stalin, continuaron durante los años de la guerra imperialista su heroica lucha contra la autocracia. El Partido bolchevique preparó al proletariado para la insurrección, para la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, en la lucha contra su «propio» gobierno. Precisamente bajo la consigna bolchevique de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil continuó la movilización de las masas durante la guerra imperialista.

El Partido bolchevique fue el único partido que preparó la revolución. Todos los demás partidos llamados socialistas, el partido menchevique, incluso los trotskistas, el Partido de los socialistas-revolucionarios, etc., representaban el papel de **extintores de incendios de la revolución. Solamente el Partido bolchevique llamó a las masas al asalto de la autocracia.**

El camarada Stalin, que seguía desde el lugar de su deportación, Turujansk, la acción revolucionaria del Partido bolchevique y la de los seudosocialistas que actuaban en provecho de la autocracia y del imperialismo, y que eran partidarios de la guerra imperialista, escribía en una carta fechada el 27 de febrero de 1915 y dirigida a Lenin:

He leído últimamente el artículo de Kropotkin, un viejo imbécil que ha perdido la razón por completo. También he leído el entrefilet de Plejánov en el *Retch*, vieja comadre charlatana... ¿y los liquidadores con sus diputados agentes de una sociedad económica libre? Bien merecen una azotaina. ¿Quedarán impunes? Denos una alegría comunicándonos que tendremos pronto un órgano que los abofetee como es necesario, incansablemente.

Ese órgano, el *Social-demócrata*, apareció en el extranjero durante la guerra y bajo la dirección de Lenin; en este órgano fustigaba Lenin implacablemente a los liquidadores, socialistas-revolucionarios y trotskistas que sostenían la lucha contra la consigna bolchevique de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, que luchaban contra la política bolchevique de la insurrección armada. En las columnas del *Social-demócrata*, que penetraba en Rusia, llamaba Lenin a las masas a una lucha sin cuartel contra la autocracia. A los bolcheviques que vivían en Rusia les llevaba el *Social-demócrata* las directivas del jefe del Partido y del proletariado.

El Partido bolchevique sostenía la lucha no solamente contra los mencheviques y los trotskistas, contra los socialistas-revolucionarios, los anarquistas, etc., sino también contra los oportunistas en sus propias filas. Kámenev se había pronunciado contra la consigna del Partido, la de la derrota del gobierno zarista en la guerra imperialista. Bujarin, Rádek, Piatakof, sostenidos por Zinóviev, lucharon contra la consigna de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, contra el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, contra la teoría leninista del Estado y de la dictadura del proletariado.

El Partido sostuvo una campaña contra las concepciones oportunistas, desenmascarándolas ante las masas proletarias del Partido.

* * *

Durante toda la guerra imperialista, tuvo el Partido bolchevique sus organizaciones en todos los centros industriales de Rusia. Las había en Petrogrado, en Moscú, en Ivanovo-Voznesensk, en Nizhni-Nóvgorod, en Járkov, en Yekaterinoslav, en Kiev, en Bakú, en Tiflis, en la cuenca del Donetsk, en el Cáucaso, en el Ural, en Siberia. Estas organizaciones realizaban el trabajo revolucionario entre los obreros, los soldados y los campesinos. Muchas de ellas tenían sus imprentas clandestinas e imprimían hojas volanderas. Sobre todo, el Comité de Petrogrado lanzó un gran número de ellas, que eran difundidas tanto en la retaguardia como en el frente.

El centro del trabajo bolchevique se hallaba en Petrogrado, capital de la Rusia zarista. Allí se encontraban las mejores fábricas metalúrgicas, como las fábricas Putílov, Obújov, el Arsenal, los astilleros del Báltico, la fábrica Lessner, etc. En cada una de ellas trabajaban millares de obreros. Había concentrados en Petrogrado más de 500.000 proletarios. Allí tomó la lucha de clases formas más violentas. Allí se hallaban también las organizaciones bolcheviques más potentes y numerosas. En 1915 agrupaban a unos 1.200 miembros. Casi todas las grandes fábricas de Petrogrado eran otras tantas ciudadelas del bolchevismo y en ellas ejercían los mencheviques y los socialistas-revolucionarios una influencia insignificante. En Petrogrado se encontraba desde 1915 el centro bolchevique: el buró del Comité Central, a cuya cabeza estaba el camarada Mólotov. El buró del Comité Central estaba íntimamente ligado a las organizaciones locales del partido en Petrogrado, Moscú, Ivánovo-Voznesensk, Nizhni-Nóvgorod, Járkov, Ural y otros lugares. Daba a las organizaciones del Partido directrices para la preparación del derrocamiento de la autocracia.

El Comité de Petrogrado prestó grandes servicios a la preparación de la revolución de febrero; en su trabajo participaron directamente, entre 1915 y 1917, los camaradas Mólotov, Kalinin, Andréiev, Antúpov, Moskvín y otros.

Lenin escribía refiriéndose al trabajo realizado por dicho Comité durante la guerra:

¡Qué formidable trabajo ha desarrollado el Comité de Petersburgo! Para Rusia y para toda la Internacional ha sido un verdadero modelo de trabajo socialdemócrata durante la guerra reaccionaria, en las más difíciles condiciones.

El Comité bolchevique de Petrogrado había organizado imprentas clandestinas, impreso hojas que difundía entre los obreros y los soldados. Mantenía relaciones con una serie de ciudades: Moscú, Kronstadt, etc., con la flota del Báltico y con el ejército del frente norte.

A principios de octubre de 1916 lanzó el Comité de Petrogrado una proclama con el llamamiento «guerra a la guerra»..

Se decía en ella: «¡Camaradas! Os llamamos a la lucha... **¡Abajo la guerra criminal y sus defensores! ¡Abajo la monarquía de los Románov!... ¡Viva el socialismo!**».

A este llamamiento respondió el proletariado de Petrogrado con la declaración de huelgas que en el mes de octubre englobaban a más de 200.000 obreros. Los huelguistas de la fábrica «Novy Lessner» atrajeron a su causa a los soldados del 181 regimiento de infantería de reserva, acuartelado en las proximidades de la fábrica. De acuerdo con los obreros, los soldados echaron a los destacamentos de la policía y abuchearon a los agentes.

El 9 (22) de enero de 1917, XII aniversario del «domingo sangriento», respondiendo al llamamiento del Comité de Petrogrado, se declararon en huelga en dicha ciudad unos 300.000 obreros. Se celebraron varias manifestaciones. Los obreros se echaron a la calle con banderas rojas y consignas bolcheviques.

Tuvieron lugar huelgas y demostraciones en Moscú, Nizhni-Nóvgorod y otras grandes ciudades de Rusia.

La víspera del 9 de enero lanzaron los bolcheviques de Moscú una proclama en la que decían entre otras cosas: «Llamamos a los obreros de Moscú a la huelga general para el 9 de enero. **Abandonad todos el trabajo, camaradas, y salid a la calle...** ¡Abajo la guerra! ¡Abajo la autocracia!»

En un comunicado decía el jefe de la policía política de Moscú que el 9 de enero estaban en huelga más de 30.000 obreros, que en las calles cantaban los obreros canciones revolucionarias, que en la plaza del teatro «se habían reunido más de 300 personas enarbolando una bandera roja con la inscripción de: ¡Abajo la guerra!»

El buró del Comité Central dio la directriz de desarrollar la ofensiva contra la autocracia, llamar a las masas a echarse a la calle, preparar la huelga general, procurando transformarla en insurrección armada.

El Partido había utilizado en gran medida el aniversario del veredicto pronunciado por la justicia zarista contra la fracción bolchevique de la Duma del Estado. Los obreros de Petrogrado, de Moscú y de otras ciudades celebraron la jornada del 10 (23) de

febrero con mítines de masas en los que hablaron oradores bolcheviques. El Partido había difundido durante el día decenas de millares de proclamas.

El 14 (27) de febrero, debía reunirse la cuarta Duma del Estado. Los periódicos burgueses habían desencadenado una campaña alrededor de este acontecimiento, con la pretensión de que tuviese una importancia excepcional para el pueblo. El Partido bolchevique desenmascaró el intento de la burguesía de engañar a las masas y llamó al proletariado a hacer huelgas y demostraciones en dicho día. El 14 (27) de febrero, estaban en huelga en Petrogrado 60 empresas con decenas de miles de obreros. Los obreros de la Putílov se echaron a la calle con banderas rojas y consignas de «Abajo la autocracia!», «Viva la república!», «Abajo la guerra!». En todo Petrogrado se verificaron manifestaciones, produciéndose choques entre los obreros y la policía.

El 22 de febrero (7 de marzo) se produjeron graves desórdenes ante las tiendas de comestibles de Petrogrado. El Partido bolchevique llamó a los obreros a celebrar el 23 de febrero (8 de marzo) (jornada internacional de las mujeres) con huelgas y manifestaciones. Dicho día abandonaron el trabajo cerca de 90.000 obreros. Los de Putílov salieron a la calle en una masa compacta de 20.000 personas. En la ciudad se desarrollaron impetuosas manifestaciones bajo consignas de «Abajo la autocracia!», «Abajo la guerra!», «Queremos pan!». Los obreros pararon los tranvías y los volcaron. La policía montada y los cosacos cargaron sobre los manifestantes a sablazos y latigazos.

Los bolcheviques de Petrogrado llamaron a los obreros a la huelga general. El 24 de febrero (9 marzo) se declaró la huelga en Petrogrado, tomando parte en ella unos 200.000 obreros. Se recrudecieron las manifestaciones con renovada fuerza. Los obreros rompieron las barreras de policías en el mismo corazón de la capital, en la Nevski Prospekt. Sobre las columnas flotaban los carteles rojos, todos con las mismas inscripciones: «Abajo el zar!», «Queremos pan!», «Abajo la guerra!». El general Jabálov, comandante de la circunscripción militar de Petrogrado, lanzó al ejército contra los manifestantes.

Acordándose de las palabras de Lenin diciendo que si la revolución «no conquista las masas y el mismo ejército no puede pensarse en una lucha seria», el buró del Comité Central dio a las organizaciones locales del Partido la directiva de desarrollar un trabajo enérgico entre los soldados.

El 25 de febrero (10 de marzo) se generalizó la huelga en Petrogrado. Las demostraciones de aquel día fueron mucho más numerosas que las precedentes. Se produjeron colisiones entre los obreros y la policía y los gendarmes. En algunos distritos de Petrogrado comenzaron los obreros a desarmar a la policía y a armarse. **La huelga general se transformaba en insurrección armada.**

El 25 de febrero (10 de marzo) el general Jabálov, comandante militar de Petrogrado, recibía de Mohilev, donde se hallaba el Gran Cuartel General, una orden de Nicolás II: «Le ordeno que restablezca el orden en la ciudad mañana mismo». El general Jabálov ordenó al ejército que disparara sin contemplaciones contra los obreros.

Aquella misma tarde lanzó el Comité de Petrogrado una proclama llamando a la insurrección y al derrumbamiento del zarismo. En la noche del 25 al 26 de febrero (10 al 11 de marzo), la policía política detuvo a una serie de obreros de vanguardia, tanto bolcheviques como sin partido. Entre los detenidos se hallaban cinco miembros del Comité de Petrogrado. La dirección de los bolcheviques de Petrogrado pasó de hecho al Comité bolchevique del barrio de Víborg.

El 6 de febrero (11 de marzo) tuvieron lugar imponentes manifestaciones en todo Petrogrado. Todas las fábricas estaban cerradas. Circulaban las patrullas por las calles y se establecían barreras de policía en las encrucijadas. En el centro de la capital había concentradas tropas dispuestas para una represión sangrienta contra los obreros insurrectos. En los tejados de las casas se apostaron agentes de policía y gendarmes provistos de ametralladoras. Atravesando el fuego de los cordones de policía, fluían en masa los obreros de la periferia de la ciudad hacia el centro, hacia la Nevski Prospekt, donde encontraban nuevos cordones de policías y soldados. Éstos abrieron el fuego sobre los obreros y muchos soldados dispararon al aire.

La valerosa ofensiva de los obreros contra la autocracia sembró la confusión entre los soldados. La cuarta compañía del regimiento Pávlov abrió el fuego contra la policía montada que golpeaba y sableaba ferozmente a los manifestantes. Éste fue el comienzo del paso organizado de los soldados al lado de la revolución.

Por la tarde lograron la policía y el ejército dispersar a los manifestantes por el hierro y por el fuego.

El 26 de febrero (11 de marzo), el buró del Comité Central lanzó un manifiesto llamando al ejército a la acción y al destronamiento del zarismo, a la constitución de un gobierno revolucionario provisional, compuesto de obreros y de campesinos de uniforme.

La misión de la clase obrera y del ejército revolucionario —se decía en el manifiesto del Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia— **es formar un gobierno revolucionario provisional** que se ponga a la cabeza del naciente régimen **repúbli-**
cano.

El mismo día, el Comité del barrio de Víborg tomó el acuerdo de desarrollar la revolución, desarmar a la policía y a los gendarmes, apoderarse de los depósitos de armas y armar a los obreros. Al día siguiente debía continuar la guerra civil con nuevas fuerzas. En las fábricas, en los cuarteles, en las calles, los bolcheviques llamaban a obreros y soldados a la lucha decisiva contra el poder zarista. Aumentaba la efervescencia en el ejército. Durante toda la noche del 26 de febrero (11 de marzo) no cesaron los soldados de discutir con ardor los incidentes de la jornada. En la mañana del 27 de febrero (12 de marzo), estalló el odio acumulado durante siglos enteros contra el régimen teocrático. Se sublevó el regimiento Volinski y se unieron a él los regimientos Preobrajenski y Litovski. Tres regimientos dirigidos por obreros se presentaron al Estado Mayor de los bolcheviques (el Comité del barrio de Víborg). Los obreros de este distrito y los soldados insubordinados avanzaban contra el centro de la ciudad. En el camino tomaron al asalto el arsenal y se apoderaron de 40.000 armas.

De este modo se realizó la unión revolucionaria de la clase obrera y del campesinado uniformado, unión sobre la que basaban los bolcheviques su plan de aplastamiento del zarismo.

El zarismo había sufrido una completa derrota. Los ministros fueron encerrados en la fortaleza de Pedro y Pablo. Pocos días después, fue detenido el zar.

De este modo fueron aplicadas por las masas populares en febrero de 1917, bajo la dirección de la clase obrera a cuya cabeza se hallaba el Partido bolchevique, las consignas bolcheviques de la transformación de la guerra imperialista en la guerra civil y del derrocamiento del gobierno zarista.

Al conocerse en toda Rusia la noticia del destronamiento del zar, el pueblo desarmó y encarceló a la policía y a los gendarmes. En sustitución del poder zarista derrumbado, se formaron en las diversas localidades comités revolucionarios provisionales.

La revolución democrática burguesa de febrero fue el comienzo de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, primero en Rusia y después en otros países.

Esta revolución fue llevada a cabo por los obreros y los campesinos uniformados. Los obreros y los campesinos se echaron a la calle y lucharon con la policía y los gendarmes. La clase obrera tuvo la hegemonía en la lucha sin cuartel contra el zarismo.

La revolución de febrero era por su carácter una revolución democrática burguesa, porque cumplía la misión de la revolución democrática burguesa (el destronamiento del zarismo).

El Partido bolchevique dirigió directamente la lucha de los obreros y soldados en febrero de 1917: «El hecho de que nuestro partido haya dirigido o, al menos, ayudado con abnegación a los obreros de Petersburgo en las grandes jornadas de la revolución, **ha debido** ser reconocido **hasta** por el secuaz inglés de Guchkov»

Entre las 1.382 personas muertas violentamente durante las jornadas de febrero en las calles de Petrogrado, se encontraban miembros del Partido bolchevique, entre ellos Koriakov, miembro del Comité de Petrogrado.

* * *

La revolución puso sobre el tapete la organización del nuevo régimen, el régimen de una nueva clase. Los representantes de la burguesía habían acordado tomar las medidas necesarias para que el poder del Estado no cayese en manos de los obreros y campesinos. Habían acordado ante todo restablecer el orden en la capital rápidamente, antes de que la ola revolucionaria invadiese las provincias y el ejército del frente. Los hombres políticos de la Duma del Estado habían elegido entre ellos un Comité provincial formado por 11 miembros notorios de la misma Duma, al frente de los cuales se hallaba su presidente, el monárquico Rodzianko; también formaba parte de él Miliukov, jefe de los Constitucionales demócratas; Chjeidze, jefe de la fracción menchevique de la Duma, y Kérenski. El Comité provisional creó una comisión militar, en la que entraron algunos generales y oficiales, encargada de dominar rápidamente a los soldados y de restablecer la antigua disciplina.

De este modo, se manifestó la burguesía desde un principio como una fuerza contrarrevolucionaria.

Cuando el Comité provisional recibió la noticia de la detención de los ministros zaristas por los obreros y soldados sublevados, se proclamó gobierno él mismo. Rodzianko envió a toda Rusia un telegrama anunciando que la Duma del Estado había nombrado un nuevo gobierno en la persona del Comité provisional.

La burguesía se mostró partidaria de la revolución con objeto de ganar tiempo, agrupar sus fuerzas y ahogar el incendio revolucionario en la sangre de los obreros y campesinos. Rodzianko y Miliukov saludaron a los regimientos que se habían presentado en el Palacio de Táurida, gritando «¡hurra!» en honor de la revolución, y al mismo tiempo pidieron a los soldados que volvieran a sus cuarteles y entregaran las armas prometiéndoles que el nuevo régimen se ocuparía de sus intereses vitales.

La burguesía no subió al poder por casualidad. Hacía ya bastante tiempo que tenía en sus manos las riendas económicas del país. Después de los años revolucionarios de 1905 a 1907, y sobre todo durante la guerra imperialista, se organizó políticamente con una rapidez excepcional.

En sus *Cartas desde lejos* (primera carta), escribía Lenin refiriéndose a la burguesía:

Esta clase nueva estaba «casi» en el poder en 1917; por eso han bastado los primeros golpes para que el zarismo se derrumbe, dejando el puesto a la burguesía.

Pero al lado del poder de la burguesía ha nacido en el fuego de la revolución otro poder, el de los obreros y campesinos, el Soviet de Petrogrado de diputados obreros y soldados.

En la noche del 27 de febrero (12 de marzo) se abrió en el Palacio de Táurida la primera sesión del Soviet de Petrogrado de diputados obreros. En ella se acordó formar una organización única de los obreros y soldados llamada Soviet de diputados obreros y soldados.

El Soviet actuó desde el principio como gobierno. En su primera sesión acordó retirar a los del viejo régimen, a los del régimen zarista, el derecho de disponer de los medios financieros del Estado. Para la organización del aprovisionamiento eligió el Soviet una comisión especial. También se tomó el acuerdo de organizar en los barrios, en las fábricas, milicias obreras para mantener en la ciudad el orden revolucionario.

El 1 (14) de marzo, durante la sesión del Soviet de Petrogrado, los diputados soldados redactaron la histórica *Ordenanza N.º 1*, para la guarnición de Petrogrado. La *Ordenanza* concedía a los soldados y marinos los derechos cívicos, suprimía los títulos de los oficiales y abolía la obligación del saludo fuera de servicio; prescribía la elección de Comités de soldados y marinos en los ejércitos de tierra y mar a los que se debía confiar el control de todas las armas. En todas sus acciones políticas quedaba sometido el ejército al Soviet de diputados obreros y soldados y a sus comités, según el contenido del artículo 3º de dicha *Ordenanza*.

De este modo, todo el ejército, sus armas y municiones quedaban a la disposición del Soviet. Dicha *Ordenanza* fue rápidamente propagada en todas las guarniciones y en todos los frentes de Rusia; con ella, puso el Soviet a su lado a las masas de soldados.

Desde el primer día de su constitución, tuvo el Soviet de su parte a todos los obreros y a toda la guarnición de Petrogrado.

Todas las fuerzas armadas de la revolución estaban a su disposición. En cambio, el Comité provisional no contaba con ningún destacamento militar que oponerle.

De este modo, era impotente el Comité provisional. Sólo después de sancionados por el Soviet eran válidos los acuerdos del Comité provisional. Las masas no concedían ninguna confianza al Comité provisional y en cambio la tenía plena en el Soviet. Las masas subrayaron que no reconocían más poder que el del Soviet y que sólo a él se sometían.

Pero la aplastante mayoría del Soviet pertenecía a los mencheviques y a los socialistas-revolucionarios. Como ala izquierda de la burguesía consideraban que, después del derrumbamiento de la autocracia, debía pasar el poder a manos de la burguesía.

Cuando se planteó la cuestión de la organización del Gobierno provisional, los mencheviques y los socialistas revolucionarios se inclinaron ante la burguesía. El 1 (14) de marzo, el Comité Ejecutivo del Soviet, compuesto de mencheviques y socialistas-revolucionarios, designaba a cuatro mencheviques, Chjeidze, Sujánov, Sokolov y Steklov, y a un socialista-revolucionario, Filipovski, para que se presentaran al Comité provisional de la Duma del Estado y le rogaran la formación del gobierno provisional como a bien tuviera.

La burguesía aceptó gustosa el encargo de formar el gobierno provisional. Se colocó a la cabeza de ese gobierno al príncipe Lvov, que ya había sido designado antes de la revolución para el puesto de primer ministro del gobierno zarista. Miliukov, jefe del Partido constitucional demócrata, fue nombrado ministro de Negocios Extranjeros; el capitalista Guchkov ocupó la cartera de Guerra y Kérenski la de Justicia. Lenin escribía refiriéndose al gobierno provisional:

Este gobierno no es una agrupación accidental de personas. Son los representantes de una nueva clase elevada al poder en Rusia, la clase de los grandes terratenientes capitalistas y de la burguesía, que ya hace tiempo que dirige económicamente al país.

Los mencheviques y los socialistas revolucionarios querían hacer creer a las masas que el gobierno provisional daría satisfacción a la voluntad del pueblo revolucionario por el hecho de estar sometido a la celosa vigilancia del Soviet. Éste lanzó un llamamiento a la población para que se sometiese a las disposiciones del gobierno provisional y anunció que concedía su apoyo al gobierno. Los mencheviques y los socialistas-revolucionarios cumplían su misión de agentes de la burguesía.

Tal situación fue creada no solamente en Petrogrado, sino en toda Rusia. El Soviet de Moscú, en el cual también predominaban los mencheviques y los socialistas revolucionarios, reconoció al gobierno burgués del Comité de las asociaciones públicas y envió a él sus representantes. Pero al mismo tiempo, el Soviet de Moscú en su primera sesión, el 1 (14) de marzo, tomó sobre sí numerosas funciones gubernamentales, y el 2 (15) de marzo, acordó apoyar al gobierno provisional.

Al recibirse la noticia del derrumbamiento de la autocracia, se formaron en todas las ciudades de Rusia comités de las asociaciones públicas —órganos del poder local— en las que predominaba la burguesía. Paralelamente, se formaron Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos en los que tenían mayoría los mencheviques y los socialistas-revolucionarios. Los Soviets abandonaron voluntariamente el poder en manos de la burguesía. Todos los Soviets locales concedieron su confianza al gobierno provisional.

El gobierno provisional y sus órganos locales constituían realmente la dictadura de la burguesía. Esta dictadura podía imponer todas las medidas que quisiera, gracias al apoyo de los Soviets. Estos últimos se transformaron de hecho en un segundo gobierno. «**Otro gobierno**, débil aún, embrionario, pero real y en pleno desarrollo», había dicho Lenin al hablar de los Soviets. Éstos eran órganos de la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y de los campesinos.

De donde surgió una dualidad de poderes sin precedentes en la historia, imprevista y única en su género, «**una combinación de dos dictaduras**: la dictadura de la burguesía... y la dictadura del proletariado y de los campesinos...».

Esta dualidad de poderes fue el rasgo característico más importante de la revolución de febrero.

* * *

Esta dualidad de poderes no podía durar mucho tiempo. En el curso del proceso de la lucha de clases tenía que desaparecer un poder. Al principio, la burguesía luchó por establecer un poder único. La burguesía comprendía que en la revolución no se detendrían los obreros y los soldados en la supresión de la autocracia y que continuarían la lucha contra la guerra, contra los grandes terratenientes, contra el régimen capitalista.

La burguesía veía en los Soviets un peligro mortal para su reinado. Aunque presentándose como partidaria de la revolución, la burguesía se planteaba la misión de reunir sus fuerzas para ahogar la revolución en sangre y consolidar su reinado.

Desde los primeros días de la revolución sostuvo el Partido bolchevique la lucha por la unidad del poder de los Soviets como órganos de la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y de los campesinos, para que en el transcurso de la revolución **se transformasen los Soviets en órganos de la dictadura del proletariado.**

La revolución de febrero —decía el camarada Stalin—, llevaba en su seno contradicciones interiores inconciliables. La había realizado el esfuerzo de los obreros y de los campesinos (soldados), pero el resultado fue la transmisión del poder a la burguesía y no a los obreros y campesinos. Éstos pretendían, al hacer la revolución, acabar la guerra, obtener la paz, en tanto que la burguesía elevada al poder procuraba aprovechar el entusiasmo de las masas para continuar la guerra, contra la paz...

Era necesaria una nueva revolución, socialista ésta, para que el país saliera del callejón de la guerra imperialista y de la ruina económica.

Después de la caída de la autocracia, se dirigió el Partido bolchevique hacia la revolución socialista. Sostuvo la lucha contra el gobierno provisional, que se mostró como gobierno imperialista.

El Partido sostuvo la lucha contra los mencheviques y socialistas-revolucionarios y desenmascaró su actividad de traición. El Partido se dio como tarea la conquista de las organizaciones revolucionarias democráticas de masas: sindicatos, comités de soldados y, sobre todo, los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos; atraerlos a su causa con objeto de formar un ejército político para la realización de la revolución socialista.

Al dirigirse hacia la revolución socialista, no hacía el Partido otra cosa que seguir las directrices de su jefe, Lenin.

Ideológicamente, el Partido estaba armado con el plan de Lenin de la transformación de la revolución burguesa democrática en revolución socialista, plan elaborado ya en 1905; estaba armado con las enseñanzas de Lenin sobre la posibilidad de la victoria del socialismo en un solo país.

Refiriéndose a los Soviets, escribía Lenin en octubre de 1915:

Los Soviets de diputados obreros y otras instituciones semejantes deben ser considerados como órganos de la insurrección, como órganos del poder revolucionario.

Lenin había indicado ya la táctica que debían seguir los bolcheviques en el caso en que los mencheviques y los socialistas-revolucionarios defensistas llegasen al poder. Había escrito²:

Si en Rusia vencieran los revolucionarios patrióteros, nos colocaríamos contra la defensa de **su** «patria» en esta guerra.

Si la revolución da el poder al Partido bolchevique, propondremos la paz a **todos** los beligerantes, con la condición de liberar a las colonias y a **todos** los pueblos dependientes, oprimidos y privados de la igualdad de derechos.

Antes de que Lenin llegara del extranjero, estaba ya el Partido en posesión de su primera *Carta desde lejos* que le servía de nueva directriz política.

En la primera *Carta desde lejos*, que jugó un papel considerable para el Partido y la Revolución, decía Lenin:

² Stalin: *La revolución de octubre*.

La primera etapa de esta nueva revolución, a saber: de la revolución **rusa** del 19 de marzo de 1917, ha terminado, a juzgar por los escasos datos de que dispone el que escribe estas líneas en Suiza.

Al analizar las causas de la victoria sobre la autocracia, victoria relativamente fácil y conseguida en un plazo corto por los obreros y los soldados, decía Lenin que el papel principal correspondía a la experiencia adquirida por el proletariado en la revolución de 1905-1907.

Si el proletariado ruso no hubiese librado durante tres años, de 1905 a 1907, las más grandes batallas sociales y desarrollado su energía revolucionaria, jamás habría sido posible una segunda revolución tan rápida en el sentido de que su etapa inicial fuese resuelta en algunos días.

Al caracterizar al gobierno provisional como un simple servidor de la Entente –Inglaterra y Francia– subrayaba Lenin que aquel gobierno no podía traer la paz, el pan y la libertad.

En cuanto a las condiciones del desarrollo y de la victoria de la revolución, escribía Lenin:

La única **garantía** de la libertad, la única garantía de la destrucción completa del zarismo, está en el **armamento del proletariado**, la consolidación, la extensión, el desarrollo del papel, de la importancia y de la fuerza del Soviet de diputados obreros y soldados.

Indicaba Lenin al Partido y al proletariado que la principal tarea del momento era la de preparar la victoria en la segunda etapa de la revolución. Esta tarea era la organización del proletariado mismo y la organización alrededor de éste de las masas pobres de las ciudades y de los campos.

Escribía Lenin que el proletariado ruso tenía dos aliados en su lucha contra la burguesía. El primero es la inmensa mayoría de la población, contando las decenas de millones de personas que

formaban en Rusia la masa semiproletaria y en parte pequeño-campesina que inevitablemente tendría que caer en cierto modo bajo la influencia de la burguesía y sobre todo de la pequeña burguesía. Ante todo, y en la mayor medida posible, había que ilustrar y organizar a estas masas. El segundo aliado era el proletariado de los demás países.

Con los dos aliados puede marchar y marchará el proletariado de Rusia, **aprovechando las particularidades** del momento de transición actual, primero a la conquista de la república democrática y de la victoria completa de los campesinos sobre los grandes terratenientes; después al **socialismo**, que es el único que puede dar a los pueblos martirizados por la guerra, **la paz, el pan y la libertad**.

El 12 (25) de marzo de 1917, llegaba a Petrogrado, procedente de la deportación, el camarada Stalin, el más fiel discípulo y compañero de armas de Lenin. El camarada Stalin dirigió el trabajo del buró del Comité Central del Partido y del diario *Pravda*. La *Pravda*, de la que era redactor el camarada Mólotov, contribuyó mucho a la madurez política de las masas. El lenguaje sencillo y popular de la *Pravda* estaba al alcance de las masas, que la leían con mucho interés. Precisamente a causa esto odiaba la burguesía a la *Pravda*. Los mencheviques y los socialistas-revolucionarios también la odiaban.

En sus artículos de la *Pravda* hacía el camarada Stalin un análisis de la situación política del país e indicaba las tareas fundamentales del Partido.

En el artículo *Los Soviets de diputados obreros y soldados*, publicado en la *Pravda*, N.º 8, del 14 (27) de marzo de 1917, decía el camarada Stalin:

Para aplastar al viejo régimen, bastaba la alianza temporal de los obreros y de los soldados sublevados. Porque está bien claro que la fuerza de la revolución rusa reside en la alianza de los obreros y de los campesinos de uniforme.

Pero, para **guardar** los derechos conquistados y para impulsar la revolución hacia adelante, la alianza **temporal** de los obreros y de los soldados es completamente insuficiente.

Por eso es necesario hacer que esa alianza sea consciente, duradera y estable; suficientemente estable para poder hacer frente a las actuaciones provocadoras de la contrarrevolución. Porque es indudable para todos que la garantía de la victoria definitiva de la revolución rusa está en el fortalecimiento de la alianza del obrero revolucionario y del soldado revolucionario.

La alianza de los obreros y de los soldados halló su expresión en los Soviets. Por consiguiente, sobre los Soviets tenía el Partido que concentrar toda su atención. Los Soviets debían ser organizados y consolidados. Toda Rusia debía estar cubierta de una red de Soviets que fueran órganos del poder del pueblo.

En el mismo artículo, decía el camarada Stalin:

La dirección en que deben trabajar los socialdemócratas revolucionarios es la de fortalecer los Soviets, creados en todas partes, ligarlos por medio del Soviet central de diputados obreros y soldados, como órgano del poder revolucionario del pueblo.

En relación con esta tarea, lanzó el camarada Stalin esta consigna:

¡Obreros, campesinos, soldados! Uníos en todas partes en los Soviets de diputados obreros y soldados, en los órganos de la alianza y del poder de las fuerzas revolucionarias de Rusia.

En otro artículo: *Condiciones de la victoria de la revolución rusa*, publicado en la *Pravda*, N.º 12, del 18 (31) de marzo, analizaba el camarada Stalin la situación en Rusia y la correlación de las fuerzas de clase e indicaba tres condiciones para la revolución por las que debía luchar el Partido bolchevique.

La primera condición era la creación en las ciudades y en el campo de Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos y la unión de esos Soviets en el Soviet panruso. Aún no había en

aquel momento Soviets en todas partes, ni existía un órgano central que uniese a todos los Soviets del territorio de Rusia. Una vez que los Soviets tengan a su cabeza el Soviet panruso, deben «transformarse en el momento conveniente de órgano de **lucha** revolucionaria del pueblo, en órgano del **poder** revolucionario que movilice todas las fuerzas vivas del pueblo para aplastar la contrarrevolución».

Pero la revolución no puede vencer sin una fuerza armada. Y tal fuerza está constituida en primer lugar por el proletariado. El proletariado armado constituye la única garantía para la marcha victoriosa de la revolución roja.

«El armamento inmediato de los obreros, la guardia obrera, es la segunda condición de la victoria de la revolución», escribía el camarada Stalin.

El camarada Stalin demostraba que el Gobierno provisional era un gobierno imperialista bajo cuyas alas se cobijaban en todas las fuerzas oscuras dirigidas contra la revolución. La revolución arraiga paso a paso, atrayendo a la lucha los más lejanos rincones y la más alejada periferia. En tales condiciones, la Asamblea constituyente será una Constituyente revolucionaria capaz de «cortar las alas a la contrarrevolución que avanza». La urgente convocatoria de la Asamblea constituyente es la tercera condición de la victoria de la revolución. Estas tres condiciones de la victoria de la revolución podían conseguirse con la condición general de cesar la guerra imperialista. El camarada Stalin escribía:

Todo esto, con la condición general de la apertura urgente de negociaciones de paz, porque prolongar la guerra, con consecuencias tales como la crisis financiera, económica y la falta de víveres, constituye el escollo contra el cual puede estrellarse la barca de la revolución.

El camarada Stalin arrancó implacablemente la máscara del gobierno provisional, explicando a las masas que los gritos de defensa de la libertad proferidos por el gobierno provisional ocultaban el esfuerzo de la burguesía para continuar la guerra hasta «el fin victorioso». Explicó a las masas que los mencheviques y los

socialistas-revolucionarios eran agentes de la burguesía que traicionaban los intereses de los obreros y campesinos y que, si las masas no se deshacían de ellos, agrupándose bajo la bandera del bolchevismo, no se resolvería ninguno de los problemas fundamentales de la revolución y que ésta sería aplastada por la burguesía.

* * *

En la noche del 3 (16) de abril de 1917, llegaba Lenin a Petrogrado. Se organizó un solemne recibimiento al jefe del proletariado y del Partido bolchevique: decenas de miles de obreros, obreras, soldados, marinos, con las organizaciones del Partido bolchevique de Petrogrado a la cabeza, se reunieron en la estación de Finlandia para declarar a su jefe que estaban dispuestos a marchar bajo su dirección hacia la nueva victoria, hacia la cumbre de la felicidad humana.

Lenin, en pie, sobre un auto blindado, iluminado por los reflectores, pronunció un breve discurso.

El 4 (17) de abril, hizo uso de la palabra en la reunión de los bolcheviques en la que expuso sus *Tesis de abril*, de una importancia histórica mundial. En estas tesis indicaba Lenin, con toda la claridad necesaria, el camino que debía seguirse para el ulterior desarrollo de la revolución. Trazó el plan de combate del proletariado, lanzó las consignas claras, capaces de movilizar a los obreros y los elementos campesinos más pobres, para la lucha de la revolución socialista.

La revolución —escribía Lenin en sus *Tesis de abril*— ha pasado de su primera etapa y entrado en la segunda; hay planteada una nueva labor, que es la revolución socialista.

Lo que hay de particular en la actualidad rusa es la **transición** de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía a causa del grado insuficiente de conciencia y de organización del proletariado, a la **segunda** etapa, que debe dar el poder al proletariado y a las capas campesinas más pobres.

No podrá el proletariado realizar la revolución socialista sino a condición de que la mayoría de los obreros y campesinos pobres sigan al Partido bolchevique. De aquí se deduce la principal tarea del momento: ilustrar con cuidado, paciencia y perseverancia a las masas sobre el engaño de que son víctimas por parte de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios y ayudar a las masas que les siguen a pasarse al lado de los bolcheviques.

Al desarrollar sus tesis, desenmascara otra vez Lenin, en sus *Cartas sobre la táctica* (mediados de abril), con la energía necesaria, la actitud del menchevique Trotski y su consigna «nada de zar: un gobierno obrero» Trotski ha sostenido siempre que los campesinos eran una fuerza reaccionaria que lucharían al lado de la burguesía contra el proletariado y que la revolución perecería si no la salvaba una revolución socialista en Occidente.

En sus *Tesis de abril* escribió Lenin que incluso bajo el gobierno provisional y en razón de su carácter capitalista, la guerra continuaba siendo una guerra imperialista, y que sin la caída de aquel gobierno no se podría poner fin a la guerra. Sin embargo, Lenin anunció el peligro de lanzar en aquel momento la consigna de la destitución del gobierno provisional, como querían los oportunistas de «izquierda» de la especie de Bogatiev, porque dicho gobierno gozaba del apoyo de los Soviets, a los que también habría sido necesario echar, cosa que en ningún caso debía intentarse.

Lenin demostró que los mencheviques y los socialistas-revolucionarios constituían el mayor obstáculo para el desarrollo de la revolución, porque el gobierno provisional existía solamente gracias a su apoyo, y llamó a la lucha más enérgica contra ellos.

Las tesis de Lenin llamaban a los soldados a fraternizar en el frente, lo que contribuiría a acelerar la revolución en Occidente.

Lenin ha dicho que los Soviets constituyen la única forma posible de la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres y que por eso debía pasar todo el poder a los Soviets. La consigna del Partido debía ser: «¡Todo el poder a los Soviets!». Rusia debía convertirse en una república soviética. La misión del Partido era conquistar a la mayoría de los Soviets y bolchevizarlos.

Más adelante hablaban las tesis de la necesidad de la confiscación de la tierra perteneciente a los grandes terratenientes, quitársela a éstos sin ninguna indemnización y nacionalizar todas las tierras del país.

Las tesis hablaban también de la necesidad de apoderarse inmediatamente, sin demasiadas formalidades, de la tierra de los grandes propietarios, que no convenía esperar a la Asamblea constituyente como aconsejaban a los campesinos los mencheviques y los socialistas-revolucionarios.

Al desarrollar sus tesis, decía Lenin que, en la cuestión nacional, debía defender el Partido bolchevique el derecho de autodeterminación hasta la separación completa de Rusia para todas las naciones y nacionalidades anexionadas por la fuerza o que continuaban por la fuerza en las fronteras del Estado autocrático y oprimidas por éste.

Lenin propuso la reunión de todos los bancos en un Banco nacional, bajo el control de los Soviets. Subrayaba Lenin que la tarea inmediata del proletariado no era la de «introducir» inmediatamente el socialismo, que el Partido exigía por el momento la introducción del control en la producción y en la distribución de los víveres. Esto no es todavía el socialismo, pero es un paso hacia él.

En el terreno de la organización del Partido, hablaban las tesis de la necesidad de convocar inmediatamente el Congreso del Partido y elaborar un nuevo programa. Lenin propuso cambiar el nombre del Partido, de socialdemócrata, como antes se le llamaba, a Partido Comunista. Escribía Lenin: «Debemos llamarnos **comunistas**, como se titulaban Marx y Engels».

En fin, en sus tesis planteó Lenin como tarea la formación de la Tercera Internacional.

La lucha del Partido por la dictadura socialista del proletariado y de los campesinos pobres fue la consigna más importante lanzada por las *Tesis de abril*. Con esta consigna prepararon los bolcheviques las fuerzas para la victoria de la revolución socialista.

Las Tesis de abril de Lenin constituían un programa concreto de lucha por la revolución socialista, por la dictadura del proletariado.

Kámenev luchó contra Lenin y sus *Tesis de abril*.

Combatió la línea del Partido relativa a la transformación de la revolución democrática burguesa en revolución socialista.

Hallándose aún en la ciudad siberiana de Áchinsk, habló a comienzos de marzo de 1917 en un mitin público e hizo un llamamiento a la colaboración de clases; con los comerciantes de Áhinsk envió un telegrama de felicitación al príncipe Lvov, jefe del gobierno provisional; a Rodzianko, presidente de la Duma del Estado, y a Miguel Románov. Fue el acto más vergonzoso para un miembro del Partido bolchevique. Fue una traición al marxismo-leninismo y al Partido leninista.

Una vez en Petrogrado, defendió Kámenev el punto de vista del apoyo al gobierno provisional. Habló contra la fraternización; llamó a los soldados «a permanecer en sus puestos, a responder a las balas con las balas, a los obuses con los obuses».

De esta manera defendió Kámenev en sustancia el punto de vista de la continuación de la guerra imperialista, en lo que no se diferenciaba de cualquier liberal o de cualquier constitucional democrata.

El punto de vista de Lenin expuesto en las *Tesis de abril* era considerado por Kámenev como «inaceptable para él, porque tal punto de vista consideraba terminada la revolución democrática burguesa y presumía la transformación inmediata de esta revolución en revolución socialista».

La actitud de Kámenev se basaba en la negación de la posibilidad de edificar el socialismo en un solo país, sobre todo en un país atrasado como Rusia. Kámenev luchaba para impedir que la revolución saliera del marco de las tareas democrático-burguesas.

De este modo, se despeñaba Kámenev hacia las posiciones mencheviques. Precisamente por eso procuraba Kámenev arrastrar al Partido a un acuerdo con los mencheviques y con los socialistas-revolucionarios.

Ríkov, Noguín y demás oportunistas de derecha, que se hallaban en la organización de Moscú, sostenían la opinión de Kámenev. Pero los bolcheviques de Moscú habían aceptado las tesis de Lenin y se habían agrupado alrededor de éste.

Piatakov, de la organización bolchevique de Kiev, también sostuvo la lucha contra las *Tesis de abril* de Lenin, que consideraba infundadas e inaceptables para el proletariado.

Bajo la dirección de Lenin y Stalin aplastó el Partido estas actividades oportunistas. Kámenev, Ríkov y demás oportunistas de derecha estaban en insignificante minoría en el Partido. En su aplastante mayoría, los miembros del Partido bolchevique adoptaron las *Tesis de abril* de Lenin y se agruparon alrededor del jefe del Partido del proletariado. Las *Tesis de abril* reanimaron la llama del entusiasmo combativo de los obreros conscientes.

Las consignas que contenían eran ardientes y tocaban de cerca a las masas. La lucha sin cuartel por la aplicación de estas consignas, la manera justa, leninista, de acercarse a las masas, aseguraban al Partido bolchevique la victoria en la organización de un ejército político destinado a la conquista del poder del Estado por el proletariado.

La heroica lucha del Partido contra la burguesía y sus agentes en el movimiento obrero: los mencheviques y los socialistas-revolucionarios, las luchas sin cuartel contra los oportunistas, agruparon a los obreros y campesinos pobres alrededor de las banderas bolcheviques y los condujeron, bajo la dirección de Lenin y Stalin, a la insurrección armada victoriosa de octubre de 1917 y a la instauración de la dictadura del proletariado.

IV

DOCUMENTOS

Llamamiento del Comité bolchevique de Petersburgo

25 de febrero de 1917

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia.

La vida se ha hecho ya imposible. Sin comida. Sin ropa. Sin combustibles. En el frente corre la sangre a torrentes; los mutilados y los muertos son innumerables. Continuamente se llaman nuevas quintas. Los trenes salen para el frente sin interrupción. Nuestros hijos y hermanos son enviados a la matanza como rebaños de ganado.

¡No debemos callarnos!

Dar nuestros hijos y hermanos para la carnicería, dejarnos morir de hambre, de frío y guardar continuo silencio, es una cobardía insensata, criminal y odiosa.

La salvación es imposible, de todos modos. Si no es la cárcel, es la metralla; si no es la metralla, es la enfermedad y la muerte por inanición y agotamiento.

Es indigno volver la cara y no mirar de frente. El país está arruinando. No hay pan. Nos amenaza el hambre. La situación se agrava más cada día. Son de esperar las epidemias, el cólera...

El pueblo pide pan y se le dan balazos. ¿Quién tiene la culpa? La culpa es del zarismo y de la burguesía. Saquean al pueblo en la retaguardia y en el frente.

Los terratenientes y los capitalistas se enriquecen en la guerra. Envían al pueblo a la matanza, por sus beneficios de guerra, por la conquista de Constantinopla, de Armenia y de Polonia.

No se ve dónde se van a detener en su avaricia y en su bestialidad. No renunciarán voluntariamente a los beneficios, ni acabarán la guerra. Ya es hora de atar a la fiera burguesa y ultrarreaccionaria.

Los liberales y los Cien Negros, los ministros y la Duma del Estado, la nobleza y los *zemstvos*, se han fundido desde el comienzo de la guerra en una sola banda sanguinaria.

La corte del zar, los banqueros y los popes, acumulan fortunas. Una pandilla de holgazanes rapaces se entrega a la orgía, mientras el pueblo se muere, derrama su sangre y se debate en el sufrimiento. Estamos pereciendo torturados por el hambre. Reventamos de trabajo. Nos morimos en las trincheras. ¡No se debe callar!

¡Todos a la lucha! ¡Todos a la calle! ¡Por nosotros mismos, por nuestros hijos y hermanos!

En Alemania, en Austria, en Bulgaria, vuelve la clase obrera a levantar la cabeza y lucha contra su feroz burguesía nacional, por la paz y por la libertad. Acudamos en su socorro y ayudémosnos a nosotros mismos. ¿Cómo ayudarnos? Combatiendo a nuestros mismos opresores. ¡Levantaos! ¡Organizaos para la lucha! ¡Formad comités del Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia en los talleres, en las fábricas, en los distritos, en las ciudades y regiones, en los cuarteles, en toda Rusia! Éstos serán los comités de lucha, los comités de la libertad. Haced que los campesinos, los ciudadanos, los soldados, comprendan que su salvación está en la victoria de los socialdemócratas.

Ha llegado el momento de la lucha abierta. Las huelgas, los mítines, las manifestaciones, lejos de debilitar la organización, la fortalecen. Aprovechad todas las ocasiones, todas las jornadas propicias. ¡Siempre y en todas partes con las masas y con vuestras consignas revolucionarias!

Ya pueden los lacayos del capital calificar nuestras acciones de provocación y de furor huelguístico. La salvación está en la lucha inmediata, diaria y no en su aplazamiento para una fecha ulterior.

¡Llamad a todos a la lucha! Mejor es caer en el campo del honor, combatiendo por la causa obrera, que dejarse destrozar en el frente en beneficio del capital, o morir de hambre y de fatiga. Una acción aislada puede convertirse, extendiéndose, en una revolución en toda Rusia e impulsar la revolución en los demás países.

La lucha está planteada y la victoria es segura. ¡Todos bajo las rojas banderas de la revolución! ¡Abajo la monarquía zarista! ¡Viva la república democrática! ¡Viva la fraternidad de los obreros de todo el mundo!

¡Viva la Internacional Socialista!

(El Comité de Petersburgo
del Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia.)

Llamamiento del Comité bolchevique de Petersburgo

26 de febrero de 1917

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia.

¡Hermanos soldados!

Los obreros de Petersburgo llevamos ya tres días reivindicando abiertamente la abolición del régimen autocrático, promotor de la sangrienta matanza, del hambre que asola al país, que lleva a la muerte a vuestras mujeres y a vuestros hijos, a vuestras madres y a vuestros hermanos.

Sabed, camaradas soldados, que solamente la alianza fraternal de la clase obrera y del ejército revolucionario puede traer la liberación del pueblo esclavizado y arrojado al borde del precipicio, y poner término a la insensata matanza fratricida.

¡Abajo la monarquía zarista!

¡Viva la alianza fraternal del ejército revolucionario y del pueblo!

(El Comité de Petersburgo
del Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia.)

Llamamiento del Soviet de diputados obreros de Petrogrado

27 de febrero de 1917

Camaradas: Ha llegado la hora esperada. El pueblo toma en sus manos el poder; ha comenzado la revolución; no perdáis un minuto; cread hoy mismo el gobierno revolucionario provisional.

Solamente la organización puede consolidar nuestras fuerzas. Ante todo, elegid vuestros diputados. Que éstos se pongan en contacto y que, bajo la protección de las tropas, se cree el Soviet de diputados.

Uníos con sólidos lazos a los demás soldados, id a los cuarteles y llamadlos con vosotros. La estación de Finlandia debe ser el centro de reunión del Estado mayor de la revolución. Apoderaos de todos los edificios que puedan servir de apoyo en vuestra lucha.

¡Camaradas soldados y obreros!

Elegid vuestros diputados, uníos todos en la organización para lograr la victoria contra la autocracia.

(Tomado de los materiales
del Museo de la Revolución en Leningrado.)

La caída de la autocracia

De los telegramas dirigidos por el general Jabálov, comandante en jefe de la circunscripción militar de Petrogrado, al general Alekséyev, jefe del Estado Mayor del generalísimo.

26 de febrero de 1917

Os informo de que, durante la segunda mitad del 25 de febrero, multitudes de obreros concentrados en la plaza Znamenskaya, y ante la catedral de Kazán, han sido repetidamente dispersadas por la policía y las tropas. Alrededor de las 17 horas, delante

del mercado, los manifestantes han entonado canciones revolucionarias y alzado banderas rojas con la inscripción de «Abajo la guerra!»

Después de la advertencia de que se haría uso de las armas contra los manifestantes, salieron de la multitud algunos disparos de revólver, uno de los cuales hirió en la cabeza a un soldado del noveno regimiento de caballería de reserva. El pelotón de dragones echó pie a tierra y abrió fuego sobre la multitud; hubo tres personas muertas y una docena de heridos. La multitud se dispersó instantáneamente. —Jabálov.

27 de febrero de 1917

Hoy mismo, el destacamento-escuela del batallón de reserva de la guardia imperial del regimiento Volinski se ha negado a atacar a los amotinados, a consecuencia de lo cual se ha suicidado su comandante...

Tomo cuantas medidas me son posibles para combatir el motín. Creo que convendría hacer venir inmediatamente tropas seguras del frente...

Os ruego pongáis en conocimiento de su majestad imperial que no he podido ejecutar la consigna que se me ha dado de restablecer el orden en la capital. La gran mayoría de las tropas, unas tras otras, han traicionado su deber negándose a combatir a los amotinados; otras han fraternizado con estos últimos y han vuelto sus armas contra las tropas fieles a su majestad. Las que han permanecido fieles a su deber han combatido durante todo el día.

Hacia el anochecer ocupaban los amotinados la mayor parte de la capital. Sólo han permanecido fieles a su juramento destacamentos poco numerosos de diversos regimientos que han sido concentrados alrededor del Palacio de Invierno, a las órdenes del general mayor Zankevich, y con ellos continuaré combatiendo. — El teniente general Jabálov.

28 de febrero de 1917

El número de hombres fieles a su deber ha quedado reducido a 600 infantes y 500 jinetes con 15 ametralladoras, 12 cañones y solamente 80 cartuchos. La situación es difícil en extremo. 415. — Jabálov.

(Publicado en la revista *Archivos rojos*. Tomo XXI. Edición rusa.)

La revolución en Moscú

Parte del general Mrozovski, comandante del ejército de la región militar de Moscú, al general Alekséyev.

1º de marzo de 1917

En Moscú se está en plena revolución. Tropas militares se pasan al lado de los revolucionarios. —Mrozovski.

¡Kronstadt ha caído!

Parte del jefe de la estación Bierke al Estado Mayor del comandante de la flota del Báltico.

Kronstadt.

Comandante jefe muerto. Desconfiad. Me encuentro en situación sin salida. Todos oficiales detenidos. Reina desorden. Estación de Kronstadt tomada. —Jefe de la estación Bierke. Teniente Krause.

Parte del comandante de la flota del Báltico, Nepenin, al G. C. G.

1º de marzo de 1917

Las comunicaciones con Kronstadt están cortadas por todas partes desde las cuatro de la mañana.

Acabo de recibir la noticia de que el comandante del puerto ha sido muerto, los oficiales están detenidos, la anarquía reina en Kronstadt, la estación del servicio de comunicaciones está cortada por los rebeldes. Ruego, al mismo tiempo, al presidente de la Duma del Estado haga todo lo posible por el restablecimiento del orden y la salvaguardia de los navíos y del material de guerra y, ante todo, reúna y entregue al comandante naval todas las cifras militares, mapas secretos, libros y demás documentos. —Nepenin.

Decreto número I

15 de marzo de 1917

A todos los soldados de la guardia, del ejército, de la artillería y de la flota de la circunscripción militar de Petrogrado, para inmediata y precisa aplicación; a los obreros de Petrogrado, a título de información:

El Soviet de Diputados obreros y soldados decide:

1) Proceder inmediatamente en todas las compañías, batallones, regimientos, parques de artillería, baterías, escuadrones y en los servicios de las diversas administraciones militares, así como a bordo de los navíos de la flota de guerra, a la elección de Comités de delegados por los grados subalternos de las mencionadas unidades.

2) Proceder en todas las unidades militares que aún no hayan elegido delegados al Soviet de Diputados obreros, a la elección de un delegado por compañía, que deberá presentarse provisto de su mandato en el edificio de la Duma del Estado, mañana 2 de marzo, a las diez de la mañana.

3) En toda su actividad política quedan sometidas las unidades políticas al Soviet de Diputados obreros y soldados y a su Comité.

4) Los decretos de la Comisión militar de la Duma del Estado no deben ser aplicados sino en la medida en que no contradigan los decretos y acuerdos del Soviet de Diputados obreros y soldados.

5) Toda clase de armas: fusiles, ametralladoras, autos blindados y demás, deben permanecer a la disposición y bajo el control de los Comités de compañía y de batallón y no deben ser entregadas en ningún caso a los oficiales, aun cuando éstos lo exijan.

6) En las filas y durante el servicio, los soldados deben observar una estricta disciplina militar, pero fuera del servicio, en la vida política, civil y privada, los soldados no pueden en modo alguno ser privados de los derechos garantizados a todos los ciudadanos; quedan suprimidos, sobre todo, fuera de los actos de servicio, la posición de firmes y el saludo obligatorio.

7) Quedan suprimidos también los títulos como Vuestra Excelencia, Vuestra Nobleza, etc., al dirigirse a un superior; dichos títulos son sustituidos por: mi general, mi coronel, etc. Queda prohibida toda actitud grosera de los jefes con los soldados, así como el tuteo; la infracción de esta disposición, así como todos los conflictos que surjan entre oficiales y soldados, deben ser puestos inmediatamente por los soldados en conocimiento del Comité de compañía. El presente decreto debe ser leído en todas las compañías, batallones, regimientos, tripulaciones, baterías y en las demás unidades de filas y fuera de filas.

El Soviet de Petrogrado de Diputados obreros y soldados.

Del diario de Nicolás II

Miércoles 1 de marzo de 1917:

Esta noche hemos regresado por la aldea de Vicheri, porque Liuban y Tosno se hallaban ocupados por los revoltosos. Hemos atravesado Valdái, Dno y Pskov, donde hemos pasado la noche.

He visto a Ruski. Él, Danílov y Savich estaban comiendo. Gátchina y Luga también ocupadas. ¡Vergüenza y abominación! No hemos podido llegar a Tsarski. ¡Cuando mis pensamientos y mis sentimientos están continuamente allá! ¡Qué duro debe ser para el pobre Alek atravesar sólo todos estos acontecimientos! ¡Ayúdanos, Señor!

Jueves 2 de marzo:

Esta mañana ha venido Ruski y ha leído la larguísima conversación que ha sostenido por teléfono con Rodzianko. Según sus palabras, la situación en Petrogrado es tal actualmente que el ministerio de la Duma parece incapaz de hacer nada, porque el partido socialdemócrata, personificado en el Comité obrero, lucha contra él. Se pide mi abdicación. Ruski ha transmitido esta conversación al G. C. G. y Alekséyev la ha comunicado a su vez a todos los comandantes en jefe. A las dos y media han llegado las respuestas de todas partes. El sentido de estas respuestas es que, en nombre de la salvación de Rusia y para poder mantener tranquilo al ejército del frente, hay que decidirse a dar ese paso. He cedido. Acaban de enviarme del G. C. G. el texto del manifiesto. Por la noche han llegado de Petrogrado Guchkov y Chulguin; he tenido con ellos una entrevista y les he entregado el manifiesto firmado y modificado. He abandonado Pskov a la una de la noche, estando todavía bajo el peso de lo que acaba de pasar. En todas partes, traición, engaño y mentira.

Viernes 3 de marzo:

He dormido larga y profundamente. Me he despertado lejos de Dvinsk [Daugavpils]. El día es soleado y frío. He hablado con los míos de lo que pasó ayer. He leído mucho sobre Julio César. A las ocho y veinte he llegado a Moguilev. Todos los oficiales del Estado Mayor estaban en el andén. He recibido a Alekséyev en mi vagón. A las nueve y media me fui a casa. Alekséyev ha venido con las últimas noticias de Rodzianko. Se confirma que Micha se ha negado. Su manifiesto se termina con la promesa de proceder, en los seis meses, a la elección de la Asamblea Constituyente por

sufragio universal, igual, directo y secreto. Dios sabe quién le ha sugerido la idea de firmar semejante porquería. En Petrogrado han terminado los desórdenes. ¡Con tal que eso dure!

Sábado 4 de marzo:

Dormido bien. A las diez ha venido el buen Alek. Después he ido a oír el parte. A las doce, he ido al muelle al encuentro de querida mamá, llegada de Kiev. La he llevado a casa y he desayunado con ella y los nuestros.

**El gobierno provisional deja en libertad a los Románov.
Declaración de los miembros del Soviet de diputados
obreros y soldados de Petrogrado,
del 7 de marzo de 1917³**

Palacio de Táurida. Urgentísimo

DECLARACIÓN

Los abajo firmantes, miembros del Soviet de Diputados obreros y soldados, declaran al Comité Ejecutivo lo siguiente:

1) Las grandes masas de obreros y de soldados que acaban de conquistar la libertad para Rusia están en extremo indignadas y alarmadas ante el hecho de que el destronado Nicolás II, el sangriento, su mujer, reconocida como traidora hacia Rusia, su hijo Alekséi, su madre Fiódorovna, así como todos los demás miembros de la casa de los Románov, están todavía en completa libertad y viajan a través de Rusia, yendo incluso al teatro de las operaciones militares; esto es absolutamente inadmisible y representa un peligro gravísimo para el restablecimiento del orden normal y de la tranquilidad en el país y en el ejército, así como para la feliz solución de la defensa de Rusia contra el enemigo exterior.

³ Esta declaración lleva más de cien firmas.

2) Proponemos al Comité Ejecutivo que exija inmediatamente al gobierno provisional que tome, sin tardanza, las más decisivas medidas para reunir a todos los miembros de la casa de los Romanov en un lugar determinado bajo la guardia segura del ejército revolucionario popular.

3) Solicitamos que se dé inmediatamente lectura a la presente declaración y que se ponga a votación en la sesión corriente del Soviet de Diputados obreros y soldados.

Manifiesto del Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia

A todos los ciudadanos de Rusia.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

¡Ciudadanos! Las ciudadelas del zarismo ruso han sido tomadas. La prosperidad de la banda zarista, que se basaba en la miseria del pueblo, ha terminado. Unidades del ejército revolucionario se han pasado al lado de los sublevados. El proletariado revolucionario y el ejército revolucionario deben salvar al país del peligro y de la bancarrota suprema que el gobierno zarista ha preparado.

Con esfuerzos gigantescos, vertiendo su propia sangre y a costa de vidas humanas, el pueblo ruso ha sacudido su esclavitud secular.

La misión de la clase obrera y del ejército revolucionario es establecer un gobierno revolucionario provisional que se ponga a la cabeza del régimen republicano en formación.

El gobierno revolucionario provisional debe promulgar leyes provisionales que defiendan **todos los derechos y libertades del pueblo, decretando la confiscación de las tierras pertenecientes a los monasterios, a los terratenientes, de las tierras de la corona, de los mayorazgos y su distribución al pueblo; la aplicación de la jornada de ocho horas y la convocatoria de la Asamblea Constituyente**, sobre la base del sufragio universal, sin distinción de sexo, de nacionalidad y de religión, por escrutinio directo y secreto.

El gobierno revolucionario provisional debe tomar sobre sí la misión de asegurar inmediatamente el abastecimiento de la población y del ejército y, para lograr esto, confiscar todas las reservas preparadas por el gobierno anterior y por las municipalidades de las ciudades.

La hidra de la reacción puede levantar la cabeza todavía. La misión del pueblo y de su gobierno revolucionario es aplastar todas las maquinaciones contrarrevolucionarias y antipopulares.

La tarea inmediata y urgente del gobierno revolucionario provisional es entrar en contacto con el proletariado de los países beligerantes para la lucha revolucionaria de los pueblos de todos los países contra sus opresores y esclavizadores, contra los gobiernos de los reyes y las bandas capitalistas, por la cesación inmediata de la sangrienta carnicería humana que ha sido impuesta a los pueblos esclavizados.

Los obreros de las fábricas y las tropas sublevadas deben elegir inmediatamente sus representantes en el gobierno revolucionario sublevado.

¡Ciudadanos, soldados, mujeres y madres! ¡Todos a la lucha!
¡A la lucha abierta contra el poder zarista y sus secuaces!

¡La bandera roja de la insurrección se levanta en **toda Rusia**!
¡En toda Rusia, tomad en vuestras manos la causa de la libertad,
derrocad a los servidores del zar, llamad a los soldados al combate!

En toda Rusia, en las ciudades y en los campos, formad el gobierno revolucionario del pueblo.

¡Ciudadanos! ¡Con los esfuerzos fraternalmente unidos de los sublevados, fortalezcamos el nuevo régimen de la libertad que nace sobre las ruinas de la autocracia!

¡Adelante! ¡Ni un paso atrás! ¡Lucha sin cuartel!

¡Bajo la bandera roja de la revolución!

¡Viva la República democrática!

¡Viva la clase obrera revolucionaria!

¡Viva el pueblo revolucionario y el ejército sublevado!

EL COMITÉ CENTRAL DEL P. O. S. D. R.

(Publicado en la *Pravda*, N.º 1, del 5 de marzo de 1917.)

Los partidos políticos en la Revolución de febrero

Por A. Leóntiev

¡Ametralladoras! ¡Ametralladoras! Eso es lo que yo quería. Porque comprendía que solamente era accesible a la multitud el lenguaje de las ametralladoras, y que solamente el plomo podía obligar a la fiera suelta a volver a su cubil... Esa fiera era... ¡su majestad el pueblo ruso!

En tan pintorescos términos describía sus impresiones, durante las jornadas de febrero de 1917, V. Chulguin, periodista ultrarreaccionario y uno de los más turbulentos diputados de la Duma del Estado.

Chulguin se ha servido de ese lenguaje tan franco más tarde. Escribió sus memorias varios años después de haberse cumplido la doble retirada de Denikin y de Wrangel. Pero durante las jornadas de febrero de 1917, apretando los dientes para contener la rabia que rugía en su espíritu contra el pueblo, dirigía a los obreros y campesinos uniformados y armados de ametralladoras palabras falsas e hipócritas.

Pero no era Chulguin el único que soñaba con las ametralladoras. He aquí el testimonio del representante de otro partido, el «Obrerista», St ankevich:

Oficialmente, celebrábamos, glorificábamos la revolución; gritábamos «¡hurra!» a los combatientes de la libertad; todos nos adornábamos con cintas rojas y marchábamos bajo las banderas rojas... Todo el mundo decía «nosotros», «nues tra revolución», «nuestra victoria», pero en el fondo del alma, en las conversaciones íntimas estábamos espantados, temblábamos y nos sentíamos prisioneros del elemento hostil que tomaba caminos desconocidos...

Sí, las masas populares eran el elemento hostil para todos los partidos y grupos representados, durante las jornadas de 1917, en la Cámara inencontrable de la Rusia zarista.

Los cinco diputados bolcheviques de la Duma del Estado habían sido enviados a trabajos forzados en los comienzos de la guerra.

Aquel parlamento era impotente y débil; los destinos del país estaban regidos sin control por la camarilla zarista, Rasputín y los granujas y pillos que le rodeaban, mientras los torneos oratorios resonaban continuamente en el recinto del Palacio de Táurida, donde residía la Duma del Estado.

En la «representación popular» falseada, los diputados de derechas eran los más numerosos: 170 sobre 410. Eran los feudales ultrarreaccionarios y los popes oscurantistas, mastines de la autocracia, inspiradores de pogromos, animadores de la más negra reacción. Los nombres de los jefes de esta banda, Márkov el segundo, Purishkévich, Kruchevan y otros, se habían convertido en nombres comunes para designar a los autores de pogromos y a los asesinos.

Los octubristas no eran mucho más avanzados que los derechistas. Representaban los intereses de la gran burguesía y de los grandes terratenientes aburguesados. Su miedo a la revolución y su odio a las masas populares, en primer lugar a la clase obrera, no tenía límites. Los jefes octubristas Guchkov y Rodzianko hacían desesperadas tentativas para ahogar la revolución en germen, pero fueron barridos por la poderosa ola del movimiento popular.

Después de los octubristas, si dejamos a un lado el grupo intermedio de los «progresistas», venían los cadetes (el «Partido Constitucional Demócrata»).

Como por burla, se daban el pomposo nombre de «Partido de la Libertad del Pueblo». En realidad, era el partido de la burguesía liberal, innoblemente cobarde ante la autocracia y el feudalismo, y odiosamente traidora ante la misma revolución democrático-burguesa. Durante la guerra, los cadetes se convirtieron en el principal portavoz de la burguesía imperialista; no en vano entró su jefe en la historia con el remoquete de Miliukov-Dardanelos. Durante la guerra civil, la palabra «cadete» servía para designar a todos los guardias blancos. Los bancos de la extrema izquierda de la Duma estaban ocupados por los escasos representantes de la pequeña burguesía: los obreristas, los socialistas-revolucionarios y los mencheviques.

De palabra se decían socialistas, pero en realidad representaban el ala izquierda de la pequeña burguesía de la democracia burguesa. Los líderes Kérenski y Chjeidze no agotaban las frases radicales pomposas. No desdeñaban intimidar al Gobierno con el espectro de la revolución que avanza, aunque ellos mismos le tenían un miedo cerval. Porque estaban por el mantenimiento del régimen burgués con los más indispensables remiendos y negaban categóricamente la posibilidad de la transformación socialista del país.

El partido de los socialistas-revolucionarios se decía representante de «todos los trabajadores». Pero, en realidad, la marchita ideología populista disimulaba mal las ambiciones del *kulak* interesado en el desbroce radical del camino del desarrollo burgués del país. Los socialistas revolucionarios apelaban a los sentimientos de propietario que viven en el alma del campesino. Al suavizar los antagonismos fundamentales que ponen al *kulak* frente a las masas de las poblaciones rurales, trabajadoras, los socialistas revolucionarios fueron, con motivo de la revolución de febrero, el partido de la burguesía campesina.

Los mencheviques habían reunido todos los desechos oportunistas del movimiento obrero. Dividido en varios grupos, el partido menchevique basaba su existencia en una política de acuerdo con la burguesía contrarrevolucionaria. Eran conocidos entre las masas obreras con el despreciativo remoquete de «conciliadores».

Los mencheviques y los socialistas-revolucionarios, lamentables caballeros de la democracia pequeñoburguesa, se arrastraban servilmente ante la burguesía. Durante la guerra, se engancharon al carro común de la burguesía imperialista. Algunos de ellos se unieron abiertamente al coro patriotero, otros sirvieron a sus patronos de manera más velada, temiendo perder la escasa influencia que aún tenían sobre las masas. Chjeidze y sus compañeros de armas representaban en la Duma a todo el menchevismo de Rusia, incluido Trotski, que todavía en 1913 comunicaba a Chjeidze las odiosas calumnias dirigidas contra Lenin y los bolcheviques. Trotski combatía con ferocidad a los bolcheviques y pedía la unidad con los «defensistas», innobles lacayos del capitalismo.

Tal era la vasta escala de partidos que ocupaban el ruedo político parlamentario. Se hacían la guerra, algunas veces, dispuestos a exterminarse mutuamente. Pero había un punto decisivo en el cual se unían todos. Este punto era el mantenimiento del régimen burgués.

Hasta los que se han combatido durante muchos años —escribe Chulguin en sus memorias— han sentido repentinamente que había algo igualmente peligroso, temible, repugnante para todos... Ese algo era la calle, la multitud... El miedo a la calle había hecho que Chulguin y Chjeidze se abrazaran mutuamente.

Aquí no mentía el reaccionario inveterado. Desde Chulguin hasta Chjeidze, todos sentían un miedo cervical ante las masas populares.

De ahí la táctica de esos partidos durante las jornadas de febrero de 1917. Cada cual buscaba la manera de insinuarse en la revolución que había estallado a pesar de ellos. Lo que pretendían los más radicales era ponerse a la cabeza de la revolución para decapitarla.

Frente a todos los partidos y grupos feudales burgueses y pequeñoburgueses, estaba el único partido de la clase obrera, el partido bolchevique. En la profunda ilegalidad a que el zarismo lo había relegado, el partido de Lenin y de Stalin forjaba los cuadros y preparaba a las masas obreras y campesinas para el asalto de las fortalezas de la dominación burguesa. Los bolcheviques han marchado siempre con las masas, a la cabeza de las masas.

Una vez derrocado el zarismo, la escena política fue ocupada durante ocho meses por los muñecos que tanto temían a las masas. Después estalló la tempestad de octubre. Una de las principales condiciones de la victoria de la gran revolución socialista fue que... «tenía a su cabeza como fuerza directora a un partido tan probado como el bolchevique; no sólo fuerte por su experiencia y por una disciplina forjada durante muchos años, sino también por una enorme ligazón con las masas trabajadoras» (Stalin.)

RECUERDOS DE LA REVOLUCIÓN DE FEBRERO

Petrogrado, 27 de febrero de 1917

La ciudad dormía y velaba a un tiempo. El siniestro ruido de los disparos que salían de diversos puntos de la capital está grabado en mi memoria como un día de combate.

En los barrios obreros se contaban los detalles de las descargas de que fueron blanco los manifestantes en la plaza Znamenskaya. Viendo que los soldados tiraban al aire, como obedeciendo a una consigna, los oficiales se precipitaron sobre las ametralladoras y abrieron un mortífero fuego sobre los manifestantes. Cayeron 40 obreros... Los heridos fueron recogidos por sus camaradas...

Una efervescencia sorda llenaba los cuarteles. También se discutía en ellos las incidencias de la jornada.

La chispa revolucionaria que los agitadores bolcheviques habían hecho saltar se convirtió en llama. Y, de improviso, la compañía-escuela del regimiento de Volinia, los mismos soldados que por la mañana se vieron obligados a disparar sobre la multitud frente a la estación de Nikolayevski, acordaron no tirar sobre el pueblo sublevado.

La oscuridad nocturna se iba disipando lentamente. El calendario señalaba el 27 de febrero (12 de marzo). A las seis de la mañana, sonaron dos disparos en el cuartel del regimiento de Volinia, la compañía-escuela acababa de matar a su comandante y a un oficial subalterno. Los volinianos se echaron a la calle lanzando «hurra» y se dirigieron a paso de carga a los cuarteles de los regimientos cercanos. Bajo la presión de los volinianos, los soldados del regimiento Preobrajenski y los del regimiento Litovski mataron también a sus comandantes y se unieron a la insurrección. Millares de soldados armados se dirigieron cantando al barrio de Viborg, foco principal del incendio revolucionario.

Los acontecimientos se precipitaban. El húmedo amanecer de Petrogrado encontró en pie al pueblo obrero. Desviándose de los puentes custodiados por patrullas, las columnas obreras se dirigieron al centro de la ciudad atravesando el río helado.

Lleno de pánico, Rodzianko, presidente de la Duma del Estado, envió a Nicolás II, que se hallaba en aquel momento en el G. C. G., un segundo telegrama alarmante:

La situación se agrava. Se imponen medidas inmediatas; mañana será demasiado tarde. Es la hora suprema en que se va a decidir la suerte de la patria y de la dinastía.

Hacia mediodía, los obreros del barrio de Víborg rechazaron con una presión enérgica a la compañía del regimiento Moskovski que guardaba el puente Liteyni.

Por el paso abierto se lanza la multitud como un torrente. En un audaz asalto, los obreros y soldados ocupan el arsenal. Se distribuyen las armas e inmediatamente se forman los destacamentos de soldados. Éstos ocupan la fortaleza de Pedro y Pablo, deserrajan las puertas de la prisión, rompen las cadenas y ponen en libertad a centenares de presos del zarismo, revolucionarios probados que inmediatamente se unen a los combatientes.

En la ciudad ruge la revolución. Los camiones llenos de soldados y de marinos armados circulan por las calles.

Los locales de la policía están ardiendo. Las hojas bolcheviques llamando a la lucha bajo la bandera roja pasan de mano en mano:

Antes morir de una muerte gloriosa combatiendo por la causa obrera que servir de carne de cañón para los señores del capital o morir de hambre y de trabajo extenuante...

¡Abajo la monarquía zarista!... ¡Viva la república democrática!... ¡Abajo la guerra!...

Las ardientes palabras de estas consignas llegaban al corazón de los sublevados y fueron repetidas desde lo alto de las tribunas de los breves e impetuosos mítines que por todos lados se organizaban.

Pálidos y temblando de pavor, los ministros zaristas se reúnen en el palacio de Mariinski. La fortaleza de la autocracia ha caído. Las noticias anuncian sublevaciones en todas partes; los soldados enviados para reprimir la rebelión del regimiento de Volinia fraternizan con los sublevados. El comandante de la región, el general Jabálov, autorizado por los ministros, declara la ciudad en estado de sitio. Apenas fijada esta proclama, fue arrancada y pisoteada en el lodo por los insurrectos.

A las tres de la tarde, el consejo de los decanos de la Duma del Estado se reúne en el Palacio de Táurida. La misma Duma no existe ya. La ha disuelto un decreto del zar. El rostro de los diputados presentes expresa el espanto y el desconcierto... Suenan disparos ante las ventanas. Se ve cómo avanza hacia el Palacio la muchedumbre armada. La Duma se dispersa... Y algunos minutos después, en el hemiciclo, alrededor de la mesa en que toma asiento Rodzianko completamente lívido, se vuelven a reunir los diputados en sesión privada, «no oficial» esta vez.

En el transcurso de esta sesión nace el Comité provisional, elegido a la carrera por los representantes de la gran burguesía, con el propósito de «restablecer el orden en Petrogrado y mantener el contacto entre las autoridades y la población».

Todas las calles próximas al Palacio de Táurida están llenas del pueblo en rebelión... Las unidades militares se adhieren unas tras otras a la revolución. La situación del gobierno se agrava continuamente. A las seis de la tarde los ministros del zar envían a su soberano un telegrama desesperado en el que reconocen su impotencia frente a la revolución en marcha. En vano intenta el general Jabálov enviar las unidades fieles contra el pueblo. Los soldados se niegan a disparar.

Aquel día, el número de amotinados en los cuarteles fue: por la mañana, 10.200 hombres; durante el día, 25.700; por la noche, 66.700.

A las nueve de la noche se abre en el Palacio de Táurida la primera sesión del Soviet de Diputados obreros de Petrogrado. El Soviet saluda a los soldados de los regimientos de Volinia, de Pávlovsk y de Letonia, adheridos a la revolución. Es frenéticamente aclamada la proposición de incluir en la composición del Soviet a los Diputados de los soldados. El Soviet examina brevemente

las cuestiones referentes a la seguridad de la ciudad, a la lucha contra la anarquía y ratifica el texto del llamamiento a la población, publicado al día siguiente en el primer número de las *Izvestia* del Soviet de Petrogrado.

Al finalizar esta jornada histórica se reúne el Comité provisional, que decide tomar en sus manos el poder... Al amanecer se envía de Petrogrado al G. C. G. un telegrama escrito por la temblorosa mano de Rodzianko. Comunica brevemente que el gobierno ha dejado de existir, que los ministros están presos y que «el Comité de la Duma del Estado se ha decidido a tomar posesión de las funciones gubernamentales» con objeto de impedir el exterminio de los oficiales y de los funcionarios y de apaciguar las pasiones encendidas.

El alba del nuevo día vio las ruinas amontonadas de la autocracia. Al lado del Gobierno provisional de la burguesía se levantó otro gobierno: el del Soviet de diputados obreros y soldados. Así fue creada la dualidad de poderes.

Al asalto del «Castillo Lituario»

Por M. Braguinski

Ya era de día. Apenas abrí los ojos, un indefinido sentimiento de grandeza y de alegría me llenó de emoción.

...Ayer ha sido evidente la victoria del pueblo sobre la autocracia. Sólo algunos puntos poco importantes de Petrogrado permanecían fieles al gobierno zarista.

...Me vestí rápidamente y me apresuré a salir a la calle para continuar participando en los acontecimientos que se desarrollaban.

...Me dirigí a la cárcel llamada «Castillo Lituario», donde aún continuaban los esbirros del zar.

La plaza ante la prisión estaba desierta. Detrás de las casas que la rodeaban, los grupos de soldados disparaban de vez en cuando sobre las puertas y ventanas del «Castillo Lituario».

Procuré darme cuenta de la situación. Un suboficial que llevaba dos cruces de San Jorge, perteneciente sin duda al regimiento de la guardia Koksgolm, a juzgar por sus galones y hombreras, me explicó que los soldados habían intentado acercarse a la puerta de la prisión, pero que, rechazados por los disparos, se habían parapetado detrás de las casas próximas.

El fuego de fusilería fue intensificándose. Los soldados cargaban sus fusiles con nerviosismo y tiraban sin apuntar.

Me decidí a dar al asedio un carácter más organizado y, procurando levantar la voz sobre el ruido de los disparos, grité con todas mis fuerzas: «¡Atención a mi mando!». Y me precipité hacia adelante para que me vieran los tiradores; levanté los brazos, intentando que cesara el inútil gasto de cartuchos.

El fuego fue aplacándose poco a poco. Había logrado llamar la atención. Corrí al lado de las casas que se hallaban a la izquierda del castillo y tomé bajo mis órdenes a los hombres parapetados detrás.

—Corred hasta el montón de nieve de enfrente. ¡Vamos! —grité, lanzándome hacia el montón de nieve, que se hallaba en medio de la plaza.

Desde la esquina se lanzó un soldado detrás de mí y después otro, un tercero y, finalmente, el grupo entero.

El «Castillo Lituano», que se había estado callado durante un rato, rompió el silencio; de puertas y ventanas salía un nutrido fuego de carabina, quizás de ametralladora; era difícil distinguir en el estrépito general.

...Nuestro intento de acercarnos al portal no fue coronado por el éxito. Bajo el fuego del adversario, que nos causó un herido, nos vimos obligados a batirnos en retirada.

El asunto comenzaba a alargarse demasiado. Una idea pasó por mi cabeza: traer autos blindados.

Nos apresuramos a enviar al picadero de Mijáilovskoaya uno de los autos ligeros que había allí cargado de soldados armados, con el ruego de que nos enviaran refuerzos, es decir, dos o tres camiones blindados.

Mientras llegaban los refuerzos, tirábamos de vez en cuando contra el castillo. Media hora después el estridente silbido de las

sirenas y los gritos de «¡hurra!» anun ciaban la llegada de los re- fuerzos pedidos.

Se intensificó el fuego procedente del «Castillo Litua no». Se oía el ruido de las balas chocando en la coraza de los camiones automóviles.

De pronto se pusieron a crepitar las ametralladoras de nues- tros camiones. El polvo que ocultaba las ventanas de la prisión y el yeso que caía de las paredes nos demostraban que las ametra- lladoras cumplían conscientemente con su deber.

...A favor del ininterrumpido fuego de las ametralladoras, lle- gamos a la puerta. La derrumbamos y la multitud penetró en el patio de la prisión.

El patio. Ante nosotros se alzaba una escalera ocupada de arriba a abajo por hombres en movimiento. Cuando llegué al co- rredor de la prisión, ya estaban abiertas las celdas y sueltos los detenidos.

Corrí a lo largo de los corredores, bajando y subiendo.

—¡Fuego!

Una espesa nube envolvía cada vez más el «Castillo Litua no».

Pronto comenzaron a salir por las ventanas del tercer y cuarto piso torbellinos de humo negro y enormes lenguas de fuego.

El ocaso bajaba sobre la ciudad. El «Castillo Litua no» vivía sus últimos minutos. Se comenzaba a ver a través de él. Una co- lumna de fuego se escapaba del tejado. Unos momentos después el tejado se desplomó con un crujido siniestro, levantando haces de chispas. La llama victoriosa, crepitando como si saliera de un volcán, se elevó sobre el edificio decapitado.

(Los recuerdos del camarada Braguinski están tomados de *La revolución proletaria en Petrogrado*, que está preparando el secretariado de la *Historia de la guerra civil*.)

El tribunal maldito está en llamas...

(Recuerdos de una obrera)

Franqueamos la puerta de la fábrica, empujándonos unos con otros. La calle estaba desconocida. Oíamos las canciones revolucionarias; carteles improvisados que gritaban: «Abajo la guerra!», «¡Pan!», «¡La jornada de ocho horas!».

—¡A las fábricas Lessner! —se gritaba.

Avanzó la multitud.

—¡Eh, muchachos; dejad el trabajo! ¡Salid a la calle!

Y las gentes de Lessner acudieron a engrosar las filas.

En aquel momento se oyó un repetido crepitar: tac, tac, tac, tac...

—¡Hermanos, las ametralladoras!

—¡Adelante, hacia los cuarteles!

Y en efecto: una ametralladora crepita hacia el cuartel del regimiento Moskovski.

Como la crecida de un río, inundamos el cuartel. ¡Pase lo que pase! No nos habíamos equivocado.

En lugar del pánico, la risa.

—¡Camaradas: no son más que los malditos policías!

Los agentes de los alrededores disparan con rabia las ametralladoras. Cuando llegamos, se ponen en fuga, por las ventanas o por donde pueden. Pero los cogemos a todos. Entonces desaparece el último vestigio de miedo. En las ventanas bostezan las ametralladoras abandonadas. Por todas partes, cintas de cartuchos. Los policías gimen con falso gemido. Piden perdón... Y sobre las camas, al lado de la pared, por todos lados, hombres desnudos... Las mujeres se echan a reír.

—¿Por qué están desnudos?

Están avergonzados, pero contestan sonriendo:

—Los policías nos han desnudado, han escondido nuestras ropas y se han puesto ellos mismos en las ametralladoras... Los uniformes vinieron al momento, se vistieron los soldados y salieron a la calle con nosotros.

Cuando volvíamos hacia la avenida Sampsonievski y pasábamos por el Vótkinsk volvieron a crepitar las ametralladoras.

—¡Hermanos: nos están tirando desde el puente Liteinyi!

Detrás del Sampsonievski, desde una gran casa roja, comenzó a escupir otra ametralladora. Tiran desde todas partes...

—¡Echaos al suelo! —exclamé, deslizándome debajo de un carro de mano olvidado por algún portero en medio de la calle.

Avanzamos arrastrándonos. No recuerdo cómo, pudimos dar un rodeo al puente Liteinyi.

Ya estamos ante el tribunal regional. Sombrió y severo, nos mira hostil con sus grandes ventanas. En frente, el arsenal apuntaba sus cañones de artillería. ¡Cuántas veces nuestros amigos, nuestros camaradas, fueron conducidos aquí por una escolta de soldados con los sables desenvainados! ¡Edificio diabólico! ¡Desaparecerás con todos tus papeles y no quedará rastro de ti!

Nos dedicamos a forzar las puertas que se derrumbaron con estrépito; la multitud inundaba el interior como el agua al derribar los diques. Recorrimos salas inmensas.

Forzamos los armarios, amontonando lo que contenían. Millares de pies pisoteaban furiosamente. Después bajamos a los sótanos.

Oscuridad. Pilares que se alzan por todos lados.

—¿Para qué son esos pilares? —nos preguntamos.

Una camarada murmura:

—Quizá era aquí donde ataban a los acusados dejándolos sin comer.

No se ha podido saber para qué servían aquellos pilares.

—¡Salid, salid; el tribunal maldito está ardiendo!

El humo espeso y áspero nos comenzaba a dañar los ojos.

¡Así ardió el tribunal maldito con sus repugnantes papeles! El alba roja se levantó con un color limpio de cielo ensangrentado. La sangre de los que sufrían el yugo durante toda su vida sin comer ni beber a su satisfacción, revolcándose sobre un camastro en un rincón. ¡Cómo ha ardido! Sus procesos no juzgados se consumieron carbonizados para siempre...

Belozerova (Kvitkovskaia).

(Los recuerdos de Belozerova (Kvitkovskaya), antigua obrera de la fábrica Nóbel, están sacados del compendio *La revolución proletaria en Petrogrado*, publicado por el secretariado de la redacción de la *Historia de la guerra civil*.)

Moscú en aquellos días

Por R. Zemliatchka

El 28 de febrero, los obreros de Moscú se echaron en masa a la calle, dirigiéndose a la antigua Duma municipal, hoy convertida en Museo de Lenin.

El buró regional del Comité Central en Moscú había estado reunido casi toda la noche. Atravesé la ciudad de un extremo a otro para llegar a casa de Olminski, miembro del buró regional del Partido. En aquellos tiempos no teníamos automóvil a nuestra disposición... Olminski me condujo al número 7 de la Pokrovka, a la Unión de los *zemstvos*, donde el camarada Soloviov, uno de los colaboradores de esta institución, había puesto a nuestra disposición dos habitaciones.

Allí se instaló el primer Estado Mayor «legal» de la organización bolchevique de Moscú.

Nos pusimos a reflexionar sobre el modo de organizar nuestro trabajo. Conocíamos a fondo el programa del Partido, así como sus estatutos, y teníamos una gran experiencia como organizadores. Pero nos encontramos con que, en las condiciones de trabajo legal, sentíamos una especie de molestia de «novicios». El Comité de Moscú había sido detenido repetidas veces. Sólo quedaba uno de sus miembros, el que guardaba el sello del Comité. Durante mucho tiempo lo llevó en el bolsillo, empeñado en no confiarlo a nadie. Era Orejov, al que llamábamos «El Comité de Moscú».

Había que ponerse a trabajar sin perder un instante. Acorramos distribuirnos las funciones. Olminski resolvió el problema rápidamente, proponiendo que yo fuese el secretario del Comité de Moscú, mientras él se encargaba de la redacción de nuestro periódico, el *Socialdemócrata*, que había de ser el órgano del Comité de Moscú. Y se puso a escribir el primer número. Pronto se unió

a él A. A. Solts. No sé exactamente en qué circunstancias. Sabida es la importancia que Lenin concedía a la prensa; teníamos, pues, razón al comenzar nuestro trabajo, ocupándonos de un periódico en primer término.

Saqué partido de mis relaciones con los jóvenes. Por medio de ellos comuniqué a los diferentes distritos la dirección del centro bolchevique. No habían pasado dos horas y ya las tranquilas y vacías habitaciones de la Unión de los Zemstvos se llenaban de militantes. Zelenski, el organizador de la sección de Basmani, estaba allí con su gente. También llegó Ivánov, organizador de la sección de Lefórtovo; los ferroviarios, etc...

En breves momentos fueron resueltos los problemas de orden técnico y de organización. No podía haber discusión entre nosotros acerca del programa y los estatutos del Partido. La distribución de funciones que Olminski había establecido fue aprobada y nos fuimos a dar una vuelta por los distritos. Después de haberlos informado, nos dirigimos a la Duma municipal, donde se estaban sosteniendo interminables conversaciones con los mencheviques, primero a propósito de las *Izvestia*, y después a propósito de otras cuestiones más serias.

La Duma municipal estaba custodiada por tropas extraordinariamente numerosas. Los oficiales con cintas rojas prohibían brutalmente la entrada al soviet a las gentes del pueblo, es decir, a los obreros, entre los cuales intenté yo también abrimme paso hasta la Duma. Todo lo que podía yo hacer para recomendarme era decir que iba como delegado de los bolcheviques. Pero con ello no hice otra cosa que comprometerme y fui rechazado. Después de largas discusiones logré penetrar en la Duma, donde había comenzado una verdadera lucha, no muy consecuente, pero, en todo caso, muy resuelta. El caos, la confusión de las primeras batallas políticas, durante las cuales hubo que combatir resueltamente a los nuestros también, se manifestaron durante los primeros días en debates y discusiones inacabables.

En la calle Pokrovka, adonde volvimos de noche, el centro estaba en plena actividad. Los dirigentes de las organizaciones de distrito iban y venían, formando grupos. Las gentes se empujaban, afanosas de conocer las últimas noticias. Estábamos en contacto con los distritos; la disciplina era ejemplar. Muy entrada la

noche se reunió una conferencia de los militantes de distrito. La habitación donde nos reunimos estaba llena.

Al día siguiente vimos llegar los primeros camaradas recién salidos de la cárcel. Vi a Félix Dzerzhinski. Después de la cárcel, le debieron impresionar vivamente el ruido y la multitud, animada y viva. Además, estaba enfermo... Me lo encontré acurrucado en un rincón de la antesala.

Recuerdo un curioso incidente, ocurrido con motivo de la difusión de nuestra primera proclama, que acababa con estas palabras: «¡Abajo la guerra!». He aquí lo que decía Lenin a propósito de esta consigna:

La consigna «Abajo la guerra!» es naturalmente justa. Pero no tiene en cuenta objetivos particulares del momento, la necesidad de **abordar de otro modo** a las masas. Se parece, en mi opinión, a la consigna «Abajo el zar!», que los agitadores torpes de los «buenos tiempos» pasados lanzaban a la buena de Dios por los campos para hacerse encarcelar.

Decidí dirigirme a los jóvenes para difundir aquellas hojas. Respondieron a mi llamada unos veinte estudiantes. Pero enseguida encontré en su aspecto algo que me disgustó. Estaban demasiado preocupados y orgullosos de su misión. Les expliqué lo que tenían que hacer. Lo aceptaron gustosos de ser también «artífices» de la revolución; sin embargo, pronto se vio que había entre nosotros algunas «pequeñas divergencias» en cuanto a la interpretación de la revolución de febrero. Habiendo leído uno de ellos «Abajo la guerra!» al final de la proclama, se retiraron todos indignados. Era la primera lección que recibíamos.

La segunda fue al día siguiente.

Era todavía muy temprano —yo había pasado la noche sobre la mesa de una de las habitaciones de la Unión de los Zemtvos— cuando oí murmullos en la calle. Me asomé a la ventana y vi la multitud y, delante de ella, rodeados por la policía, A. A. Solts y su sobrina, la camarada Zelenskaya, todavía una niña. Avanzaban impasibles, amenazados por la muchedumbre.

Solts, que había sustituido a Olminski y redactado una proclama aquella misma noche, había decidido pegarla él mismo con su sobrina, en cuya faena habían sido sorprendidos.

Algunos días después, tomaron los acontecimientos un nuevo carácter. Los bolcheviques emprendieron una lucha tenaz contra los enemigos del pueblo. Las masas venían a nosotros. El centro de nuestra actividad se trasladó a las fábricas. No era raro ver oradores en las calles. La gente se reunía a su alrededor. En todas partes intervenían los bolcheviques contra los demócratas constitucionales, los mencheviques, los socialistas-revolucionarios y demás traidores al pueblo.

Se formaron durante aquella lucha nuevos cuadros de militantes que prepararon e hicieron la revolución proletaria.

Las jornadas de febrero en Petrogrado

(Recuerdos de obreros, de marinos y de soldados)

La gran inundación

Por S. Stepánov

Al iniciarse la revolución de febrero servía yo en la segunda tripulación de la flota del Báltico en Petrogrado. Éramos varios millares de marinos. Sobre todo, jóvenes. Nos mandaba el almirante Girs.

Poco antes de la revolución, pasó de la raya la desconfianza de los oficiales. Ni siquiera se nos permitía acercarnos a las ventanas y mirar a la calle.

A pesar de estas medidas, nos dábamos cuenta de los acontecimientos que se desarrollaban tras los muros de nuestro cuartel.

Petrogrado estaba en ebullición. Se levantaban barricadas y, de vez en cuando, llegaba hasta nosotros el ruido de algún disparo de fusil.

Cuando el combate era más violento en las calles de la ciudad, los oficiales hicieron irrupción inesperadamente en el cuartel. Estaban armados y preparados. Se lanzó una orden:

—¡A reunirse para salir!

Se obedeció. Siguió una nueva orden:

—¡De frente! ¡Marchen!

Se nos condujo al piso inferior, donde se hallaba el comedor. Se nos mantuvo allí durante dos horas.

Entonces se acercó al lugar en que nos hallábamos un destacamento de obreros, entre los que iban algunas mujeres:

—¡Marinos, venid con nosotros!

Aumentó nuestra emoción. De la calle llegaban las llamadas cada vez más apremiantes:

—¡Con nosotros! ¡Con nosotros!

—Coged los fusiles y todos los cartuchos que podáis!

Los marinos corrían de una habitación a otra, de uno a otro piso. Y, en la calle, continuaban los clamores.

—¡Vivan los marinos revolucionarios!

—¡Abajó la autocracia!

Comprendimos que había que actuar inmediatamente, sin perder un segundo. Cogimos los fusiles y los cartuchos y salimos del cuartel a la carrera.

Allí mismo encontramos jefes y organizadores. Una vez en la calle, nuestro destacamento de marinos se mezcló con la multitud. A unirse a nosotros, acudían continuamente nuevos grupos de obreros. En la masa se dibujaban las grises siluetas de los soldados.

Cerca del cuartel se celebró un mitin breve. Hablaron un obrero, un soldado y un marino.

Los organizadores ordenaron, saliéndose de la multitud:

—¡Los que tengan armas, a las primeras filas!

—¡Cargad los fusiles!

—¡Cuidado con las armas!

Al llegar al centro del puente, nos hicieron algunos disparos desde la otra orilla del Nevá. Debían salir de las buhardillas de la isla Vasílievski.

Se produjo un gran desconcierto y retrocedió parte de la columna. Se oyeron gritos de:

—¡Echaros al suelo!

Comenzamos también a disparar. Cesó el fuego del otro lado. Nos pusimos en pie y continuamos avanzando, ya con más prudencia.

En la isla Vasilievski se unieron a nosotros nuevas columnas de obreros y soldados. En una de las calles, hubo que pelear con la policía. Unos gendarmes, instalados en un tejado y otros tendidos en el jardín de la casa de enfrente, tiraban sobre nosotros desde ambos lados a un tiempo.

Recorrimos la ciudad, durante largo rato, dispersando a los gendarmes emboscados, echando a los agentes de las buhardillas y de las calles tortuosas donde estaban apostados. Era más de media noche cuando volvimos al cuartel.

En la fábrica Putílov

Por S. V. Krylov

La situación de los obreros de la fábrica Putílov era particularmente difícil. Era ésta una fábrica de guerra, dirigida por un general y en su Consejo de Administración había una banda completa de gente galoneada. Los talleres estaban inundados de soplones y de policías. Había patrullas haciendo guardia en los talleres, en los que trabajábamos literalmente bajo el látigo, hambrientos y entrampados con la cantina de la fábrica. Nuestras mujeres y nuestros hijos hacían cola durante días enteros por un pedazo de pan que, por otra parte, no siempre recibían. En la fábrica se organizaban mítines con frecuencia.

Conservo el recuerdo de una gran multitud de obreros reunidos cerca de la fragua. Los oradores bolcheviques llamaban a los obreros a la acción. Lanzaban a las masas consignas bolcheviques de combate: «¡Abajo la guerra imperialista de bandidaje!», «¡Abajo la autocracia!», «¡Viva la Revolución!».

La policía cayó sobre nosotros. Hubo una verdadera batalla. Los obreros lanzaban a los gendarmes las piedras y los pedazos de hierro que tenían a mano.

La huelga que había estallado en un pequeño taller se extendió rápidamente a toda la fábrica. Sin abandonar los talleres, se reunieron abiertamente los obreros para los mítines; comprendieron que el movimiento tenía algo desacostumbrado. Todos sentíamos la proximidad de jornadas decisivas. Ya habíamos olvidado a los delegados enviados a la dirección para pedir un aumento de salarios; los bolcheviques habían lanzado nuevas consignas: «¡Abajo la autocracia!», «¡Abajo la guerra!».

En la fábrica no había policía. El destacamento del regimiento Ismailovski, que estaba de servicio, parecía no darse cuenta de nada. Esto contribuyó a envalentonarnos. El 21 de febrero por la tarde, después del mitin, decidimos marchar a nuestras casas para volver al día siguiente a la fábrica, de donde saldríamos todos en manifestación.

Recuerdo que, en el momento de iniciarse la batalla, una parte de los obreros de la fábrica Putílov quiso ir a reunirse con los del barrio de Víborg, que intentaban pasar el Nevá, para llegar al centro de la ciudad. El pueblo obrero de todos los barrios obstruía las grandes arterias de la capital.

Llegamos a la plaza de la estación de Moscú, hoy plaza de la Insurrección. Estaba llena de obreros, los Obújov, los de los barrios del Nevá y del Ojota. En medio de la gente, estaban los gendarmes y la policía y, un poco apartado, un destacamento de cosacos a caballo. De pronto, una mujer agitó sobre su cabeza un pañuelo rojo. El comisario que estaba a su lado, le dio un sablazo en el brazo. Entonces, se produjo algo inesperado. Uno de los cosacos llegó a galope, sacó el sable y le dio un sablazo al comisario. ¡Los cosacos contra la policía! Este hecho no dejó de asombrarnos y de regocijarnos.

Nos precipitamos sobre los gendarmes: los soldados estaban con nosotros. Los gendarmes habían montado sus ametralladoras en tejados y buhardillas y comenzó el fuego. Nos defendimos bien, y al día siguiente llegaron a prestarnos ayuda las tropas de Oraniembaum.

G. M. Wattman

Por nuestro barrio, más allá del de Narva, comenzó a disparar la policía el día en que llegaron los soldados. Fue una caza de gendarmes. Algunos de éstos se habían vestido de paisano. ¡Pero nada podía salvar a los perros sanguinarios del zar! Llovían las balas sobre nosotros desde las buhardillas de varias casas de la plaza de Narva. Pero los ametralladores, seguidos de soldados, liquidaban, uno tras otro, los nidos de ametralladoras de la policía y continuaban avanzando. La revolución triunfaba. Avanzábamos cantando himnos de alegría y de libertad. Recuerdo que cerca del canal Obvodni se adelantó a nosotros Rodzianko, presidente de la Duma del Estado, pretendiendo convencernos para que nos fuésemos a nuestras casas; pero los obreros no le hicieron caso y continuaron su camino cantando la Marsellesa.

A. K. Miroshnikov

El 28 de febrero, después de los combates, nos dirigimos al Palacio de Táurida, donde supimos que un Comité de la Duma, representante de la burguesía, había ocupado el poder que nosotros habíamos conquistado.

Los bolcheviques, que nos habían conducido al combate durante las jornadas de febrero, nos explicaron que no había terminado la lucha, que ésta no había hecho más que comenzar. Se sucedieron los días y los meses demostrándonos que, en efecto, sólo estaba en sus comienzos.

En Tsárkoie Seló

Por V. Stanovov

El 28 de febrero muy de mañana, el jefe de batería, capitán Biely, irrumpió en nuestra sección gritando con voz estridente:

—¡Salid formados!

Nos pasó revista y se puso a hablarnos con voz irritada:

—¡Entre nosotros hay malas cabezas que sabotean la disciplina! No es un secreto para nadie que en Petrogrado ha estallado la rebelión. Pero la guarnición acabará con ella y obligará a los haraganes a trabajar en lugar de pasearse por las calles con banderas rojas. Si entre vosotros hay soldados que siembran la insubordinación, exijo que se les nombre.

El silencio fue nuestra respuesta.

Antes de llegar a Petrogrado, tuvo que detenerse nuestro convoy ante el semáforo durante hora y media. Al fin quedó la vía libre y llegamos a la estación de mercancías. Enseguida se entabló una animada discusión entre cinco soldados del regimiento Pávlovsk y el capitán Biely. Los observábamos desde lejos, ignorando de qué se trataba.

Con otro suboficial de artillería, el camarada Vajrushev, me acerqué al grupo, que continuaba discutiendo. Uno de los soldados preguntó dirigiéndose a nosotros:

—¿Tiene delegado vuestra batería?

El capitán Biely estalló:

—¡Hemos venido aquí a restablecer el orden y no para jugar a los demócratas! No vale la pena de hacernos la propaganda.

Y continuó, dirigiéndose a nosotros:

—Bajad al muelle.

No contestamos. El soldado del regimiento Pávlovsk se dirigió nuevamente a nosotros:

—Camaradas: toda la guarnición de Petrogrado está con nosotros. Todos los regimientos, Volinski, Litovski, Pávlovsk y Preobrajenski y otros, se han unido a los obreros sublevados. El gobierno ha caído. ¡No obedezcáis a vuestros oficiales, si van contra el pueblo! ¡Vuestro deber es poneros al lado de los obreros y soldados revolucionarios!

Éstas eran las primeras palabras revolucionarias que oíamos en boca de seres como nosotros, de soldados, eran gritadas abiertamente, a la cara de aquellos a quienes estábamos completamente sometidos algunas horas antes. De nosotros se apoderó una alegría indescriptible.

El capitán Biely, que lo notó en la expresión de nuestros rostros, se apresuró a regresar a su coche. Los del regimiento Pá-

vlovsk nos invitaron a reunir a los soldados de la batería y, después de haberles contado la importancia de los acontecimientos que se sucedían, les propusieron la elección de presidente de la batería.

Mientras tanto, ante el giro que tomaban las cosas, el comandante de la batería, el capitán Biely y los demás oficiales, abandonaron su coche sin decir nada y se dirigieron a la ciudad. Yo acompañé a los del regimiento Pávlovsk a la estación, para acordar lo que habíamos de hacer.

Aquel día se fue nuestra sección al cuartel de los granaderos, que aún no estaban al lado de los obreros sublevados. Después, ayudamos a dispersar una emboscada cerca del arsenal de Kronwerk, otra en la Bolsa de Kalashnikov, sobre el Nevá, y guardamos provisionalmente los puentes Liteinyi y Troitski.

* * *

El 12 de marzo, muy entrada la noche, regresamos a Tsárkoie Seló. Aquellos de nuestra batería que no nos habían acompañado sabían ya todo el trabajo revolucionario que acabábamos de realizar en Petrogrado.

Una vez de regreso, creamos en nuestra batería un comité de soldados, del que me nombraron presidente.

Los bolcheviques y el ejército zarista

Por I. Mtatliev

El desarrollo del espíritu revolucionario en el ejército, proceso acelerado por la heroica lucha de los bolcheviques, ha desempeñado un papel excepcional en el derrumbamiento de la autocracia.

Explicando Lenin la causa del éxito de la revolución de febrero de 1917, escribía:

...Ha sido necesario un «director de escena» grande y fuerte; omnipotente, y en condiciones, por un lado, de acelerar en proporciones formidables la marcha de la historia universal, y por otro, de engendrar crisis sociales económicas, nacionales, políticas e internacionales de una intensidad formidable.

...Ese «director de escena» omnipotente, ese acelerador vigoroso, ha sido la guerra imperialista mundial.

La guerra contra Alemania fue comenzada por la Rusia zarista manejada por el capital franco-inglés. Las clases dominantes de Rusia estaban también interesadas en esta guerra de rapiña. Necesitaban nuevos mercados de materias primas, un nuevo campo de explotación.

La guerra sorprendió a Lenin en Austria-Hungría, en la pequeña localidad de Porino, en Galitzia, no lejos de Cracovia. Había ido allí para estar más cerca de Rusia. Desde allí dirigía el Partido, enviaba los proyectos de discursos y el material a los diputados bolcheviques en la Duma del Estado. Los miembros del Comité Central no hacían más que ir y venir a casa de Lenin. En 1912 fue Stalin a verle en Cracovia, en una conferencia de los miembros del C. C. De regreso a Rusia, Stalin fue detenido y deportado al territorio de Turujansk.

Las autoridades austríacas alarmadas vigilaban la ardiente actividad de Lenin. El 7 de agosto de 1914, se presentó en el domicilio de Lenin un gendarme austríaco, acompañado de un testigo. El gendarme registró sus papeles con gesto sombrío. Le pareció sospechoso un manuscrito sobre la cuestión agraria con columnas de cifras. «¿No es esto un informe topográfico de la localidad?» Se alarmó la gente. Sabía que Lenin solía ir en bicicleta a la montaña. Ilich fue detenido, tratado de espía a sueldo del zar e internado en la prisión de Novo Torga.

Lenin se veía amenazado de comparecer ante el tribunal militar. En aquella época de manifestaciones patrióticas y de delirio bélico la amenaza del tribunal significaba la muerte. Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya dio aviso de la detención al C. C.; se dirigió a Víctor Adler, diputado del parlamento austríaco, quien la llevó a ver al ministro, garantizando a Lenin.

—¿Está usted seguro de que Uliánov es un enemigo del gobierno zarista? —le preguntó el ministro.

—¡Oh, sí! —contestó Adler—; un enemigo mortal; peor que su excelencia.

El ministro no comprendió la ironía y firmó su libertad.

Lenin pasó doce días en una cárcel atestada, sucia, en una atmósfera irrespirable. De noche, cuando se tranquilizaban los presos, el gran maestro del proletariado revolucionario reflexionaba madura y detenidamente acerca de lo que debía hacer contra la guerra el Partido revolucionario.

Lenin marchó a Suiza. El 6 de septiembre de 1914 leyó en Berna ante un grupo de bolcheviques las tesis sobre la guerra que elaboró en sus noches de insomnio. El proletariado mundial recibió una respuesta clara y precisa a la pregunta: ¿qué hacer? Gran parte de los jefes de la socialdemocracia oficial traicionó abiertamente a los obreros pasándose al lado de la burguesía. Otros, como Kautsky y Trotski, actuaron peor aún: disimularon y justificaron la traición con una fraseología «revolucionaria».

Las tesis de Lenin fueron enviadas a Rusia por F. Samoilov, diputado de la Duma del Estado. Se discutieron en las grandes fábricas de Petrogrado; se copiaron a mano y pasaron de una organización bolchevique a otra. Estas tesis eran también impresas en las imprentas clandestinas y publicadas en hojas volanderas. En el espacio de unas seis semanas, recorrieron las organizaciones bolcheviques de todo el país.

Siguiendo las indicaciones del Partido, iban los bolcheviques al ejército con objeto de lograr en su seno la transformación de la guerra imperialista en guerra civil.

La guerra había producido muchos males a los trabajadores y enriquecido a la burguesía. Sólo trabajaba a pleno rendimiento la industria de exterminio, las fábricas de guerra. Desaparecían los artículos de consumo. Los precios subían sin parar. Los salarios no. El caos se hacía dueño de los transportes. Unos ministros tarados tomaban medidas que profundizaban la crisis. La movilización de millones de campesinos arruinaba la agricultura. Acechaba el hambre. Las huelgas se extendían por las ciudades. El aumento del descontento revolucionario repercutía también en el ejército, que contaba con más de 10 millones de hombres.

El ejército zarista era como un espejo que reflejaba a todo el país. Los terratenientes, aliados a la burguesía, explotaban a las masas campesinas y obreras, mientras en el ejército, los oficiales procedentes de la nobleza mandaban en millones de campesinos y de obreros enfundados en el capote de soldado. Los oficiales rusos constituían una casta cerrada, celosa de sus privilegios. La guerra exterminadora exigía que sin cesar fueran completados los cuadros de mando. Entonces aparecieron los oficiales procedentes de las capas de pequeños funcionarios y empleados, que fueron acogidos con desprecio. Esta discordia en el seno de mando quebrantaba aún más la moral de las tropas, ya de por sí muy maleada.

Los soldados odiaban a sus jefes, maldecían la guerra insensata y volvían los fusiles contra ellos. Los bolcheviques, con su valerosa y tenaz actuación, transformaban aquel odio espontáneo en conciencia revolucionaria.

Los bolcheviques aprovechaban los más mínimos pretextos para charlar de política con los soldados. Ordinariamente, comenzaban estas charlas acerca de la vida del frente; se relataban las batallas en que se había tomado parte y en las que no se había intervenido. Después, se pasaba a los problemas de la vida diaria: la suciedad de las trincheras y sus molestias, luego, de la retaguardia. El agitador bolchevique hablaba con precaución de las huelgas. Los soldados bebían sus palabras y poco a poco iban llegando a las cuestiones generales: ¿a quién le convenía la guerra y cómo había que acabarla?

Eran numerosísimos los bolcheviques que trabajaban en el ejército, donde las condiciones del trabajo eran durísimas.

Los soplones oficiales y voluntarios espiaban los menores gestos. Los considerados como «sospechosos» eran doblemente vigilados. Los gendarmes del frente les seguían paso a paso. A la menor agitación en el regimiento, se arrestaba a los instigadores y ante todo a los bolcheviques. Fueron fusilados centenares de héroes anónimos y a millares murieron en condiciones inhumanas en los batallones disciplinarios. Pero esta intrépida actividad, realizada bajo la incesante amenaza de muerte, produjo sus frutos. Al final de 1916, el ejército parecía un polvorín y la menor chispa podía encender la revolución.

Regreso de Stalin de Áhinsk

Recuerdos de W. Schweitzer

Poco antes de la Revolución de Febrero, el camarada Stalin, que se hallaba deportado en la región de Turujansk, llegó para algunos días a Krasnoyarsk, y se detuvo en casa de Iván Samoilov, cuyo domicilio estaba destinado a los militantes ilegales.

Llegado del lejano Turujansk, quería el camarada Stalin ponerse al corriente de la actividad de los bolcheviques en sus menores detalles, no solamente en Krasnoyarsk, sino también en otros lugares de deportación. Yo también llegué, llamado telegráficamente, de Áhinsk de manera ilegal.

Al camarada Stalin le quedaban dos meses de deportación. Por eso, la policía no intentó devolverlo a Turujansk, sobre todo porque estábamos en vísperas de primavera, época en que los caminos están impracticables. Fue enviado a Áhinsk, adonde llegó a fines de febrero de 1917.

La llegada del camarada Stalin llenó de alegría al grupo de bolcheviques que en aquella época se hallaban deportados en Áhinsk.

La autoridad política y la fuerza del camarada Stalin eran tanto más indispensables cuanto que en Áhinsk se hallaba también Kámenev. Los deportados rechazaban sus pretensiones, ridiculizaban sus «métodos de dirección», que consistían, sobre todo, en reunirlos para conversar inútilmente en el «salón» de su mujer. Nadie ha podido olvidar la traidora actitud de Kámenev ante el tribunal zarista.

En Áhinsk, que, como es sabido, se halla situado en una línea importante de ferrocarril, era más fácil saber lo que sucedía en la Rusia central. El camarada Stalin aprovechó su estancia en Áhinsk para restablecer el contacto con las organizaciones del partido de Petrogrado y Moscú y sostener correspondencia con Lenin. Leía y escribía mucho. Su mesa estaba siempre llena de libros. Trabajaba mucho sobre los problemas del imperialismo y del capital financiero.

Con la llegada de Stalin tomó un nuevo giro la vida política de Áhinsk. Dirigió el trabajo del Partido, estableció contacto con

la aldea militar y dirigió el trabajo de los camaradas que se encontraban en el ejército.

Se acercaban a marchas forzadas los acontecimientos de febrero. Las primeras noticias de la caída del zarismo llegaron a nosotros hacia el 2 o el 3 de marzo, del antiguo calendario.

El camarada Stalin consideró desde el primer momento que la revolución de febrero era un primer paso en la lucha por la revolución proletaria. Kámenev naufragó en el patetismo pequeñoburgués y, digámoslo francamente, se halló repentinamente en su elemento. Oportunista, se hizo el más fervoroso partidario del gobierno provisional burgués. Con los pequeños burgueses hizo el elogio del hidalgo Rodzianko y del príncipe Lvov, se abrazó con Brechkóvskaya e impidió que los deportados se pronunciaran. También fue él quien en el mitin de los propietarios de Áhinsk hizo que se dirigiera un telegrama de felicitación a Miguel Románov, hermano del zar. Indignados por esta nueva prueba de traición, apelamos a Stalin, que pronto puso fin a los excesos de Kámenev, exigiéndole que se sometiera a las decisiones del buró de los bolcheviques.

El camarada Stalin apresuró su salida del lugar de deportación para Petrogrado, donde se hallaba el centro del movimiento obrero, donde se decidía la suerte de la revolución. El 8 de marzo y rodeado de un grupo de deportados, abandonó Siberia en tren exprés. En el camino, los revolucionarios que volvían de la deportación fueron saludados en todas las estaciones por las muchedumbres con sus banderas. A casi todos los saludos respondía nuestro compañero de viaje Muránov, diputado bolchevique de la Duma, condenado en el proceso de los «cinco».

Recuerdo cómo el camarada Stalin dirigía imperceptiblemente aquellos discursos, indicando cómo había que plantear las cuestiones a la manera bolchevique, hablar claramente de la liquidación de la guerra y desenmascarar al gobierno provisional. No le gustaban a Stalin las frases generales, prefiriendo siempre la precisión en los discursos. É l tomaba la palabra raras veces, porque creía más útil que hablaran otros camaradas preparados de antemano, y después analizaba la justeza de sus discursos y de sus actos. En esto consiste el método estaliniano de dirección.

En la mañana del 12 de marzo (calendario antiguo) llegaba el camarada Stalin a Petrogrado, dirigiéndose sin tardar al Palacio de Táurida, donde se celebraba un mitin de soldados. Aquella misma noche tuvo lugar en casa del camarada Olminski la sesión ampliada del Comité Central. En dicha sesión, habló el camarada Stalin; se discutió acerca de la dirección de la *Pravda* y de la nueva reorganización del Comité Central, elegido en 1912, en la Conferencia de Praga.

Por acuerdo de la sesión, la dirección de la *Pravda* fue confiada al camarada Stalin.

VI

PRIMERA CARTA DESDE LEJOS

La primera etapa de la primera revolución

La primera revolución, engendrada por la guerra mundial imperialista, ha estallado. Y esta primera revolución no será seguramente la última.

La primera etapa de esta primera revolución, de la revolución rusa de marzo de 1917, por lo que permiten juzgar las escasas noticias con que cuenta desde Suiza quien esto escribe, está ya terminada. Pero esta primera etapa no será, de seguro, la etapa última de nuestra revolución.

¿Cómo pudo realizarse el «milagro» de que en ocho días escasos —es el plazo que menciona el fanfarrón telegrama dirigido por el señor Miliukov a todos los representantes de Rusia en el extranjero— fuese derribada una monarquía que llevaba varios siglos de existencia, y que en los años de 1905 a 1907, tres años de las más furiosas luchas de clases en que tomó parte el pueblo entero, había hecho frente a todos los vendavales?

Ni en la naturaleza ni en la historia se dan milagros; lo que ocurre es que las revoluciones, como todos los virajes bruscos de la historia, son siempre procesos tan ricos de contenido, desencadenan combinaciones tan peregrinas e inesperadas en las formas de lucha y en las constelaciones de las fuerzas contendientes, que hay en ellas mucho que al cerebro del buen burgués tiene que parecerle por fuerza milagroso.

Para que la monarquía de los zares se viniese a tierra en un plazo de días, fue necesario que se combinasen toda una serie de circunstancias de alcance histórico universal. Apuntemos las más importantes.

La revolución actual, la segunda revolución, no hubiera podido desarrollarse con esa rapidez, ni su etapa inicial se hubiera cancelado en unos cuantos días, si el proletariado ruso no hubiera librado en los tres años de 1905 a 1907 las más furiosas batallas de clase, dando pruebas de una insuperable energía revolucionaria. La primera revolución (1905) removi6 hasta en sus entrañas el suelo del país, arrancó de cuajo los prejuicios seculares y despertó a la vida política y a la lucha política a millones de obreros y a decenas de millones de campesinos; hizo que todas las clases (y todos los partidos de alguna importancia) de la sociedad rusa se revelasen ante sí —y ante el mundo entero— en su verdadera naturaleza, en el verdadero juego recíproco de sus intereses, de sus fuerzas, de sus medios de acción, de sus objetivos próximos y remotos. La primera revolución y la época de contrarrevolución que la siguió (1907-1914) pusieron al desnudo la realidad de la monarquía de los zares y toda su putrefacción, toda la vileza, todo el cinismo y toda la abyección de la banda zarista, capitaneada por aquel monstruo de Rasputín; sacaron a luz todas las bestialidades de la familia de los Románov, esos héroes de pogromo que empaparon el suelo de Rusia de sangre de judíos, obreros y revolucionarios; de esos Románov que eran, como grandes terratenientes, los «primeros entre sus iguales», que poseían millones de desiatinas de tierra, que estaban propicios siempre a cometer todas las bestialidades, a perpetrar todos los crímenes, a arruinar y estrangular a cuantos súbditos fuese necesario para defender su «propiedad sacrosanta» y la de su clase.

Sin la revolución de 1905 a 1907, sin la contrarrevolución de 1907 a 1914 no hubiera podido concebirse una «iniciativa soberana» tan magnífica como la desarrollada por todas las clases del pueblo ruso y de los demás pueblos extendidos por el resto de Rusia; no hubieran podido establecer sus relaciones mutuas con el zarismo con la rapidez y la precisión con que lo hicieron en los ocho días de la revolución de febrero-marzo de 1917. Esta revolución de ocho días se «representó» —permítasenos la imagen— como si antes se hubiesen hecho una docena de pruebas y ensayos generales; los «actores» se conocían unos a otros, conocían sus papeles, sus puestos, conocían hasta en los más nimios detalles,

hasta en los más suaves matices de tendencia política y de métodos de acción, el ambiente que los rodeaba.

Mas para que la primera, la gran revolución del año 1905, que los señores Guchkov y Miliukov, con toda su clientela, despreciaban, calificándola de «gran motín» condujese, a la vuelta de doce años, a la «magnífica» y «gloriosa» revolución del año 1917, que los Guchkov y Miliukov califican de «gloriosa» porque les ha llevado (provisionalmente) al poder, hacía falta un grande, fuerte, potente «director de escena», capaz, por un lado, de acelerar a un ritmo vertiginoso la marcha de la historia universal y de provocar, por otro lado, crisis económicas, políticas, nacionales e internacionales de una envergadura jamás conocida. Y no bastaba con que se acelerase vertiginosamente el ritmo de la historia universal; hacía falta, además, que sobreviniesen virajes suficientemente bruscos para que en uno de ellos se estrellase de golpe el carro de la monarquía de los Románov, cubierto de sangre y de lodo.

Este formidable «director de escena», que aceleró fuertemente la marcha de las cosas, fue la guerra mundial imperialista.

Hoy ya no puede caber la menor duda de que se trata de una guerra mundial, pues los Estados Unidos y China están ya metidos a medias en ella y no tardarán en estarlo por entero.

Ni puede caber tampoco hoy la menor duda de que la guerra es imperialista por ambas partes beligerantes. Sólo los capitalistas y su cohorte de socialchovinistas y socialpatriotas pueden negar o disfrazar este hecho. La guerra tiende, lo mismo por parte de la burguesía de Alemania que por parte de la de Inglaterra y Francia, a apoderarse rapazmente de territorios extranjeros, a estrangular a pequeños pueblos, a arrebatar la hegemonía financiera del mundo, a establecer una nueva división y un nuevo reparto de las colonias, a salvar el orden capitalista agonizante, embruteciendo y sembrando la discordia entre los obreros de los distintos países.

Era objetivamente inevitable que la guerra imperialista acelerase extraordinariamente y agudizase en proporciones inauditas la lucha de clases del proletariado contra la burguesía; era objetivamente inevitable que se trocase de una guerra imperialista en una guerra civil entre las clases enemigas.

Esta mutación comenzó con la revolución de febrero-marzo de 1917, en cuya primera etapa dos poderes aliados derribaron al zarismo: de un lado, toda la Rusia burguesa y afincada, con cuantos la siguen sin conciencia de ello y cuantos la guían, con plena conciencia de lo que hacen, como los embajadores y los capitalistas de Inglaterra y Francia; de otro lado, el Soviet de diputados obreros y soldados.

Estos tres campos políticos, estas tres fuerzas políticas decisivas: 1º la monarquía zarista, cabeza visible de los grandes terratenientes feudales, de la vieja burocracia y del alto mando militar; 2º la Rusia burguesa y afincada de los octubristas y los cadetes, a la zaga de los cuales trota la pequeña burguesía; 3º el Soviet de diputados obreros y soldados, que busca sus aliados en el proletariado todo del país y en la masa más pobre de la población: estas tres fuerzas políticas fundamentales, se revelaron ya con absoluta claridad en los ocho días de esta «primera etapa», que hasta un observador tan alejado de la escena en que se desarrollan los acontecimientos como el autor de estas líneas, sin más elementos de juicio que los lacónicos telegramas de los periódicos extranjeros, los vio dibujarse perfectamente.

Pero, antes de detenerme en este punto, he de volver sobre la parte de mi carta consagrada al factor decisivo: a la guerra mundial imperialista.

La guerra ha encadenado unos a otros con cadenas de hierro a todas las potencias beligerantes, a los grupos de capitalistas que acaudillan la guerra, a los «señores» del orden capitalista, a los esclavistas del capitalismo. Un gran revoltijo sangriento: tal es la imagen de la vida política y social en el presente momento histórico.

Los socialistas que al estallar la guerra se pasaron al bando de la burguesía, todos esos David y Scheidemann en Alemania, los Plejánov, Potrésov, Gvosdev y cía. en Rusia, se han hartado de clamar con todas las fuerzas de sus pulmones contra las «ilusiones» de los revolucionarios, contra las «ilusiones» del Manifiesto de Basilea, contra las «fantasías» de los que aspiraban a transformar la guerra imperialista en guerra civil. Se han hartado de cantar en todos los tonos el poder, la energía vital y la capacidad de adaptación revelados, según ellos, por el capitalismo; ¡ellos, los

que ayudaron a los capitalistas a «adaptar» domesticar, embrutecer y lanzar unos contra otros a los obreros de los distintos países!

Pero «el último que ríe, ríe dos veces» La burguesía no ha podido contener mucho tiempo la crisis revolucionaria, fruto de la guerra. La crisis se acerca con empuje irresistible en todos los países, empezando por Alemania, donde reina, según la expresión de un observador que pudo verlo de cerca no hace mucho, «el hambre genialmente organizada», y acabando por Inglaterra y Francia, donde, aunque se acerca también el hambre, la organización es ya mucho menos «genial»

Es natural que la crisis revolucionaria haya estallado antes que en ningún otro país en la Rusia zarista, donde la desorganización era más monstruosa y el espíritu revolucionario del proletariado (y no por sus dotes específicas precisamente, sino por las tradiciones vivas de 1905) adquiría proporciones superiores a los demás países. El estallido de esta crisis fue acelerado por toda la serie de derrotas espantosas sufridas por Rusia y sus aliados. Estas derrotas estremecieron toda la vieja máquina de gobierno y todo el orden establecido, concitaron contra sí a todas las clases de la población, sembrando el odio en el ejército, destruyendo en buena parte el antiguo cuerpo de altos oficiales, compuesto por aristócratas fosilizados y por elementos altamente burocráticos y corrompidos, y los sustituyeron por elementos más jóvenes y más frescos, salidos principalmente de las filas de la burguesía, de la pequeña burguesía y de las profesiones liberales.

Y si las derrotas militares representaron el papel del factor negativo que aceleró la explosión, la alianza del capital financiero anglo-francés, del imperialismo anglo-francés, con el capital ruso de los octubristas y los cadetes, fue el factor positivo que precipitó el desarrollo de la crisis.

Este aspecto de la cuestión, extraordinariamente importante, es silenciado por la prensa anglo-francesa, por razones fácilmente explicables, mientras que la prensa alemana lo hace resaltar malignamente. Nosotros, marxistas, debemos mirar cara a cara a la verdad serenamente, sin dejarnos influenciar por las mentiras oficiales de los insinuantes diplomáticos y ministros de uno de los bandos imperialistas beligerantes ni por las muecas maliciosas y

la perfidia de sus competidores financieros y militares del otro bando beligerante. Todo el desarrollo de la revolución de febrero-marzo demuestra claramente que las embajadas inglesa y francesa que venían, desde hacía mucho tiempo, haciendo esfuerzos desesperados, por medio de sus agentes y «relaciones», para impedir un pacto «separado» y una paz aparte entre Nicolás II (segundo y último, como confiamos y nos esforzaremos por conseguir) y Guillermo II, pusieron manifiestamente sus aspiraciones en destronar a Nicolás Románov.

No nos hagamos ilusiones.

Si la revolución pudo triunfar tan rápidamente y —vistas las cosas desde el exterior, a primera vista y superficialmente— de un modo tan «radical», fue porque en ella se unieron e «hicieron el cuadro» de una manera tan curiosa, gracias a una situación histórica extraordinariamente original, corrientes totalmente distintas, intereses de clase completamente heterogéneos, aspiraciones políticas y sociales radicalmente opuestas. De un lado, la conspiración de los imperialistas ingleses y franceses, que apremiaban a Miliukov, Guchkov y cía., a tomar el Poder, para que la guerra imperialista pudiera seguir su curso, para que pudieran librarla de un modo todavía más furioso y obstinado, para que nuevos millones de obreros y campesinos rusos pudieran ser enviados al matadero, para que los Guchkov pudiesen adueñarse de Constantinopla, los capitalistas franceses de Siria, los capitalistas ingleses de Mesopotamia, etc. De otro lado, el profundo movimiento revolucionario del proletariado y de las masas populares (de toda la población pobre de la ciudad y del campo), clamando por el pan, la paz y la verdadera libertad.

Los obreros y soldados revolucionarios han destruido hasta sus cimientos más firmes la abyecta monarquía de los zares, sin dejarse arrastrar ni desviar por el hecho de que, en un determinado momento histórico, breve y singular, viniese en su ayuda la campaña de los Buchanan, los Guchkov, Miliukov y cía., preocupados tan sólo de sustituir a un zar por otro zar.

Así y no de otro modo se han desarrollado las cosas. Así y no de otro modo debe juzgarlas el político que no tema a la verdad, que quiera ponderar serenamente el juego de las fuerzas sociales

en la revolución, que no aprecie las situaciones políticas solamente desde el punto de vista de su peculiaridad concreta y momentánea, sino atendiendo también a sus profundas fuerzas motoras, al juego profundo de acciones y reacciones de los intereses del proletariado y de los intereses de la burguesía en Rusia y en el mundo entero.

Los obreros y soldados de Petersburgo, lo mismo que los obreros y soldados de toda Rusia, han luchado con el mayor entusiasmo contra la monarquía de los zares, por la libertad, por la entrega de la tierra a los campesinos, por la paz, contra la matanza imperialista de masas. Para poder llevar adelante esta matanza e intensificarla, el capital imperialista anglo-francés urdió una red de intrigas palatinas, montó una conspiración, instigada y atizada por Guchkov y Miliukov, y formó y preparó un nuevo gobierno, que, en efecto, se alzó con el poder inmediatamente después de los primeros golpes asestados por el proletariado contra el zarismo.

La composición de este gobierno no puede ser más lógica.

Lo forman los representantes de una nueva clase que ha conquistado en Rusia el poder político, la clase de los terratenientes capitalistas y de la burguesía, que venía gobernando económicamente desde hace mucho tiempo a nuestro país y que en los años de la revolución de 1905 a 1907, como en los de la contrarrevolución de 1907 a 1914 que siguió a aquélla, y finalmente —y con una gran celeridad— durante los años de guerra de 1914 a 1917, se organizó políticamente con toda premura, conquistando los organismos autónomos de la administración local y de la instrucción pública, de congresos de todas clases, de la Duma nacional, de los comités de industrias militares, etc. Esta nueva clase ya «casi» ocupaba el poder en 1917; no hacía falta más que unos cuantos empujones que derribasen el zarismo y abriesen vía libre a la burguesía. La guerra imperialista reclamó una tensión gigantesca de fuerzas, acelerando con ello de tal modo el ritmo de desarrollo de la rezagada Rusia, que «de un salto» (aunque en realidad esto del salto no era más que en apariencia) nos pusimos a la altura de Italia e Inglaterra y casi a la de Francia, y obtuvimos un «gobierno de coalición», «parlamentario» y «nacional» (es decir,

un gobierno mejor organizado para el negocio de la carnicería imperialista y de la estafa contra el pueblo).

Junto a este gobierno —que, desde el punto de vista de la guerra actual, no es, en rigor, más que simple apoderado de esas grandes «casas comerciales» de miles de millones de capital que son Francia e Inglaterra— ha surgido un nuevo gobierno no oficial, incipiente aún y relativamente débil: el gobierno obrero, que personifica y representa los intereses del proletariado y de toda la parte pobre de la población de la ciudad y el campo. Este gobierno es el Soviet de diputados obreros y soldados de Petersburgo.

Tal es la situación política real, que ante todo debemos investigar con la mayor precisión objetiva posible para cimentar nuestra táctica marxista sobre la única base sólida en que podemos cimentarla: sobre la base de los hechos.

La monarquía zarista ha sido derribada, pero aún no está destruida.

El gobierno burgués de los cadetes y los octubristas, que pretende llevar «hasta el fin» la guerra imperialista no es, en realidad, más que un apoderado de la Casa comercial «Inglaterra y Francia»; este gobierno se ve obligado a prometer al pueblo el máximo de libertades y concesiones, siempre y cuando que sean compatibles con la afirmación de su poder sobre el pueblo y con la posibilidad de llevar adelante la matanza imperialista de masas.

El Soviet de diputados obreros y soldados es la célula germinal de un gobierno obrero. Es el representante de los intereses de todas las capas pobres de la población, que reclaman paz, pan y libertad.

La pugna de estos tres factores caracteriza la situación creada, que marca el tránsito de la primera a la segunda etapa de la revolución.

Si se quiere luchar real y verdaderamente contra la monarquía zarista, si se trata de algo más que de contentarse con las frases y las promesas de los retóricos del liberalismo, si se desea asegurar real y verdaderamente la libertad, no son los obreros quienes tienen que apoyar al nuevo gobierno, sino este gobierno quien ha de «apoyar» a los obreros. La única garantía para la libertad y la destrucción definitiva del zarismo está en armar al

proletariado y en consolidar y ampliar la misión, la importancia y el poder del Soviet de diputados obreros y soldados.

Todo lo que no sea eso son frases y mentiras, son añagazas de los aventureros políticos del campo liberal y radical.

Armada a los obreros, o por lo menos no impidáis que ellos se armen, y la libertad de Rusia será invencible, la monarquía no volverá a instaurarse y la república estará asegurada.

Todo lo demás es engañar al pueblo. Prometer es fácil. Las promesas no cuestan nada. No ha habido revolución burguesa en que los aventureros políticos de la burguesía no «cebasen» al pueblo con promesas y entretuviesen a los obreros con engaños.

Nuestra revolución es una revolución burguesa: por eso los obreros deben ayudar a la burguesía. Así se expresan los políticos rematadamente incapaces del campo de los «liquidadores».

Nuestra revolución —decimos los marxistas— es una revolución burguesa: por eso los obreros tienen la obligación de abrir los ojos al pueblo para que no se deje engañar por los aventureros políticos de la burguesía, para que aprenda a no creer en palabras y a no fiarse más que de sus fuerzas, de su organización, de su unidad y de su armamento.

El gobierno de los octubristas y los cadetes, de los Guchkov y Miliukov no puede dar al pueblo ni paz, ni pan, ni libertad, ni podría, aunque sinceramente lo quisiese.

Este gobierno no puede dar al pueblo paz, porque es gobierno de guerra, un gobierno que no viene más que a proseguir la matanza imperialista, un gobierno creado para la rapiña de territorios, un gobierno que hasta hoy no ha tenido una sola palabra de repudiación para la política zarista de anexión de Armenia, de Galitzia, de Turquía; para su política de conquista de Constantinopla, de reconquista de Polonia, de Curlandia, de Lituania, etcétera. Este gobierno está atado de pies y manos al capital imperialista anglo-francés. El capital ruso no es más que una sucursal de esta «Casa mundial» que gira con cientos de miles de millones de rublos y ostenta la firma comercial de «Inglaterra y Francia».

Este gobierno no puede dar al pueblo pan, porque es un gobierno burgués. En el mejor de los casos, le dará, siguiendo el ejemplo de Alemania, un «hambre genialmente organizada».

Pero el pueblo no quiere pasar hambre. El pueblo sabrá, y seguramente pronto, que hay y que puede conseguirse pan, pero sólo con ayuda de medidas que no se detengan ante la santidad del capital y de la propiedad de la tierra.

Este gobierno no puede dar al pueblo libertad, porque es un gobierno de terratenientes y capitalistas que temen al pueblo.

De las cuestiones tácticas relacionadas con la conducta inmediata que hemos de adoptar ante este gobierno nos ocuparemos en otro artículo. En él demostraremos en qué estriba la característica de la situación actual —del tránsito de la primera a la segunda etapa de la revolución— y por qué en este momento la consigna, el «santo y seña», tiene que ser éste: ¡Obreros, vosotros que en la guerra civil contra el zarismo habéis hecho milagros de heroísmo proletario, tenéis que hacer ahora milagros en la obra de organización del proletariado y del pueblo todo para preparar vuestro triunfo en la segunda etapa de la revolución!

Aquí nos limitamos a analizar la lucha de clases y el juego de las fuerzas de clase durante la etapa actual de la revolución, pero, antes de terminar, hemos de contestar todavía a esta pregunta:

¿Cuáles son los aliados con que puede contar el proletariado para la actual revolución?

El proletariado tiene dos aliados. El primero es la gran masa de elementos semiproletarios y en parte pequeñoburgueses, que se cuenta por muchas docenas de millones y que en Rusia forma la inmensa mayoría de la población. Esta masa necesita paz, pan, libertad y tierra. Esta masa se dejará inevitablemente arrastrar hasta cierto punto por la burguesía, y muy especialmente por la pequeña burguesía, porque sus condiciones de vida la colocan muy cerca de la pequeña burguesía y fluctuando entre la burguesía y el proletariado. Las crueles enseñanzas de la guerra, que serán tanto más crueles cuanto más enérgicamente se empeñen en librarla los Guchkov, Lvov, Miliukov y cía., empujarán irremediablemente a esa masa hacia el proletariado y la obligarán a someterse a su dirección. Es necesario que desde ahora nos aprovechemos de las libertades del nuevo régimen y de los Soviets de diputados obreros y soldados, esforzándonos fundamentalmente y ante todo por abrir los ojos a esa masa y organizarla. Es necesario crear soviets de diputados campesinos, soviets de obreros del

campo: es éste uno de nuestros deberes más importantes. Y, al hacerlo, no sólo deberemos preocuparnos de que los braceros del campo creen sus propios soviets especiales, sino también de que los campesinos pobres y desposeídos se organicen aparte de los campesinos acomodados. De los problemas y formas especiales que plantea el trabajo de organización, hoy tan apremiante, me ocuparé en la próxima carta.

El segundo aliado del proletariado ruso es el proletariado de todos los países beligerantes y de los países todos en general. Actualmente, reina en el proletariado internacional, a consecuencia de la guerra, una fuerte depresión, y no pocas veces se alzan en su nombre las voces de los socialchovinistas que en Europa se han pasado al campo de la burguesía, como en Rusia los Plejánov, los Gvosdev y los Potréssov. Pero, a cada nuevo mes de guerra imperialista, el proletariado se va emancipando poco a poco de la influencia de estos socialchovinistas y la revolución rusa acelerará inevitablemente este proceso en proporciones gigantescas.

El proletariado de Rusia podrá aprovechar y aprovechará las características especiales de esta etapa de transición y, apoyándose en sus aliados, conquistará ante todo la república democrática y el triunfo completo de los campesinos sobre los terratenientes, para luego avanzar hacia el socialismo, el único que puede dar a los pueblos martirizados por la guerra paz, pan y libertad.

Escrito el 20 (7) de marzo de 1917. Publicado por primera vez en la *Pravda*, núms. 14 y 15, 3 y 4 abril (21 y 22 marzo) de 1917. Firmado: N. Lenin.

ÍNDICE

- 7) Nota editorial
- 9) I. Cómo vivían los obreros bajo el zarismo
- 27) II. La vida de los campesinos durante el zarismo
- 47) III. La revolución democrática burguesa de febrero en Rusia
- 75) IV. Documentos
- 91) V. Recuerdos de la revolución de febrero
- 115) VI. Primera carta desde lejos (V. I. Lenin)

A black and white photograph of two young children, likely of African descent, set against a solid yellow background. The child on the left is standing, facing slightly to the right but looking towards the camera with a gentle smile. They have a shaved head and are wearing a light-colored, long-sleeved shirt and dark trousers. The child on the right is sitting or crouching, shown in profile facing right. They also have a shaved head and are wearing a similar light-colored shirt and dark trousers. A thin, dark horizontal line, possibly a railing or a piece of wood, runs across the bottom of the frame. Overlaid on the image is a white circle containing the text 'mne mos yne' in a lowercase, sans-serif font.

mne
mos
yne